

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO

LA MUJER MEXICANA EN EL SIGLO XIX VISTA A TRAVES DE LA NOVELA

T E S I S

QUE PRESENTA LA ALUMNA

Barbara Ann Bockus

PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ARTES
ESPECIALIZADO EN LENGUA Y
LITERATURA ESPAÑOLAS

MEXICO, D. F.

1959



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO
CURSOS TEMPORALES
C. U. México 20, D. F.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO
CURSOS TEMPORALES
C. U. México 20, D. F.



ESCUELA
DE
VERANO

Universidad Nacional de México
C. U. México 20, D. F.

LA MUJER MEXICANA EN EL SIGLO XIX
VISTA A TRAVES DE LA NOVELA

XN58

B6

ej. 2

A MIS PADRES

00369

*A la Maestra María del Carmen Millán
en gratitud por sus consejos y su ayuda.*

*A Chela
A Beatriz y José María
Por haberme animado y ayudado
en muchas maneras.*

S U M A R I O

	Págs.
CAPITULO I — INTRODUCCIÓN	13
Divisiones del trabajo.	
Las novelas escogidas y los autores.	
La mujer en la época colonial.	
CAPITULO II — LAS NOVELAS DE LA CIUDAD.	24
La educación de la mujer.	
La posición social.	
La relación con los hombres.	
la religión.	
Generalidades.	
CAPITULO III — LAS NOVELAS DE LA PROVINCIA.	63
El ambiente provinciano.	
La mujer apasionada y orgullosa.	
La mujer resignada y dulce.	
La educación y las diversiones.	
CAPITULO IV — LAS NOVELAS DEL CAMPO.	81
La mujer resignada y dulce.	
La mujer honrada y resuelta.	
La campesina típica — sencilla y práctica.	
La prostituta y la soldadera.	
La india de las haciendas.	
Las relaciones familiares, la religión y la educación.	
CAPITULO V — DOS EJEMPLARES DE MUJER MEXICANA . .	100
CAPITULO VI — CONCLUSIONES	106
BIBLIOGRAFÍA	111

I

La mujer mexicana del siglo XIX — esta frase evoca diferentes ideas en las personas que la oyen y causa variadísimas reacciones. Se ha escrito ya sobre varios aspectos de su vida y de sus actividades.¹ Me propongo presentar la vida, el carácter y los problemas de la mujer, vistos a través de los novelistas del siglo pasado, de tal manera que se pueda formar una idea general de cómo era y de cómo actuaba. Pero es un tema inmenso, tan grande como el de la novela de esa época, porque la mayoría de las novelas del siglo XIX, y especialmente las de la corriente romántica, se concentraron en la mujer. Como será imposible abarcar todo, tendré que escoger solamente a los novelistas que dejaron mayor huella y las novelas más relevantes. Presentaré lo que estas novelas nos descubren acerca de la educación de la mujer, sus diversiones, sus aspiraciones, sus relaciones con los hombres, y de su personalidad. Espero que resulte un panorama que, a pesar de su diversidad, dé una idea de la mujer mexicana del siglo XIX comparable con lo que se sepa de la mujer de hoy.

Como el ambiente tiene tanta influencia en la formación del carácter y en la manera de vivir de una persona, he pensado que es necesario y útil dividir este estudio en tres secciones principales: la Mujer de la Ciudad, la Mujer de la Provincia y la Mujer del Campo. Esta es una división obviamente artificial y arbitraria, porque no existe en la realidad mexicana una separación tan marcada, y por eso, aunque las veinte novelas que sirven de base al trabajo están divididas en estas secciones, dos o tres, por tratar varios aspectos a un tiempo, son citadas dos veces. Las novelas empleadas en el es-

1. Por ejemplo, Emily Barksdale, *La historia de la educación de la mujer en México* e Ibarra de Anda, *Las mexicanas en el periodismo*.

tudio de la mujer de la ciudad son: *La Quijotita y su prima* de Fernández de Lizardi, *Ensalada de pollos* de José T. de Cuéllar, *Carmen* de Pedro Castera, *Moneda falsa* y *El cuarto poder* de Emilio Rabasa, *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, *La Rumba* de Angel de Campo, *Parientes ricos* de Rafael Delgado, *Santa* de Federico Gamboa y *La Chiquilla* de Carlos González Peña. Las novelas de la provincia son: *Clemencia* y *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano, *La gran ciencia* de Rabasa, y *La Calandria*, *Angelina* y, otra vez, *Parientes ricos* de Delgado. Las del campo son: *Astucia* de Luis G. Inclán, *La bola* de Rabasa, *Los bandidos de Río Frío* de Payno, *Tomochic* de Heriberto Frías, *La parcela* de José López Portillo y Rojas y *Mala Yerba* y *Los de abajo* de Mariano Azuela.

Se ve que esta lista está lejos de incluir a todos los autores y aun de abarcar todas las novelas de cada autor escogido. Están ausentes los novelistas románticos de mediados del siglo, como Fernando Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo y Pantaleón Tovar. Pero es que su romanticismo exaltado les impidió presentar a la mujer de sus tiempos como era. Sus personajes eran en general muy poco desarrollados y muy poco reales. Por ejemplo, Altamirano dice de las heroínas de F. M. del Castillo que todas eran ángeles "...de bondad y dulzura..."² Y algunas de las novelas románticas de esta época estaban aún más lejos de la realidad porque eran idilios sentimentales completamente independientes de cualquier lugar o tiempo. Por eso, no nos sirven en un estudio de la mujer mexicana.

La situación es semejante respecto a la novela histórica. Algunas trataban el pasado colonial, como las novelas de Vicente Riva Palacio y así no pueden servirnos en un estudio de la mujer del siglo XIX. Pero en casi todas, los personajes eran convencionales y tan semejantes los unos a los otros que solamente podemos distinguir a los personajes buenos de los malos. En estas novelas de tramas complicadas y de múltiples intrigas, la profundidad psicológica en la caracterización no existía. Por estas razones, he excluido también a la mayoría de las novelas históricas.

En la selección de las novelas he seguido dos criterios: el de su aportación al conocimiento de la mujer y el de su calidad literaria. Aunque no he dividido este trabajo cronológicamente porque no encontré bastante cambio en las épocas que hiciera útil tal división, las novelas abarcan un período, precisamente, de un siglo, des-

2. Altamirano, *La literatura nacional*, I, 47.

de la de Lizardi (1816) hasta la de Azuela (1916). Lizardi nos habla de los últimos días de la colonia y de los albores de la Independencia. Saltamos entonces hasta el cuadro magnífico que nos ofrecen Inclán y Payno del México de mediados del siglo. Para describir a la mujer de la sexta década tenemos a Altamirano, Cuéllar y Castera. Y después, el grupo más grande, de Rabasa hasta Azuela, nos presenta a la mujer mexicana de la ciudad, de la provincia y del campo, en la época de don Porfirio. En *Los de abajo* aparece la mujer de los tiempos revolucionarios y así Azuela establece la unión entre el siglo pasado y nuestra época. Pasamos de la mujer ideal del romanticismo, a la mujer real con problemas propios y, finalmente a la mujer tratada como personaje en un lugar muy secundario, en la novela de la Revolución.

El estilo o tendencia literaria a que pertenece el autor tiene que interesar a quien estudie a la mujer a través de la novela, al igual que la vida y los antecedentes del autor, porque tienden a moldear su opinión de la mujer y, en consecuencia, su manera de presentarla. Las exigencias del estilo o los prejuicios personales, tienen que influir en la creación de los personajes.

Fernández de Lizardi (1776-1826) era hijo de un médico pobre, y, siendo de las clases pobres, les tenía simpatía. Luchó toda su vida por la creación de una sociedad más justa. Quería reformar la educación y las costumbres. "Nadie en América durante los primeros 50 años de vida republicana señaló con tanto ahinco... la inmoralidad de las costumbres, el abuso y la negligencia de la docencia —pública y privada—. . ."³ En su novela, *La Quijotita y su prima* (1816), pintó la sociedad de fines de la colonia, mezclando la sátira y el sermón. La crítica de Lizardi está dirigida en este caso a la educación ridícula y en gran parte peligrosa que se daba a la mujer. Para destacar mejor su tesis utilizó dos protagonistas, Pomposita, ejemplo de los resultados de la mala educación y su prima, Pudenciana, que reunía todas las virtudes. Parece que el origen de su tema didáctico proviniera de un tratado sobre la educación de las mujeres de un educador francés del siglo xvii.⁴ Lizardi describió las costumbres de la época con mucho realismo y detalle, pero sin la gracia de los costumbristas posteriores. Su costumbrismo pecó de moralizador pero no de inexacto.

3. González, *La trayectoria*, p. 26.

4. Warner, *Historia de la novela mexicana*, p. 8.

Lizardi es el primero del grupo de costumbristas mexicanos que entran en este estudio. La fidelidad con que este grupo bosquejaba lo que veía, aún cuando su costumbrismo se mezclaba con el romanticismo, como era entonces obligado, nos da una idea relativamente exacta de la mujer de esa época. Se dice que la novela *Astucia* (1865) de Inclán (1816-1875) "...es a la vida rural lo que El *Periquillo* a la urbana en los comienzos del siglo."⁵ *Astucia* cuenta una serie de aventuras de un grupo de contrabandistas "buenos", y es una novela, por su trama, netamente romántica. Pero el hecho de que Inclán naciera y pasara buena parte de su vida en un rancho, da autenticidad a sus caracterizaciones y no lo deja falsear los personajes femeninos que presenta. Creó, así, la primera novela rural mexicana.

Manuel Payno (1810-1894), aunque escribió *Los Bandidos de Río Frío* en 1889-91, mucho después de *Astucia*, también dio a luz una novela de aventuras de estilo costumbrista y romántico. La acción de esta novela pasa también a mediados del siglo, pero presenta muchas más facetas de la sociedad de esta época que *Astucia*. Lo romántico de *Los bandidos* se encuentra principalmente en lo folletinesco del argumento: la novela es una serie complicadísima de aventuras, accidentes y casos extraordinarios. Pero no creo que la caracterización de la mujer sufra mucho con lo melodramático de la trama. Aunque no hay cambio ni progresión en los caracteres, Payno trata de presentarlos a la manera realista. Se dice que casi todos los personajes verdaderamente existieron.⁶ Hay varios retratos impresionantes de mujer y el hecho de que el autor, lejos de su tierra natal, hubiera escrito una novela evocadora de su juventud, les presta autenticidad.

José T. de Cuéllar (1838-1906) completa el grupo de costumbristas con sus novelas de *La Linterna mágica*, que pintan al México de la restauración de la República. Es el último escritor importante de la corriente que empezó con Lizardi. Escribió de la clase media de la ciudad en un estilo que Joaquina Navarro describe como "de color exaltado, más allá de la realidad...".⁷ Sus personajes, retratos típicos de la mujer de la época, destacan con líneas que no están lejos de la caricatura.⁸ En *Ensalada de pollos*, encontramos a una

5. González, *op. cit.*, p. 43.

6. Castro Leal, Prólogo a *Los bandidos de Río Frío*, p. x.

7. Navarro, *La novela realista*, p. 35.

8. Warner, *op. cit.*, p. 64.

madre, que por ignorancia no sabe educar bien a su hija, y a la hija que, bajo malas influencias, cae en el deshonor. Los dos personajes, aunque descritos a grandes rasgos, resultan veraces y vivos.

La época romántica incluyó a Altamirano y a Castera, pero hay una gran distancia de estilos entre los dos. Altamirano (1834-1893) inició un nuevo período en la literatura mexicana, y sus novelas son de un "romanticismo mesurado" comparadas a la de Castera. Su ambición era la de incorporar el auténtico valor mexicano en la novela,⁹ pero, al mismo tiempo, no quiso escribir nada que no tuviera un fondo de virtud que sirviera como ejemplo a los jóvenes.¹⁰ Desgraciadamente, como dice Mariano Azuela, este propósito didáctico, y su punto de vista romántico acerca de la mujer "...le llevan a falsear sus personajes... La observación de los personajes hecha desde el exterior y con criterio romántico es típica del ambiente en que vivía y escribía Altamirano."¹¹ En *Clemencia* (1869) se esforzó por crear una antítesis perfecta entre las dos protagonistas, Clemencia, la mujer apasionada, e Isabel, la dulce y resignada, y, en consecuencia, les carga demasiado las tintas. La emoción tenía ahí predominio completo sobre el intelecto. En *El Zarco* (1888), hay la misma antítesis entre Manuela y Pilar. El deseo de Altamirano de mostrar los malos resultados de la codicia y del amor mal dirigido hace que otra vez exagere las acciones de su heroína. Pero, a pesar de esto, sus personajes están mucho mejor desarrollados que ninguno de los anteriores y, aún tomando en cuenta las propensiones románticas del autor, añaden mucho al conocimiento de la mujer de entonces.

La novela de Pedro Castera (1838-1906), *Carmen* (1882), "...la obra maestra de la novela sentimental en México"¹² es puramente romántica en tema y en estilo. Cuenta el amor del héroe de 35 años para una muchacha de 15 que siempre había tratado como hija. El romanticismo es tan exagerado que la heroína, Carmen, no da la impresión de ser mujer de carne y hueso. Pero el libro refleja costumbres que son genuinamente mexicanas, especialmente en lo referente a la vida íntima de la familia y a la educación de una hija de familia respetable y rica.

9. Navarro, *op. cit.*, p. 36.

10. Altamirano, *op. cit.*, I, 37.

11. Warner, *op. cit.*, p. 55.

12. *Ibid.*, p. 80.

Los novelistas del período porfirista eran seguidores de la escuela realista y presentan, casi todos, la vida de la clase media. Frías y Azuela (mucho más importante todavía) son los únicos que parecen estar enterados de la existencia del mestizo y del indio en el campo. Por su ceguera hacia este aspecto de la vida Manuel P. González describe la novela del porfirismo como “falsa (y) artificiosa.”¹³ Esta crítica no es justa pues, aunque los escritores se concentraron en sólo un aspecto de la sociedad, lo han descrito con un cuidadoso detalle.

Emilio Rabasa (1856-1930), en sus cuatro novelas, describe desde el pueblito hasta la ciudad, pero se ve que su interés primario está en la burocracia gubernamental. Su protagonista es un muchacho de pueblo que llega a ser periodista en la capital, a través de su gradual desencanto de la vida y de la pérdida de sus ideales. Rabasa describe a pocas mujeres, solamente a Remedios, la heroína ideal, y a Jacinta, mujer violenta de barrio, que también interesa al héroe. El escritor se preocupa más por el aspecto político-social del medio que describe.

Rafael Delgado (1853-1914), en cambio, da importancia a los personajes femeninos. Estudia psicológicamente a los personajes en vez de sólo manejarlos como hacían los de criterio romántico. En todas las novelas es el amor lo que interesa como problema, en relación con lo moral, lo personal y lo social.¹⁴ En *La Calandria* (1891) se trata el tema popular romántico de la hija ilegítima de un padre rico, que rehusa al pretendiente de su mismo rango social para perderse con un calavera acaudalado. Pero el tema romántico se funde con un estudio realista del ambiente y del carácter.

La novela *Angelina* (1893), a pesar del título, da más importancia al protagonista masculino, Rodolfo, y la obra ha sido descrita, muy acertadamente, como “una interpretación moderna” del romanticismo.¹⁵ Es un idilio de amor entre los dos jóvenes, que termina con la decisión de Angelina de hacerse Hermana de la Caridad y así dejar libre a Rodolfo. Es un realismo melancólico — una imagen dulce y triste del pasado.

Como Delgado pasó la mayor parte de su vida en Orizaba, sus libros usualmente también tienen desarrollo en la provincia, pero en

13. González, *op. cit.*, p. 56.

14. Navarro, *op. cit.*, p. 163.

15. Warner, *op. cit.*, p. 100.

Parientes ricos (1903), donde crea dos tipos femeninos muy interesantes, gran parte de la acción ha lugar en la capital. Una familia de provincia, una madre y cuatro hijos, se traslada a la capital por la insistencia de unos primos ricos. Las dos muchachas, Margarita, sensata y apacible, y Elena, una ciega con temperamento impetuoso, se enamoran de sus primos. La seducción de Elena por parte de uno de los primos destruye toda posibilidad de felicidad para Margarita, y la novela termina en una tragedia aceptada con resignación. Estas tres novelas de Delgado añaden mucho al conocimiento de la mujer de esta época. Tenía una visión más amplia de la sociedad que Rabasa,¹⁶ y más interés en la mujer como personaje de carácter propio.

El primero de la escuela realista que escribió una novela rural fue José López Portillo y Rojas (1850-1923). *La parcela* (1898) describe la lucha entre dos hacendados por un pedazo de tierra que los dos reclaman. Los personajes no son campesinos típicos, como los de Inclán, ni aún personajes realistas, pues se encuentran ennoblecidos o idealizados; no tienen mucha personalidad propia y la heroína, Ramona, menos que ninguno. La novela se concentra en los detalles de la disputa.

Heriberto Frías (1870-1925) escribió *Tomóchic* (1894) en los mismos años y también trata del campo, pero esta vez desde el punto de vista del soldado en campaña. La novela describe, con sentido crítico, la campaña para destruir el pueblo de Tomóchic en Chihuahua. Las mujeres actúan poco pero son tipos completamente distintos de los que ofrecen las novelas anteriores. Vemos a las soldaderas que siguen a la expedición y a una muchacha del pueblo guerrero, Julia, que, aunque idealizada, destaca por su personalidad y sus creencias.

He preferido colocar a Angel de Campo (1868-1908) entre los realistas más que entre los costumbristas, a pesar de que su arte se asemeja al costumbrismo anterior, porque su estilo supera el costumbrismo ordinario, por la seriedad y la sinceridad de su crítica social¹⁷ y, así no presentó solamente lo pintoresco y lo típico de la vida mexicana. Angel de Campo estudio a su heroína con técnica realista y naturalista y siguió la línea de la acción sin hacer digresiones descriptivas como solían hacer los costumbristas. Con estilo

16. Navarro, *op. cit.*, p. 163.

17. *Ibid.*, p. 181.

cuidadoso y fino, pinta en *La Rumba* (1890-91) la clase media pobre de la ciudad, como Delgado la pinta en la provincia. Los problemas de esta clase se ejemplifican en la heroína que trata de escaparse hacia una vida mejor, valiéndose del método clásico — el hombre. Como siempre en estas novelas, fracasa en su intento.

Los últimos dos novelistas del realismo porfiriano no nos alejan de la ciudad de México. Federico Gamboa (1864-1939) también pinta la pobreza de la ciudad, pero escogió lo más depravado y vicioso, siguiendo la regla naturalista de pintar “los casos extremos” para hacer destacar con más fuerza lo normal. Pero los críticos están de acuerdo que su naturalismo “. . . no va más allá de la técnica de las exterioridades. . .”.¹⁸ Trató sin éxito de dar razones hereditarias o deterministas para explicar la caída de la muchacha, Santa, en la prostitución. No escapó del realismo ni aún del romanticismo en el estudio que hizo de Santa. Como dice Joaquina Navarro, trató de aplicar la lógica determinista a su estudio de Santa, pero fracasó porque estaba personalmente convencido que la mujer actúa solamente a base de impulsos emocionales.¹⁹ A pesar de esto, el estudio de la vida emocional de Santa es interesantísimo porque es un mundo psicológico no tratado antes por otro autor.

Considerando que el ambiente del siglo XIX continuó en México hasta que fue interrumpido por la Revolución, nos es lícito incluir en nuestro estudio a los personajes creados por Carlos González Peña y también por Mariano Azuela. *La Chiquilla* (1907) de González Peña (1885 —) es una de las novelas más fecundas en información sobre la mujer de este período. Trata de la vida de una familia de tres mujeres, madre e hijas, que viven pobremente en una casa de vecindad en la capital. No hay mejor ejemplo que la vida de Antoinita para saber que una muchacha pobre, a pesar de las buenas cualidades que pueda poseer, no podía esperar, en esa época, un mejoramiento de sus condiciones. En este caso la estupidez de la madre y la frivolidad de su hermana la llevaron a la desgracia y a la muerte. El autor trata a sus personajes con realismo y con amor.

La novela revolucionaria del “nuevo realismo” que origina Mariano Azuela (1873-1952) marca la terminación del período de la novela finisecular. Pero no nos interesa aquí el cambio de estilo por sí mismo, sino el cambio en el tratamiento de la mujer y en el tipo

18. *Ibid.*, p. 258.

19. *Ibid.*, p. 236.

de mujer presentado, que este nuevo estilo implica. En *Mala Yerba* (1909) "el indio" o, mejor dicho, la india, es protagonista por primera vez,²⁰ y la vida campestre se ve desde el punto de vista no del hacendado sino del peón. Azuela pinta a una mujer con belleza pero sin recursos materiales que lucha sin éxito para escapar de las asiduidades de su patrón. Pero no es la mujer idealizada de la novela romántica, sino una con sus propias faltas y debilidades. En *Los de abajo* (1916), como en la mayoría de las novelas revolucionarias, no interviene mucho la mujer, pero los vislumbres que recibimos de figuras femeninas bastan para dar a conocer que existía una multitud de mujeres con características especiales, que seguían a la Revolución.

La novela revolucionaria es la crítica de una sociedad de mentalidad burguesa y la presentación de un nuevo grupo de valores. Los que antes eran los oprimidos se trocaron en los miembros más significantes de la sociedad. Marcó el fin de la imitación consciente y búsqueda de Europa en cuanto a temas, ideas y estilo, y, por eso, resultó una novela más arraigada a lo fundamentalmente mexicano. Azuela completa la idea que se nos ha dado de la mujer del XIX, con la presentación de la de las clases más pobres mexicanas, que tenía sus propios valores y manera de vivir.

Como personas del siglo veinte, nos inclinamos a pensar acerca de la mujer del siglo XIX en relación con nosotros, sin embargo, debe estudiársela dentro de su época y en relación con la época anterior a ella — la época colonial. Desgraciadamente, no hay mucha información sobre la mujer de los siglos XVI, XVII y XVIII, quizás porque ocupaba un lugar muy poco importante en un mundo de hombres.

Sabemos por Fernando de Benítez que "la aristócrata criolla... vivía en clausura rigurosa". Entre ella y el mundo estaba la prisión de su casa y la vigilancia de las dueñas y de su familia.²¹ Parece que su vida era una rara mezcla de prohibiciones y severidad, y de gran lujo y festejos. Se nos describe el silencio de las calles importantes donde la señora sólo sale para ir a la iglesia en su silla de manos. Se menciona siempre el convento que era "...pacífico hogar, privado de los inconvenientes del matrimonio."²² En los siete conventos de monjas en México las damas supérfluas de la sociedad

20. González, *op. cit.*, p. 133.

21. Benítez, *La vida criolla*, p. 173.

22. *Ibid.*, p. 25.



perfeccionaban el arte culinario y cosían vestidos de santos (todavía en el siglo xix es ésta la aceptada ocupación para las solteras). Pero se habla también de la pasión por el lujo que era común a señores y a plebeyos, mostrada en la magnificencia en el vestir de los ricos, en los muchos desfiles, recepciones y fiestas,²³ y en la afición de las señoras por el juego.²⁴ Urbina cita al Padre Morales que describe la suntuosidad de "...una de las incesantes fiestas literarias de aquella naciente y alharaquenta sociedad de México en el siglo xvi."²⁵ En este desfile toda la Universidad tomaba parte y seguramente el resto de la ciudad servían como espectadores.

Era una vida de gustos sensuales, pero en verdad muy restringida. La instrucción que recibió la mujer en la época colonial era de índole religiosa y doméstica. "El énfasis siempre se ponía en la instrucción de las manos y en la salvación del alma, más bien que en la preparación intelectual."²⁶ Pobre o rica, la muchacha usualmente no sabía leer ni escribir²⁷ porque se consideraba mejor así. Solamente en los conventos se podía recibir un poco de educación. No hubo mejoría a través de los siglos en cuanto a las ideas educativas. Se dice que en el siglo xvii la instrucción de las mujeres era peor que la del xvi²⁸ y la situación que describe Lizardi en *La Quijotita y su prima* es prueba de la pobreza del sistema educativo de los fines de la colonia. Emily Barksdale dice con certeza que "aquella época era verdaderamente una época medieval para la mujer mexicana."²⁹

La única mujer que escapó del estancamiento general en la educación femenina fue Sor Juana Inés de la Cruz, que en cualquier época hubiera sido excepcional, pero que, en el siglo xvii, pareció más bien un milagro. Es el producto de tres ambientes muy diferentes, que evocan, por distintas razones, el periodo colonial. Nació en "...un pueblo pequeño, de casas de adobe, iglesia humilde, plaza solitaria y árboles polvosos; alrededor chozas de indios y campos de agave y de maíz...".³⁰ Era allí donde la pequeña Juana seguía a su hermana mayor a la "Amiga" para después saber, a los siete

23. *Ibid.*, p. 50.

24. *Ibid.*, p. 38.

25. Urbina, *La vida literaria*, p. 21.

26. Barksdale, *op. cit.*, p. 46.

27. *Ibid.*, p. 28.

28. *Ibid.*, p. 30.

29. *Ibid.*, p. 51.

30. Urbina, *op. cit.*, p. 35.

años "...leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprehenden las mujeres..."³¹ Había alcanzado ya una educación mucho más avanzada que la mujer normal de su época, pero para ella era solamente un comienzo.

La llamaron de su pueblo a la corte del Virrey, el ápice de la sociedad colonial. Aquí se hallaba concentrado todo el lujo de "...aquella época churrigüeresca..."³² y ella conversaba con damas y galanes, letrados y teólogos. Fue una vida artificiosa que no agradó al carácter estudioso de Sor Juana y por eso ingresó en el convento — una realidad siempre presente en la época colonial. Por algún tiempo pudo estudiar como quería, pero, al fin, tuvo que abandonar sus libros. Aún en el convento, el único lugar donde la mujer podía educarse, se veía con malos ojos la excesiva erudición, especialmente cuando se expresaba en curiosidad por las cosas de este mundo y no en la teología.

En la época independiente no se apreciaba un cambio radical a esta situación. La actitud pública en general siguió lo mismo: la mujer necesitaba una educación que la hiciera útil en la casa y que le preparara para la vida eterna. Pero se hizo común que la mujer supiera a lo menos leer y escribir y hubo casos aislados de mujeres que se atrevían a luchar para conseguir una educación más avanzada. Debían de haber tenido la misma ansia de educación y cultura que Sor Juana, pero mientras su época la colocó a ésta en un convento, en el siglo XIX tenemos a la primera mujer médica-cirujana (1887) y a la primera abogada (1891). Naturalmente éstos son casos raros entre la enorme multitud de mujeres que ni aspiraban siquiera a tales metas, pero aún la mayoría tenían, como veremos después, un nivel de educación más alto que el de la época colonial. Y sería este comparativamente alto nivel general de educación y el ejemplo de las pocas mujeres que se atrevieron a ser las iniciadoras de una nueva forma de vida lo que harían posibles las oportunidades, no sólo educativas, sino de todas las fases de la vida, de la mujer de hoy, y que convertirían al siglo XIX en una época de transición entre el período colonial y el siglo XX.

31. *Ibid.*, p. 36.

32. *Ibid.*, p. 70.

II

La ciudad de México era el centro de la vida mexicana. Es de aquí que vamos a sacar nuestro conocimiento más profundo de la mujer mexicana.

La mujer mexicana de la ciudad en el siglo XIX empezó su vida como todas las niñas, en los brazos de su madre. Pero pronto se veía entregada al cuidado de una pílmama, una muchacha india, usualmente muy joven, empleada para estar siempre con ella. De los brazos de la pílmama la niña iba a la Amiga, una escuela atendida generalmente por una señorita de mediana edad, a la cual asistían niños y niñas desde muy pequeños, algunos desde los dos años. En *La Quijotita* de Lizardi, Pomposita, iba a los tres años mientras Pudenciana iba a los cinco. La Amiga podía ser para niñas como en *La Quijotita* o coeducacional como de la que habla García Cubas en una casa de vecindad en México. Todos los niños aprendían a leer y a saber de memoria la doctrina cristiana. A las niñas se les enseñaba a hacer dobladillo y a respuntear.¹ La crítica más grande que se puede hacer a estas escuelas es que enseñaron a los estudiantes a recitar como pericos, sin preocuparse por lo que pudieran entender.

Sería razonable pensar, juzgando las cosas desde el punto de vista actual, que la siguiente escala en la educación de la joven mexicana sería el asistir a un colegio. Pero no era la costumbre general en el siglo XIX. Lizardi no hace mención de estas instituciones, a pesar de que existían colegios para señoritas en sus tiempos, y pese a que su novela está dedicada a la instrucción de las mujeres.

A mediados del siglo, sabemos de la existencia de colegios, pero no por lo que dicen de esto las novelas. La Sra. Calderón de la

1. García Cubas, *Libro de mis recuerdos*, pp. 401-403.

Barca menciona que el colegio Vizcaíno daba educación a las hijas de españoles. Las estudiantes vivían allí internas como si fuera un convento. En el colegio de San Ignacio de Loyola ganaban tanto dinero con el bordado que sólo una hora y media al día dedicaban a leer, escribir y sumar.² En otro "...se les enseñaba, además de la práctica de las virtudes cristianas, las labores manuales propias de su sexo."³ Parece que muchas escuelas consideraron una obligación no tanto educar a las niñas, sino proteger a las niñas bonitas pero pobres de los peligros del mundo.

La idea fija de la sociedad era que se debía enseñar a las muchachas todas las cosas necesarias para hacerlas "buenas esposas" de hombres honrados, y nada más, y se dudaba "...que fuera prudente dar enseñanza secundaria a las mujeres, asegurando que sólo las enseñarían a ser 'fatuas y coquetas'".⁴ El padre educaba a su hija para que fuera "...una mujer amable que ... (hiciera) las dulzuras de su esposo, y la felicidad de su familia."⁵ En *La Rumba*, que cuenta la historia de Remedios, una joven de clase media baja en la segunda mitad del siglo, vemos esta actitud. Remedios era la excepción en su deseo de mejorarse, y aunque no sabía qué camino escoger, aún sus mejores esfuerzos no le habrían valido nada. La censuraba el cura porque quería aprender matemática, una ciencia que él consideraba completamente inútil para la mujer, que tenía su futuro en el hogar. La censuraba también el juez que la señalaba como ejemplo de los malos resultados de la educación de la mujer de la clase pobre: "...la mujer no ha nacido para las aulas, las Amigas hacen germinar en ellas esas aspiraciones que no elevan sino levantan para hacer caer con rudo golpe."⁶ Todavía se consideraba a la escuela como ambiente nocivo, y a los 11 ó 12 años se creía que una niña ya era demasiado vieja para continuar estudiando.

Desde el principio del siglo hasta su fin persistía la idea de que era mejor educar a una hija lo más posible dentro de la casa. Lizardi decía en 1816 que no era bueno dejar a una niña con la Amiga por mucho tiempo porque solamente adquiriría las malas costumbres de las otras y perdería su inocencia y candor⁷ y en 1914

2. Barksdale, *La historia de la educación*, p. 40.

3. *Ibid.*, p. 30.

4. *Ibid.*, p. 67.

5. Lizardi, *La Quijotita*, p. 94.

6. Angel de Campo, *La Rumba*, p. 328.

7. Lizardi, *op. cit.*, p. 119.

dice la autora de un libro sobre la educación femenina que “la luz de la ciencia, los conocimientos, la instrucción que hacen al hombre sabio y previsor, la niña deberá adquirírselos en el hogar.”⁸ En todo el siglo xx la educación de la mujer no era una teoría aceptada por la mayoría. La inteligencia no entraba en el concepto popular de la mujer ideal. La Sra. Calderón, acostumbrada al sistema educativo de los Estados Unidos e Inglaterra, decía que no existían escuelas que merecieran ese nombre, lo cual era en parte el resultado de esta actitud del público mexicano.

Hablando en general, la mujer mexicana podía leer, escribir, coser y cuidar de su casa y de sus hijos. Las jóvenes más instruidas recibían clases en la casa de piano, dibujo, costura, francés, baile y canto, guitarra, bordado y retórica. Tenían maestros particulares para todos “los entretenimientos honestos.”⁹ Y aunque no son éstas las materias que nos parecen más importantes hoy, son muchas. García Cubas creía que la instrucción de la mujer había mejorado mucho a mediados del siglo, y que había tomado una nueva dirección.¹⁰ Pero tenemos que tomar en cuenta que sólo la mujer excepcional y rica podía aprovecharse de lo poco que había. Los padres más inteligentes estaban contentos si sus hijas se confesaban regularmente y podían bordar y coser un poquito. Las muchachas no aspiraban a más porque no había nadie a quien emular. No tenían muchas oportunidades de reunirse y era difícil conseguir maestros buenos. No había muchos libros; eran muy caros y no existían las bibliotecas circulantes ni la revista barata.¹¹ Dice la Sra. Calderón que no cree que hubiera más que media docena de señoras o de muchachas que leyeran un libro completo al año. Así que no existía ni el deseo ni la oportunidad para recibir una educación más amplia. Pero, como añade la Sra. Calderón, si la mujer mexicana de la alta sociedad era ignorante, casi nunca lo mostró; tenía demasiado tacto.

Carmen, la heroína de Pedro Castera, se educó totalmente en familia porque no querían que fuese a un colegio. No existía problema de dinero; la idea era que tuviera una vida tranquila y segura y, así, por cuatro años su supuesto padre le dio lecciones de religión, gramática, geografía e historia; la madre, de costura y bordado. También tenía un profesor de canto y baile. Después de esto, estu-

8. Loved, *Educación femenina*, p. 33.

9. Barksdale, *op. cit.*, p. 65.

10. García Cubas, *op. cit.*, p. 411.

11. Calderón de la Barca, *Life in Mexico*, p. 176.

dió idiomas y dibujo. Su "padre" pensaba, como la mayoría de sus contemporáneos que a los 12 años debía terminar su educación, pero, en este caso, la madre adoptiva intervino y Carmen continuó sus estudios. La muchacha era culta y pianista excelente, pero tenía el talento musical mucho más desarrollado que su conocimiento de los libros. Juzgando este resultado satisfactorio de la educación casera mexicana del XIX, tenemos que tomar en cuenta que el autor idealizó la realidad en el caso de Carmen.

También de muy buena familia, y aún más, de la alta sociedad, son la mujer y la hija del Conde de Saúz, personajes de *Los bandidos de Río Frío*. La condesa había entrado en un convento a los siete años de donde no salió hasta que se casó sin conocer a su marido. Payno dice de la hija, Mariana, que ella "... aunque hija de noble casa, no tenía cultura ninguna."¹² Pasó una vida triste y aburrida en la casa de su padre porque nadie tenía el menor empeño en educarla y la única cosa que hacía era bordar o coser. Si aún la nobleza no pensaba que fuera necesario que la mujer tuviera la más mínima educación, entonces es obvio que sólo pocas familias instruidas e inteligentes iban a recibirla. La educación de la mujer no era una cosa de moda, ni de costumbre, y por eso, sólo las más interesadas y afortunadas la consiguieron.

La muchacha que Lizardi crea como la encarnación de la perfección femenina estudiaba las cosas antes mencionadas como necesarias para la mujer instruida. Recibió la mayor parte de su educación de su padre que añadió a los estudios usuales la enseñanza de la aritmética, diciendo que era útil para la mujer saber hacer cuentas. Pero aún este padre, adelantado a su época, admitía que las matemáticas eran una cosa muy difícil, especialmente para las mujeres. No se creía que la mujer tuviera una capacidad mental igual a la del hombre, pero con explicaciones cuidadosas, era posible hacerla entender lo que le fuera difícil.

Pomposa, el mal ejemplo, recibió una educación mucho menos sensata. A sus padres no les interesaba cultivar la mente de su hija. Su madre sólo se preocupó por lo que Lizardi llama las necesidades. Lo importante era que su hija bailase, tocase y cantase. Dice doña Eufrosina, la madre:

Por lo que mira al estilo, a la decencia, al aire de taco, al tono y a todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase que al-

12. Payno, *Los bandidos*, I, 102-103.

gún día ha de hacer su papel, ya Ud. ha visto también que me he despulsado por enseñárselas. Si sabe... tratar a todo el mundo según su clase, vestirse con arreglo en las últimas modas... manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿a quién lo debe sino a mí?¹³

Este énfasis en las apariencias no se limitaba, naturalmente, a esta época, sino que en ésta, como en otras, la superficialidad de la educación hacía a las muchachas frívolas, sin sentido común, y aun sin moralidad. La tragedia era que "... muchos padres y madres, no sólo no se ... (afanaban) en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se ... (creían) exentos de esta obligación y ... (tenían) por perdida toda la instrucción que pudiera recibir."¹⁴

Las pollas, muchachas coquetas y cursis de la capital, que todavía viven para nosotros, gracias a la pluma de José Cuéllar, son otro resultado más de esta actitud frente a la educación. Cuéllar dice de ellas sencillamente que "... en cuanto a instrucción, sabían hasta de memoria las confesiones de María Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail."¹⁵ Llenaron sus cabezas con aventuras románticas sin hacer otro uso de su educación. *La Chiquilla* de González Peña trata el mismo ambiente de la clase media pobre, pero tres décadas después, y la situación seguía igual. Solamente un personaje, Clara, asistió a la escuela, y esto sólo por uno o dos años.

En suma, no había mucha diferencia en la educación que recibían las muchachas de cualquier clase social excepto las más pobres que no recibían ninguna. Entre Tules, la esposa del tornero, en *Los bandidos*, que sabía leer y escribir regularmente, hacer bordado y decir la doctrina, y Mariana, hija del conde, la diferencia no estaba en la educación que tenían, sino en que las mujeres más afortunadas tenían tiempo para estudiar y perfeccionarse en lo que podrían llamarse "los adornos", como el baile, el canto y el piano, y las otras no.

Al indagar acerca del tipo de diversiones y de la vida social que tenían las mujeres del siglo XIX encontraríamos en muchas fuentes que pasaban la vida "... encerradas constantemente en su casa, ocupadas en las labores de su sexo, ... casi siempre separadas en la so-

13. Lizardi, *op. cit.*, p. 97.

14. *Ibid.*, p. 200.

15. Cuéllar, *Ensalada de pollos*, p. 180.

ciudad de los hombres y privadas muy frecuentemente de las diversiones públicas como teatros, paseos, bailes, etc. . .”¹⁶ La Sra. Calderón estaría de acuerdo con esta descripción, pero, de las novelas, sacamos una impresión un poco menos lúgubre. Seguramente hubo muchas mujeres, quizás la mayoría, que vivieron así, pero también existieron diversiones inocuas que no les eran vedadas a otras.

Una muchacha podía asistir, a veces, al teatro, aunque la Sra. Calderón, que iba al teatro cuando residió en México, lo encontró, la mayoría de las veces, oscuro, sucio y vacío. Pero, a principios del siglo, Pudenciana y, años después, Amparo (*Los bandidos*), una muchacha de familia rica y bien educada, concurrían al teatro algunas veces; y asistió también la muy protegida heroína romántica, Carmen, en la única excursión que hizo fuera de la protección de su casa. Por lo tanto, deben haberlo considerado una diversión decorosa y decente. García Cubas dice que, en sus tiempos, todas las jóvenes de sociedad frecuentaban el teatro,¹⁷ y sabemos que aún la clase media baja lo tenía como diversión, porque Antoñita, una pobre costurera de una casa de vecindad, vio los dramas románticos franceses.

El paseo y la tertulia eran otras formas de diversión para las clases alta y media. La Sra. Calderón notó que las señoras paseaban en carruajes por la Viga en las tardes y, medio siglo después, Elena y Margarita, de *Los parientes ricos*, hacían paseos a la Alameda o a Chapultepec con sus dos primos casi todos los días. Aun Santa, en su papel de prostituta rica, iba en una victoria al bosque por las tardes, y las pollas de Cuéllar se bañaban por las mañanas en la Alberca Pane y después iban a la Alameda. El paseo era quizás la más popular y la más generalizada diversión de las mujeres de la capital en el siglo XIX.

De la tertulia nos habla García Cubas que dice que las había en la buena sociedad las noches en que no se efectuaba representación teatral. Los jóvenes concurrían para hacer juegos de salón, tocar y cantar. En la casa de Amparo, por ejemplo, cada semana había una tertulia de las nueve a las doce de la noche, a la cual asistían jóvenes y viejos. Un cuarto se convertía en sala de tresillo y en otro se tocaba el piano, se cantaba y aun se bailaba a veces. En muchas casas era común hacer representaciones de pastorelas y comedias, y característicos de la clase media eran los bailes caseros, dados en las

16. Barksdale, *op. cit.*, p. 65 de Castillo Negrete, México en el siglo XIX, I, 334.

17. García Cubas, *op. cit.*, p. 160.

casas de vecindad. Pero a pesar de estas diversiones, la Sra. Calderón dice, con autoridad, que en las clases altas los muchachos y las muchachas casi nunca se encontraban. En la clase media, sin embargo, la polla de moda era "...concurrente asidua a todas las funciones gratis, a todas las comedias de aficionados y a todos los bailecitos."¹⁸ En todos los tiempos el tipo cursi de muchacha logra divertirse, pero también parece que la mujer honrada gozaba de más oportunidades para divertirse a fines del siglo que en la época de la Sra. Calderón. Para concluir, el mejor comentario que he encontrado, y quizás el más revelador acerca de las diversiones permitidas a la mujer es el siguiente, expresado con toda seriedad, a principios del siglo xx: "No creáis... que los placeres están vedados para la mujer, ni que debe seguir una vida monástica, ¡no!, la naturaleza... le brinda sitios deliciosos en donde recrearse..."¹⁹

La madre, pintada por Lizardi y por la mayoría de los otros autores, era necesariamente la persona que tenía la mayor responsabilidad en la educación moral de sus hijas. Naturalmente la figura de la madre entra en muchas de las novelas, y en cuatro de las de la ciudad es sujeta a crítica, muchas veces muy severa por la manera en que educa a sus hijas. Pomposa, "...representa todo el fruto de ... (la) educación vulgar y maleada..."²⁰ que le dio su madre, de tal manera que queda completamente impreparada para la vida y termina por caer en la prostitución. Pomposa se arruinó porque necesitaba dinero; como ni su mamá ni ella tenían la menor idea de cómo manejar los bienes que tenían, los perdieron. Se dejaron burlar de todos. Pero si la madre hubiera sabido educar a su hija, la ruina económica no habría traído como resultado inevitable la ruina total.

Cuéllar, medio siglo después de Lizardi, advierte el mismo problema de la falta de responsabilidad de las madres. "Benditas sean las madres cuyo amor es iluminado por la razón..."²¹ dice, pero nos presenta a una madre, doña Lola que, desgraciadamente, no se podía describir así. Decía esta mujer, en cuanto a la educación, "yo soy como Dios me ha hecho",²² y a su hija también Dios sólo la educaría. En consecuencia, un día doña Lola se encontró frente a

18. Cuéllar, *op. cit.*, p. 180

19. Loved., *op. cit.*, p. 27.

20. Lizardi, *op. cit.*, p. 12.

21. Cuéllar, *op. cit.*, p. 58.

22. *Ibid.*, p. 59.

una hija de quince años que era "...un ser moral débil... puesto a merced de sus pasiones incorregibles..."²³ Doña Lola sabía desde hacía tiempo que su hija se avergonzaba de ella porque, viviendo ellos en un medio modesto, Concha había hecho amigos ricos. Una noche en una fiesta la madre percibió toda la fuerza de este cambio y se dio cuenta de que su hija había llegado a ser una mujer muy bonita y que parecía estar enamorada de uno de los pollos ricos. Se puso furiosa, con una mezcla de celos y de reproches de conciencia. Como su marido se había ido a la guerra, no podía siquiera consultarle, aunque de todos modos parece que no hubiera podido ayudarle mucho. El marido sabía, dice el autor, leer y escribir, pero realmente era completamente inútil.

Así que doña Lola, teniendo nada más que sus instintos mal instruidos en que apoyarse, abofeteó a su hija y la maldijo. Cuando debía reflexionar no sabía ni qué pensar y perdió completamente el equilibrio, dejándose llevar por las emociones. "A medida que hay menos cultura y educación en las madres, hay mayor número de estos actos que podríamos llamar abusos de autoridad,"²⁴ dice el escritor. La madre, finalmente, tuvo que enfrentarse con el hecho de que su hija ya era grande, estaba fuera de su control y quizás encaminada por un mal sendero, y que ella tenía la culpa por no haberse ocupado de la muchacha. Se había interesado demasiado en el compadre de su marido. No supo cómo enfocar la situación que se había suscitado por su falta de cuidado, y así hizo la cosa más fácil: tornarse histérica y abusiva.

Concha se quedó atónita después de la bofetada que recibió de su mamá. Se sintió abandonada y sin cariño. No entendía la cólera súbita e irracional de su madre, pero básicamente la amaba y, aunque humillada por los insultos que había recibido, decidió pedirle perdón. Todavía no estaba completamente alejada de su hogar. Entró en el cuarto y vio a los pies de su madre a un hombre, al compadre de su papá. Esta fue la desilusión final. Doña Lola, insensata, había perdido a su hija; la había reprendido por haberse enamorado y se dejó ella misma enamorar por un hombre que no era su marido. La hija sintió que había perdido a su madre y buscó consuelo en otro lado. Así, aunque termina en la prostitución, "en Concha no había perversidad, sino ignorancia."²⁵

23. *Ibid.*, p. 59.

24. *Ibid.*, p. 60.

25. *Ibid.*, p. 215.

Tenemos otros casos en las varias novelas donde la falta de dirección en la casa trae la tragedia. En *La Chiquilla*, la madre, doña Pepa, por su falta de interés en su familia y por la manera en que mimó a su hija menor, trajo la ruina a su familia. Doña Pepa "...nunca pecó de solícita y laboriosa como madre, y sí hubo de pasar los años en bonachona poltronería."²⁶ Cuando Antoñita, la hija que trabajaba para mantener a la familia, le pedía sus consejos sobre la vida ociosa de Lena, su hermana, la madre decía que los chismes le enfermaban y que quería que la dejaran en paz. "¿Qué culpa tenía ella de que la chica se empeñara en la holganza?"²⁷ Aunque Antoñita se estaba matando con el trabajo, la madre afirmaba que el empleo en una tienda que le ofrecieron a Lena no era propio para señoritas decentes. Aquí entra el orgullo ridículo y patético de la clase media mexicana; esperaba un porvenir para su hija que estaba fuera de las posibilidades de esa época y por eso despreciaba el trabajo. Tenía tan poco sentido maternal que osaba decir como excusa a Antoñita, la que las mantenía, que Lena tenía tendencias distintas a las suyas; ella "tiene aspiraciones muy justas, . . . como que pretende ser algo, sobresalir. . ."²⁸ Y por eso la madre insultaba a una hija y dejaba que la otra llevara una vida ociosa. Para llegar a ser "alguien" era indudablemente un requisito no hacer nada. Así tenemos a una madre que se aleja de los problemas de sus hijas porque no quiere ser molestada y sólo interviene para proteger las malas costumbres y la pereza de su hija menor. Nunca se tomaba el trabajo de inculcar en su hija preceptos morales. El resultado fue que la hija creció consentida y vanidosa, sin principios y con sueños vanos.

En el mismo libro hay otra muchacha que sufre de la misma falta de cuidado maternal. Pero aquí es una situación diferente y más obvia. La madre de esta muchacha, Clara Ruiz, era una vieja embrutecida por la borrachera así que los únicos rasgos humanos que le quedaban eran la glotonería y la codicia. Clara trataba a su madre como una sirvienta, sobornándola con dulces para de esta manera hacer lo que le daba la gana. Como la única persona que le podía dar consejos, su madre, había llegado a tal condición, y como su propia manera de vivir era tan ociosa, no es sorprendente que ella también cayera en la prostitución.

26. González Peña, *La Chiquilla*, p. 185.

27. *Ibid.*, p. 186.

28. *Ibid.*, p. 186.

Aún Santa, que tuvo tanto éxito en esta vida, la había adoptado porque su familia, su madre y dos hermanos, le habían echado de la casa por sus amoríos con un soldado. La condenaron sin pensar que quizás ellos mismos tenían la culpa por no haberla aconsejado mejor. Para la madre, la honra de la familia era más importante que su hija.

Vemos, pues, que un tema muy significativo tanto en Lizardi como en Cuéllar y en González Peña, es la incapacidad de la madre para su ocupación primaria, la educación de sus hijas. Como en el siglo XIX se consideraba el ser madre como la única contribución valiosa de la mujer a la sociedad, su falta de preparación para ello creaba un problema gravísimo. Los escritores lo reconocían como un círculo vicioso: la educación que la madre no supo dar a su hija resultaba en la mayoría de los casos un ejemplo para que ésta hiciera lo mismo con sus hijas, etc. La preocupación de estos escritores muestra que los hombres con visión social empezaron a ver en el siglo XIX que la educación inadecuada habitual de las mujeres era, en verdad, un peligro para la sociedad en general. El juez que juzgaba a Remedios de *La Rumba* habló por todos cuando dijo que "...la sociedad marchaba a una desorganización moral, y esto se debe a la mujer, cuya educación actual mata en ella a la madre, a la esposa, y a la hija."²⁹ De la comprobación de estos hechos, aunque no todos estuvieran de acuerdo en la solución de los problemas así planteados, surge un cambio definitivo en la orientación de la educación femenina en nuestros días.

Hasta ahora, por los datos que tenemos, podemos decir de la ciudadana mexicana del siglo XIX que adolecía de una educación deficiente, según nuestras normas, y de acuerdo también con la opinión de los novelistas de su época. Igualmente cierto es que las mujeres de la clase media o baja vivían descontentas en su medio y trataban de mejorar, económica y socialmente. Soñaban con el dinero y aspiraban a ser ricas, que es siempre un pasatiempo improductivo cuando, como en estos casos, ello no se reforzaba con el trabajo.

No faltaban las que, como Remedios Vena, tuvieran causas justificadas para querer salir del miserable ambiente donde vivían. Remedios habitaba en una de las secciones más pobres de la ciudad: la Rumba, una plaza oscura, sucia y muy lejana, especialmente para una joven como ella, de la alegría y el bullicio del centro. Remedios luchaba "...contra un medio insensible a todo: a la pobreza, a la

29. Angel de Campo, *op. cit.*, p. 327.

mugre, a la ignorancia.”³⁰ Había logrado, finalmente, escapar durante el día, porque había dejado de trabajar en la herrería de su padre para tomar un empleo en un taller en el centro, pero el tiempo que pasaba fuera de La Rumba hacía más difícil y más triste el regreso. Era obvio —pensaba— que el destino la había tratado injustamente. ¿Por qué no tenía ella dinero como las señoras elegantes que veía pasar? Las odiaba... y quería ser como ellas. Una sorda rabia la invadía cuando pensaba en el futuro que seguramente la esperaba — el casamiento con un tendero sucio que olería a queso y el pasar su vida “...detrás de un mostrador espantando moscas...”³¹ La alternativa estaba entre esto o continuar siempre “...encorvada sobre la costura, recibiendo un miserable sueldo...”³² que no le alcanzaba para vivir. En todo caso nunca lograría ser más que “una de tantas”. Era una perspectiva muy deprimente, pero sus aspiraciones a una vida de lujo y comodidad fueron, al principio, nada más que sueños, sueños que le amargaban la vida, porque, ¿qué podía hacer?

Igualmente descontenta de su suerte y determinada a cambiarla está Concha, la de *Ensalada de pollos*. Aunque criada en un ambiente más propicio que el de Remedios, su ambición también era llegar a una posición superior en la escala social. Cultivó con asiduidad a unas amigas ricas que le regalaban vestidos y aumentaban su ya crecida vanidad. Frecuentaba sus casas y las acompañaba a paseos y al teatro, hasta que llegó a despreciar su propia casa y a la gente con quien vivía. Se deleitó en el lujo prestado, y alejó a sus vecinos con el aire de superioridad que asumió. El ser humilde madre de familia nunca la atrajo; necesitaba ser gran dama para satisfacer su vanidad, y creyó, ilusionada, que con su belleza podía conseguir lo que deseaba. No le causó más que un ligero temor el darse cuenta que tendría que abandonar su virtud para alcanzar sus fines.

Otras dos muchachas que anhelaban una vida ociosa y que eran susceptibles a cualquier tipo de trabajo eran Lena, “La Chiquilla”, y su amiga, Clara Ruiz, que vivían en la misma casa de vecindad. “Lena era la moza frívola, ligera de cascos, que siempre tenía los ojos abiertos para la felicidad, mas nunca para los sinsabores.”³³ Aunque no hacía nada, no sufría remordimientos de conciencia por

30. Millán, prólogo a *La Rumba*, p. XIV.

31. *Ibid.*, p. 203.

32. *Ibid.*, p. 202.

33. González Peña, *op. cit.*, p. 144.

su completa dependencia de su hermana que trabajaba para mantenerla. "Libros y agujas eran para ella... mamotretos indignos de la mano blanca de una señorita..."³⁴ El trabajo era cursi para una persona que, como ella, aspiraba a algo mejor. Así que pasó la vida esperando un milagro, admirándose en el espejo y poniéndose los vestidos bonitos, hechos con el sacrificio del tiempo y de la salud, de su hermana. Solamente Antoñita se dio cuenta del vacío espantoso de la mente y del alma de Lena. Como era alegre y vivaz, todos la mimaban, y aumentaban su creencia de que estaba predestinada a ser una señorita elegante y rica. Estancarse en un estúpido matrimonio no entraba en sus planes.

La animó su amiga Clara con su pereza y con la costumbre de pensar sólo en sí misma y en su futuro. Clara era en todos los aspectos mencionados arriba, peor que Lena, pero tenía lo que le faltaba a la otra, resolución y fuerza de voluntad. A causa de esta firmeza de carácter y de los recuerdos de una niñez menos miserable, reaccionaba ante su situación con un rencor que no formaba parte del carácter de Lena. Clara, una muchacha hermosa y voluptuosa, estaba enamorada de su propia belleza y codiciaba riquezas con qué rodearse. Recorría las calles, frenética con el odio por la vida que llevaba a cuestras y con la obsesión de cambiar la que tenía por algo mejor. Quería ser una cómica, porque así satisfaría sus dos ambiciones: la de ser deseada por los hombres y la de ser rica. "¿Por qué ella, hermosa, anhelante de placeres, se agostaba en un rincón ignorado, arrastrando sus faldas descosidas...?"³⁵

Al contrario de muchas, Clara tenía carácter para llegar a su meta. Cuando fracasó en el teatro salió orgullosamente con un brillo de desdén en sus ojos "...que tan bien traducían la no domeñada ambición, los anhelos de romper con la miseria y elevarse a la existencia luminosa del oio."³⁶ Clara no fue vencida. Como no podía cumplir sus deseos de esta manera, escogería otra. Ningún fracaso la haría capitular y admitir la derrota, cuando todavía conservaba su belleza, sobre la cual contaba para librarse del miserable ambiente de la casa de vecindad.

Estas muchachas de la clase media, codiciosas del dinero fácil, merecen la crítica, a lo menos por su pobreza espiritual y por su pre-

34. *Ibid.*, p. 145.

35. *Ibid.*, p. 61.

36. *Ibid.*, p. 174.



ocupación constante por lo material. De esto no se puede culpar a la sociedad aunque hasta cierto punto la madre era la responsable. Doña Lola, la madre de Concha, era poco inteligente y descuidada en sus deberes para su hija; la de Lena, perezosa y completamente desatenta a todo lo que no fuera su propia comodidad; y la de Clara era una borracha degenerada. Es seguro que ninguna inspiraría a su hija con su ejemplo, y la hija, naturalmente, formaría otro ideal, lejos del que le ofrecía la madre, pero se vería al mismo tiempo, impulsada por los valores que ella le había inculcado: el buscar el dinero, con menoscabo de la decencia y de los principios religiosos.

Hay otra circunstancia atenuante, además de la mala influencia de la madre. Es probable que ninguna de estas tres muchachas hubiera querido cambiar la vida inútil que llevaba por una de trabajo, aún de ser ello posible, porque el lujo que buscaba no se podía ganar con la labor honesta: pero, de todos modos, no existían trabajos adecuados para la mujer. Remedios, la única de estas muchachas descontentas que trabajaba, se ocupó en lo que era literalmente el único empleo asequible a la mujer de esa época —la costura—, y sabemos por Cuéllar que “la mujer, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es el hambre...”³⁷ Las condiciones sociales no habían cambiado desde los tiempos de Lizardi en 1816 hasta los de González Peña en 1907, y eran el resultado de la opinión expresada por Lizardi y compartida por la mayoría de la gente que “... si los hombres... han separado (a las mujeres)... del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto a su débil constitución, y por reservarlas para aquellos objetos a cuya conservación la naturaleza privativamente les destina...”³⁸ Es un ideal magnífico, pero no es extensivo a las desafortunadas que no tienen hombres para protegerlas y mantenerlas. Cuéllar reconoció esta situación antes que la sociedad en general, y afirmó que miles de muchachas, y no solamente las livianas, frívolas y codiciosas, se lanzaron a la prostitución porque no había otra manera de ganarse la vida. Cuéllar añadió que era ya tiempo que los hombres fuertes dejaran de ser vendedores de chucherías y terciopelos, para que la mujer se empleara en estas ocupaciones y así tuviera oportunidad de mantenerse honradamente.³⁹

37. Cuéllar, *op. cit.*, p. 214.

38. Lizardi, *op. cit.*, p. 79.

39. Cuéllar, *op. cit.*, p. 214.

Existía una situación verdaderamente angustiosa para la mujer de clase media baja que no había podido o no había querido casarse. Todo ello resultaba de una combinación de factores, tanto relacionados directamente con la mujer como independientes de ella: la falta de un intento de parte de los padres de darles instrucción moral y de enseñarles los principios en los cuales deberían vivir, y la falta de una educación formal que las preparara para pensar por sí mismas y que disciplinara su inteligencia, combinados, por otro lado, con el hecho de que la formación de la sociedad las excluyó de casi todas las ocupaciones, menos del matrimonio y de la prostitución. No había lugar para las solteras. La mujer no gozaba de libertad para escoger lo que quería ser —no existían pues, las alternativas—. Y si se añade a estos factores el que acabamos de estudiar y que parecía ser casi una enfermedad de la clase media, la creencia de que iban a mejorar social y económicamente, no por el trabajo, sino por arte de magia, el resultado es una situación irremediable, que es la que entonces prevalecía.

Ahora parece que nuestro estudio de la mujer nos obliga a dirigir la atención a su relación con el hombre, que es muchas veces el punto central de donde surgen los problemas de la felicidad de la mujer. Pero en realidad se puede decir que en estas novelas cada vez que una mujer se encuentra en una situación poco satisfactoria en relación con un hombre es a causa de uno o más de los temas antes tratados: una madre impreparada, la falta de educación, el orgullo burgués, el deseo de lujo, o la falta de oportunidades de trabajo, en combinación también, generalmente, con su propia debilidad de carácter. Un tema presente en la mayoría de las novelas de la ciudad es la prostitución o la pérdida del honor, y las causas están bien estudiadas. La desmedida codicia de las mujeres de la clase media es indudablemente el motivo principal, entre los mencionados arriba, para la prostitución, así que este tema que acabamos de tratar nos lleva directamente al que sigue —la prostitución—. Es un problema que siempre ha preocupado a los escritores.

La manera de empezar a hablar de la prostitución es, lógicamente, con Santa, la prostituta más famosa de la literatura mexicana, y la única entre las muchachas de estas novelas que consigue, por cierto tiempo, a lo menos, el lujo que todas ellas buscaban. También es la única que está estudiada psicológicamente mientras

ejerce la prostitución. Los otros escritores hacen hincapié en los problemas que preceden a la prostitución, pero a Gamboa le interesan no los antecedentes, sino la prostitución misma.

Santa era una muchacha feliz e inocente de San Ángel cuando éste era un pueblo campestre cerca de la capital. Allí se enamoró de un soldado que la sedujo y después la abandonó. Cuando su familia la encontró embarazada, la echaron del hogar y Santa fue directamente a una casa de prostitución en México de la que había oído hablar. Si la sociedad le hubiera ofrecido alguna otra alternativa, quizá la habría escogido, aunque es dudoso, porque no sabía trabajar y no mostró inclinaciones para aprender. Las desgracias de la vida obligaron a Santa a ir a esta casa, que escogió más bien por despecho para con la actitud de su familia. Ya en ella se necesitaría mucha más fuerza para salir de allí que la que tuvo. Hizo una tentativa la primera noche, pero pronto la convencieron de que la prostitución la tenía prisionera. Y, ¿a dónde iría, si salía de allí?

Santa fue una extraña mezcla de emociones contradictorias. Comenzó su nueva carrera con muchas lágrimas pero con poca repugnancia. A veces, verdaderamente gozaba de su vida, especialmente en su época de esplendor cuando presidió como reina su pequeño mundo. Al mismo tiempo, no pudo reprimir sus remordimientos — "...estas ráfagas de arrepentimiento al despertar únicamente, y después, en el curso del día, una lenta connaturalización con esa propia vida, un convencimiento de que ya jamás podía aspirar a otra..."⁴⁰ Gamboa opina que ella se había acostumbrado tanto a esta manera de ser, que la vida honesta le aburriría completamente.⁴¹ Ésta es una conclusión fácil de hacer, pero no de sostener. Yo la encontraría más creíble en el caso de una muchacha como Clara, por ejemplo, pero Santa nunca se mostró tan vanidosa ni tan egoísta. No fue la codicia la que la empujó a la prostitución ni hay ninguna otra prueba de que una vida sencilla con un poco de amor no la hubiera satisfecho. Pero ya había cometido la equivocación que destruyó su vida y sabía que era ilusoria cualquier esperanza de cambiarla.

Es el amor lo que salva a Santa espiritualmente, aunque no puede salvarla de la muerte. El cáncer la ha destrozado, pero a

40. Gamboa, *Santa*, p. 90.

41. *Ibid.*, p. 204.

pesar de su dolor, se convirtió en amor la piedad que siempre había sentido para Hipo, un pianista ciego y feo que la adoraba. Gamboa, y con él, el siglo XIX, crearon a una mujer que, por ser capaz de amar sinceramente, superó la fealdad de su vida y las debilidades de su carácter para llegar a ser un mortal digno del perdón de Dios. En este tratado sentimental del tema, lo importante es que, a una mujer que la sociedad consideró privada de todos los privilegios, se le concedió el derecho (aunque no la posibilidad) de ser feliz, y se admitió que pudiera tener un corazón. Gamboa no disculpó a Santa, pero tampoco la condenó. Aunque podemos criticar el final melodramático de su novela, no es posible negar que Gamboa es el único escritor que describe detalladamente desde el principio hasta el fin, la carrera de una prostituta. Aunque todos los escritores lo dicen, nadie nos muestra tan claramente como Gamboa que la gloria momentánea no valió el precio que tuvo que pagar.

De Clara Ruiz no conocemos su fin, solamente que, como Santa, en cierto momento, decidió entrar en la prostitución. El haber tomado esta decisión la distingue de las otras muchachas que llegaron al mismo fin en etapas de las cuales ni ellas mismas se dieron cuenta conscientemente. Clara era, además, el tipo de mujer que asociamos con la prostitución. De carácter sensual, conocía el valor de su propio cuerpo. En el teatro vio la lascivia en los ojos de los hombres, y sabía que podía aprovecharse de sus encantos. Se decía a sí misma: "Si para ser honrada fuese necesario el sacrificio, preferiría la deshonor... pero con el boato... con el lujo, con aquel delicioso 'no hacer nada' de... (mis) primeros años."⁴²

El golpe final que decidió el destino de Clara fue la suspensión de la pequeña pensión con la cual había vivido hasta entonces. Después de días de completa inanición, y al llegar al último peso, escribió una carta que la destinó a manos de un admirador viejo pero rico. Con un gesto final típico de ella, no se fue de la casa de vecindad a hurtadillas y avergonzada, sino orgullosamente, acompañada por su amante viejo y en coche elegante, a la vista de todos. Necesitó para esto una cierta valentía, pero, más que eso, la sostuvo la creencia firme de que, a pesar de su deshonor, ella era mejor que todas sus vecinas que nunca saldrían de la pobreza. Su belleza la ponía

42. González Peña, *op. cit.*, p. 179.

por encima del resto del mundo. Ella no necesitaría trabajar, y nunca pensó en hacerlo.

Es interesante la actitud de Clara hacia los hombres, porque parece que nunca se sintió muy atraída por ellos. Los consideró en masa, como seres que le podían dar dinero, si ella los manejaba bien. Sólo hay un momento en el libro en que muestra un sentimiento fuera de todo interés material. Mientras caminaba hacia el primer encuentro con el hombre a quien se iba a vender, la siguió un muchacho que estaba enamorado de ella. Le huyó, porque temió su propia reacción en este momento decisivo, pero él la alcanzó y recibió de ella el único beso de amor que había dado en su vida. Clara se concedió este momento de debilidad en recompensa por lo que iba a hacer, pero no reincidió porque sabía que nunca le satisfaría el amor sin la riqueza. Siguió en su camino hasta un punto del cual nosotros no sabemos nada, aunque podemos imaginar su proceso de un amante rico a otro, desconociendo el amor, pero quizás feliz, a su manera, porque habría de endurecer su corazón a todas las emociones que no le servían sino de estorbo.

Es una mujer rara, entre la galería de retratos femeninos mexicanos, porque se sabe defender y hacer su propio camino en una vida de vicisitudes y dificultades. Sacrificó mucho, pero solamente después de estar segura de que las ganancias merecerían semejante sacrificio. Pero la admiración por su fuerza de voluntad se mitiga al recordar su tremendo egoísmo, y la falta de todo sentido moral. Es verdad que veía con horror y repugnancia lo que tenía que hacer pero no porque iba a perder por ello su honra, sino porque a quien iba a venderse era un viejo lascivo en vez de un joven guapo.

De las otras muchachas que llegan a ser prostitutas, se puede hablar con un interés diferente. Para ellas no fue un camino escogido a propósito. Fue el resultado de una cadena de circunstancias, hasta que un día la muchacha se dio cuenta que no se ofrecía solamente por darse gusto, sino por recibir algo en cambio. La historia que cuenta Cuéllar de Concha es el mejor ejemplo de ese camino a la ruina.

Concha dejó su hogar la noche del ya mencionado disgusto con su madre acompañada por un primo de sus amigas ricas, llamado Arturo. La llevaron de su casa desmayada, pero seguramente no habrían encontrado dificultad aunque hubiera estado en plena posesión de sus facultades. Fue fácil dejar que otros le arreglasen las

cosas y aunque protestó, era más por apariencia que por otra cosa. Se creyó enamorada (que es una ilusión que toda mujer encuentra muy fácil de sostener cuando quiere) y sobre todo, le atraía la ventaja de tener un amante rico. Es fantástica la descripción que da Cuéllar de cómo Arturo puso la casa para Concha, exactamente como si ya fueran mayores y no adolescentes. La “supersofisticación” entre jóvenes no es solamente del siglo xx. Todo iba bien para Concha hasta que coqueteó con otro muchacho y Arturo y el rival se batieron, resultando Arturo muerto.

Concha decidió, esta vez, por ella sola. Se enfrentó con el problema —la falta de dinero— y salió sin vacilar a encontrar el remedio: otro protector. No hubo un momento de tristeza por la muerte de Arturo. Cosas mucho más importantes requerían su atención. ¡Y era esto lo que llamaba amor! Es un triste comentario sobre una sociedad basada en conceptos falsos y valores erróneos. Como pasa en un número sorprendente de novelas, todo cede ante el dinero. La mujer es calculadora y no sentimental, según la opinión de muchos de los escritores.

Así que Concha encontró sin dificultad a otro amante. En el momento de admitirlo en su casa, sintió cierta incertidumbre, pero, como dice Cuéllar, es el desvanecimiento que precede a todas las caídas.⁴³ Fácilmente, con unas palabras lisonjeras, el nuevo “amigo” la ganó. Su amor propio y su vanidad la hicieron una fácil conquista. Había empezado su carrera de prostituta, pero ella no lo vio desde esta perspectiva, “. . . porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios.”⁴⁴ Es decir, no había crecido en un ambiente donde la pérdida del honor fuera vista como tragedia o pecado. Además, Concha no era capaz de ver más allá del futuro inmediato, y por eso, no se dio cuenta de la degradación que la esperaba. ¿Se puede esperar que una muchacha vea los peligros de este tipo de relación con los hombres cuando su propia madre aceptaba la prostitución de su hija porque significaba dinero, y cuando la madre además tenía la misma relación ilícita con su “compadre”, sin ninguna preocupación moral? La ruina de Concha fue su vanidad y la superficialidad de su carácter. La prostitución es un camino fácil de escoger si no se piensa más que en la comodidad actual, y si no está educada para tenerle

43. Cuéllar, *op. cit.*, p. 158.

44. *Ibid.*, p. 140.

cierto temor. También es un camino del cual es casi imposible desviarse, si viene el arrepentimiento después.

Lena no causó tan directamente su propia caída, aunque su carácter lo hizo previsible. La ocasión de su desgracia fue la siguiente: salió con el novio de su hermana a un sencillo paseo, pero su carácter alegre y voluptuoso atrajo peligrosamente al muchacho, que nunca había sentido tales deseos frente a la dulzura inefable e inocente de Antoñita. En un momento frenético de deseo la atacó y ella, aunque protestó ante el horror de tal traición a su hermana, sucumbió. Lena se había conservado fría y tan alejada de todo amorío, siempre en espera del amante de sus sueños, que este inesperado arranque de pasión debilitó las defensas que su orgullo había mantenido firmes por tanto tiempo. "Despertaba la mujer sedienta de pasión, la chiquilla encarcelada en la estrecha mazmorra de la vanidad y de las ambiciones de la clase media."⁴⁵ Como era el egoísmo lo que la guiaba y no los principios morales, la posibilidad de que pudiera resistir la tentación por mucho tiempo no era muy grande.

Lena huyó de su casa la noche en que ocurrió este incidente y nunca se atrevió a regresar. Imaginamos que se convirtió en una prostituta de la más baja categoría. Es trágico que tan joven tuviera que sufrir estas desgracias, pero fue algo inevitable. Su desesperación, el "vacío... amargo"⁴⁶ que la rodeaba porque no llegaba su amante soñado, la habría hecho caer en las manos de cualquier hombre — de otro "cochino empleadillo" como llamó a Eugenio. Siempre habría escogido la deshonra antes que la "indignidad" del trabajo, con esta distorsión en la personalidad, propia de tantas de estas muchachas de la clase media.

La lista de estas muchachas desgraciadas continúa. Pomposa es seducida por un amigo, y ella, que había dicho "...yo no llevo otro fin sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda..."⁴⁷, murió en la miseria después de una vida de prostitución. Ella nunca había de casarse con nadie, a menos que fuera un hombre de la nobleza, y fue blanco fácil para un impostor que se casó con ella y la robó. Quedó arruinada y, aunque amigos de la familia la ayudaron para establecer varios negociocillos, no tuvo la capacidad para manejarlos. Los hombres en quienes ella se deleitó en burlarse,

45. González Peña, *op. cit.*, p. 297.

46. *Ibid.*, p. 292.

47. Lizardi, *op. cit.*, p. 459.

se burlaron cruelmente de ella. No supo apreciar el verdadero valor en la amistad de los hombres y, consecuentemente, no pudo distinguir entre ello y las falsedades de los que eran indignos y despreciables. Estos se aprovecharon de su desgracia, y sus amigos finalmente tuvieron que abandonarla. El orgullo insensato había llevado a otra muchacha más a la prostitución.

Remedios, de *La Rumba*, fue iniciada en el mismo camino pero me parece ver una diferencia importante en su relación con los hombres: creo que quizás ella era la única capaz de detener su marcha hasta la ruina total. La razón es que no se dejó engañar como Concha por una ilusión de amor. Juzgando por lo que había visto en la Rumba, y por las caricias furtivas que otros hombres le trataban de dar, encontró todo esto triste y soez.⁴⁸ Tampoco fue tan codiciosa como Clara ni despreciaba a sus padres como lo hacía Concha. Le dio lástima dejarles pero se dejó convencer por lo que le propuso su amigo —una vida mejor— y se fugó con él.

Su sueño no se hizo realidad. Remedios se encontró en el cuarto oscuro de una casa de vecindad en peores condiciones que antes. Su amante andaba siempre borracho y no le daba dinero ni cariño. Remedios reconoció su error y sintió inmensos deseos de volverse a la Rumba. Aún vio con mejores ojos al tendero que la pretendía allá. En vez de vivir en una esfera de miseria, había descendido a una peor — de sordidez, y vergüenza. Añoró las costumbres y la vida sencilla de antes porque se dio cuenta que no había nacido para gran señora, lo que es mucho admitir para una muchacha orgullosa como ella. Su recelo y su arrepentimiento tuvieron su culminación en la muerte del Cornichón, su amante, a manos de ella, porque mientras luchaban por una pistola con la cual él la había amenazado, la pistola se disparó matándolo a él.

La absolvieron del crimen, pero no pudo olvidar lo que había pasado. De todos modos me parece probable que el horror que le causó esta muerte le fue, en el último análisis, benéfico, confirmándola en su decisión de evitar a toda costa lo que sería el camino más fácil de seguir — la prostitución. No podía regresar a su casa, no tenía amigos (otras que tuvieron casa y amigos cayeron en la prostitución) pero Remedios supo ya instintivamente que sería la peor cosa que podía hacer. No se iría con otro hombre, porque la experiencia le había enseñado que era vano tener esperanzas de mejorar

48. Angel de Campo, *op. cit.*, p. 204.

por estos medios. Aunque Angel de Campo no nos habla de su futuro, sabemos que fue a pasar su primera noche fuera de la cárcel en el curato de la Rumba, donde las sombras, antes amenazadoras, eran ahora "...quizás protectoras y no cómplices."⁴⁹ La vida no le ofrecía necesariamente la felicidad, pero sí una cierta paz y seguridad, porque no buscaría ya un camino rápido y fácil en pos de la riqueza. Quedó así destruida para siempre esta ilusión, que otras muchas nunca perdieron. Quizás trataría ahora de vivir dentro de las posibilidades que la vida le ofrecía.

Elena no tenía la disculpa de la pobreza ni la de un hogar infeliz para su caída, sino la desventaja de la ceguera. Su situación es así distinta. Rafael Delgado pinta con detalle sus amoríos con Juan, un primo guapo y parrandero, que la colmó de galanterías y fácilmente la impresionó con su educación y sus modales parisienses. Desde el día que le conoció, quedó enamorada. Jamás un hombre la había tratado así. No dejó a su familia hablarle de la vida disipada e inútil de Juan. No aceptó consejos. Vivió en su propio mundo sin dejar entrar a nadie. Todo esto era muy natural. ¿Cuántas muchachas no habrían reaccionado igual? Pero estaba especialmente indefensa frente a los engaños de Juan, porque para ella era aún más difícil que para otros enamorados ver la realidad. Juan fue el único hombre en su vida y lo quiso con una pasión tanto más intensa porque crecía en la obscuridad.⁵⁰

Juan la sedujo y la dejó, aunque ella llevaba en las entrañas a su hijo. Elena por mucho tiempo no pudo creerle capaz de tal acción. Cuando tuvo que aceptarlo quedó sin ningún interés en la vida, pero a lo menos tenía una familia que los cuidaría a ella y al niño. Era su ceguera la que hacía tan abrumadora la tragedia, porque él debió haberla protegido de esta desgracia y, en vez de esto, eso mismo favoreció la ocasión que él aprovechó. Otra vez tenemos que reconocer el fracaso de la madre que no supo guiar a su hija, aunque todas sus acciones fueron motivadas por el cariño que sentía hacia ella. A lo menos el amor de la familia evitó que éste fuera otro caso de prostitución.

Hemos visto ya varios ejemplos clarísimos de una situación que parecía muy extendida y que está mejor expresada por las palabras de Cuéllar, que tienen la fuerza de su conocimiento personal del

49. Cuéllar, *op. cit.*, p. 341.

50. Delgado, *Parientes ricos*, p. 277.

problema: "La pasión del lujo está engrosando cada día las filas de la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al aislamiento de la infamia."⁵¹ Frente a una declaración tan fuerte es difícil pensar que la prostitución fuera solamente un tema literario de procedencia francesa, y que su predominio no reflejara la realidad vigente sino el gusto de los autores, que sufrían de la influencia europea. Más bien diría yo que la importancia de este tema surgió en la aguda sensibilidad de algunos novelistas que sintieron el malestar social y trataron de dar a conocer sus causas y sus consecuencias — una de éstas, la prostitución. Así que la muchacha que vemos descrita arriba era una mujer cuyas experiencias fueron típicas de una faceta de la vida de su época. Es una figura que tenemos que tomar en cuenta cuando hablamos de la mujer del XIX.

¿Qué decían los escritores, nos preguntamos, del amor honrado? ¿No existía? La respuesta es que sí encontramos casos de verdadero amor, y sin el complemento que parecía casi inevitable, de la pérdida del honor. La hermana de Elena, Margarita, más capacitada por su carácter que aquélla para juzgar a la gente, se enamoró del otro primo, Alfonso. Era un joven soñador y romántico que atrajo a la tranquila, sensata, pero también soñadora Margarita. Como los enamorados de todos los tiempos se deleitaban en pasear juntos y hablar de muchas cosas porque ya, a fines del siglo, no parece que las costumbres de la época prohibieran verse a los enamorados cuando así lo querían. Margarita tenía una rara y muy buena combinación de características. Poetizaba el amor, comparándolo, una vez, a una tempestad que terminaba en un hermoso amanecer,⁵² pero al mismo tiempo, era fuerte en sus convicciones y práctica en su actitud frente a la vida. Su influencia podía disipar la melancolía habitual de su primo, y lo sabía. "Yo alegraré esta alma; . . . yo le haré amar la vida sencilla y modesta. . ."⁵³ decía. Trataba de aleccionarlo acerca de la vida. Le dijo que era demasiado romántico, que "la vida no es perfectamente buena ni perfectamente mala."⁵⁴ Aquí no tenemos a una muchacha tonta y sin comprensión del mundo. Es impresionable y, al mismo tiempo, decidida. Y, sobre todo, piensa. De esta pareja, era ella la que mandaba porque tenía más fuerza de

51. Cuéllar, *op. cit.*, p. 214.

52. Delgado, *op. cit.*, p. 127.

53. *Ibid.*, p. 129.

54. *Ibid.*, p. 239.

carácter, como vemos cuando renunció a su amor para preservar la honra y el buen nombre de la familia. El amor de ella no era amor de adolescente o de sentimentalista superficial, sino de conocimiento profundo de lo que significaba — responsabilidad y honor, además de pasión.

En el caso de Antoñita y Eugenio ninguno de los dos estaba dotado de carácter fuerte. Su amor empezó tímido y tranquilo. Se conocieron porque vivían en la misma casa de vecindad y sentían la mutua atracción de dos seres poéticos y soñadores. Era un amor de miradas y de silencios, un sueño que traía luz a los días y noches de trabajo y de pesares de Antoñita. No pedía nada de él ni le importaba que fuera pobre. Fue un amor puro y bello que le causó tremendo sufrimiento porque la desilusión fue aún más fuerte. Antoñita era la muchacha dulce y resignada que figuraba mucho en la literatura mexicana del siglo pasado, un ideal romántico de mujer. Pero González Peña coloca este tipo romántico en un mundo de duras realidades donde no podía subsistir. Fue un amor destinado a perecer.

El amor matrimonial o la relación entre casados no recibió atención en el siglo XIX como la que goza en nuestro siglo de psicoanálisis y divorcio. Las pocas parejas que se describen no nos satisfacen por la condición del matrimonio en el siglo pasado. Lizardi presenta a dos parejas perfectas, la de doña Matilde y su marido y de Pudenciana y el suyo, que sólo nos llenan de aburrimiento. No se mencionaba el amor. En la perfecta pareja, la esposa reconocía la superioridad de su marido y era una mujer dócil que escuchaba y aprendía de él. Así naturalmente, vivían en completa armonía. El otro ejemplo que nos da Lizardi es para mostrar los resultados catastróficos ocasionados por una mujer dominante, como en el caso de doña Eufrosina. Gastó todo el dinero en frivolidades y su tiempo en bailes y fiestas. Hablaba demasiado y con sus tonterías avergonzaba a su esposo y a sus amigos. Es el hombre quien debe mandar, dice Lizardi.

Tampoco son felices las parejas señaladas en *Los bandidos de Río Frío*. Podríamos empezar con el ejemplo de Evaristo, tornero vuelto bandido, que arrojó de la casa a su primera esposa para casarse con la segunda, a quien mató después brutalmente, porque su bondad le aburría. También en este sentido mencionaremos el matrimonio que forman Cecilia, la frutera, y Lamparilla, el abogado

que la pretendía con tanta insistencia. Cecilia nunca se había enamorado, pero llegó a una edad en que pensaba que sería conveniente tener la protección y la compañía de un hombre, e hizo su elección muy cuidadosamente.⁵⁵ Admiró a Lamparilla por su inteligencia, y aunque se dio cuenta de la diferencia entre ella, que no sabía nada de la buena sociedad, y Lamparilla, creyó que estaba verdaderamente enamorado de ella. Además pensó que, viviendo en el campo, su falta de educación no tendría importancia. Se casaron, y en dos años Lamparilla se había arrepentido de no haberse casado mejor y le hizo insoportable la vida. Cecilia no había cambiado, pero él se aburrió porque había sido guiado más por el deseo físico que por la razón. Su matrimonio fue un fracaso.

Como vimos, no está muy bien dibujado en ninguna de estas novelas el papel de la mujer casada. A ningún escritor le interesaba y por eso es muy limitado nuestro conocimiento de la mujer madura mexicana del siglo pasado. Cuando figura en la novela es usualmente para señalar su influencia sobre otra mujer más joven, como la de una madre sobre su hija. Aún la historia no hace mucha luz sobre el tema de la mujer adulta. De la primera doctora en medicina sólo sabemos su nombre: Matilde P. Montoya. María Josefa Ortiz de Domínguez es una de las pocas mujeres que dejó su nombre en la historia del México del XIX, y se cuenta de ella que después de ayudar en la lucha por la independencia pasó el resto de su vida tranquilamente con su familia — tuvo doce hijos.⁵⁶ Es interesante que la heroína de la independencia mexicana también merezca la veneración de los mexicanos, además de ello, por cumplir con el ideal de la perfecta madre de familia. Otras mujeres famosas de la época fueron Leona Vicario, que alentó con su fe a los caudillos de la Independencia y Rosario, la mujer que figura en las vidas y en la poesía de Ignacio Ramírez, Manuel M. Flores y Manuel Acuña. En alabanza de Leona Vicario, dice Urbina que ella "...sobreponiéndose a las preocupaciones de su tiempo, a las imperfecciones de su educación y a las exigencias de su clase, levantó su corazón hasta las más elevadas cumbres de la bondad humana..."⁵⁷ Son figuras románticas e idealizadas.

Según las novelas, la relación entre la mujer y la religión, en el siglo XIX, no parece haber sido muy productiva. Prevalcieron

55. Payno, *op. cit.*, II, 287.

56. González Obregón, *México viejo*, p. 23.

57. Urbina, *La vida literaria*, p. 74.

dos extremos: el fanatismo y la completa ausencia de sentimiento religioso. Pero seguramente existían también manifestaciones más sinceras de fe religiosa, como efectivamente veremos después, no en las novelas, sino en las crónicas de la época.

Un episodio en la vida de Pomposa ilustra, con rasgos caricaturescos, el fanatismo absurdo que practicaban algunas mujeres. Pomposita creyó ver al diablo, una experiencia que la espantó tanto que decidió convertirse en ermitaña. Seguía su nuevo capricho con todo el fervor y entusiasmo con que había, antes, gozado de las frivolidades de su vida de señorita de moda. Su mamá la acompañó en su antojo, y juntas asistían a cada fiesta religiosa que había, de manera que casi nunca estaba en la casa. Al fin, Pomposita creyó que reunía todos los requisitos para hacerse ermitaña. No entendía que era preciso también contar con una preparación espiritual, y se creyó en condiciones cuando había acumulado bastantes libros devotos y cilicios.⁵⁸ Fue a vivir en el campo, confiada en que iba a conversar con Dios y los santos. Pero no soportaba las incomodidades de la vida rústica y cuando regresó a su casa olvidó con celeridad extraordinaria sus ambiciones religiosas, para reanudar con inusitado entusiasmo su vida antigua, de bailes y fiestas. Aunque de manera exagerada, Lizardi muestra muy bien la superficialidad del sentimiento religioso, aun en las mujeres que parecen ser muy devotas.

De otra manera, González Peña nos dice la misma cosa, y porque su ejemplo es tan obviamente fiel a la vida real, nos impresiona aún más. Doña Pepa, la madre de Antoñita y Lena, no podía cuidar bien a sus hijas porque la iglesia ocupaba todo su tiempo. Su misticismo "más bien asemejábase a una monomanía hija de la pereza..."⁵⁹ que a la fe activa. Le sirvió como disculpa para no hacer nada. Lo peor era que su amor por la religión no sólo la hizo cerrar los ojos a las necesidades de su familia, sino que gastó los pesos ganados con tanto trabajo por Antoñita en donativos al Padre Morales. González Peña no sólo nos está mostrando la tontería de las mujeres sino también la corrupción de algunos sacerdotes que privaban a los pobres para conseguir su propia comodidad. Cuando a doña Pepa le vino encima la doble tragedia de la fuga de Lena y de la enfermedad y muerte de Antoñita, creyó que tenía ella la culpa,

58. Lizardi, *op. cit.*, p. 439.

59. González Peña, *op. cit.*, p. 184.

no porque no había puesto debido cuidado en la educación de sus hijas, que era la verdad, sino porque no había dado bastante dinero a la iglesia. Así le dijo el cura que le pedía dinero sin darle ni siquiera consuelo en recompensa. Doña Pepa perdió de vista su deber cristiano y de madre en nombre de un concepto falso de la religión y de la cristiandad. Su familia era secundaria a sus quehaceres religiosos.

Como doña Pepa, doña Lola, la madre de Concha, también creía que era buena cristiana porque asistía a la iglesia. Doña Lola sabía rezar e iba a misa y esto es lo que enseñó a su hija — las formas de la religión en vez de los preceptos morales. Era todo lo que conocía.⁶⁰

Las mujeres que nada más se preocupaban de las apariencias exteriores del culto no eran las únicas. Como en la época colonial, muchas jóvenes se hicieron monjas. Los conventos eran las únicas escuelas y muchas alumnas preferían quedarse en el convento después de haber terminado los estudios en vez de regresar a sus casas. Como muestra de esto, dice la Sra. Calderón que había 11 conventos de monjas en Puebla, y que fue igual el número de muchachas que tomaron el velo como el de las que se casaron.⁶¹ Describió también, con tristeza, la escena de una joven de buena familia que, no sabiendo nada del mundo, y, como casi todas sus contemporáneas de igual rango, sin distracciones ni ambiente social en su casa, se decidió a entrar en una orden religiosa, debido a la influencia de su confesor. Abandonó el mundo, la familia y las amigas, a pesar de su extrema juventud, sin saber si tenía vocación o no. Su familia, influida o, por lo menos, acallada por la imponente autoridad de la iglesia, si tenía alguna objeción, no osaba expresarla.⁶² Los problemas y dificultades de la vida de soltera también deben haber aumentado el número de monjas, porque el convento les ofreció un lugar seguro y una vocación, lo que la sociedad no hizo.

La religión gozaba de una posición importante en la vida de muchas familias, aunque no se evidencia de esto nada en las novelas. Según menciona García Cubas, cada muchacha tenía su santo para cuidar y “era feliz la niña que poseía una muñeca vestida de monja.”⁶³ La monja era la heroína o el ideal de muchas niñas de la

60. Cuéllar, *op. cit.*, p. 140.

61. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 272.

62. *Ibid.*, p. 155.

63. García Cubas, *op. cit.*, p. 21.



época como pudiera serlo una enfermera o una princesa en otros lugares o en otros tiempos. La niña de entonces también conocía como su propia vida las de todos los santos. Celebraba en la familia gran cantidad de fiestas religiosas. En suma, la parte religiosa era lo esencial de la vida hogareña en unas familias tanto como en otras la desatendían. Particularmente para las mujeres a quienes no les era permitido tener otros intereses que los citados la doctrina debería tener un papel importantísimo durante toda su vida.

En las novelas de la ciudad rara vez se ven ejemplos de la influencia del fervor religioso y de su sinceridad. Los únicos casos que se me ocurren son de mujeres que, aunque residentes de la ciudad durante la novela, se educaron y crecieron fuera. Quizás parezca raro citar a Santa en tal sentido, pero me impresionó la honradez de su actitud frente a la religión. Consideró necesario abandonar la religión al emprender su nueva vida. Besó el crucifijo y lo relegó a un cajón, pues la rectitud de su educación religiosa no le permitiría tenerlo más delante de sí. Pero mucho después, cuando supo de la muerte de su madre, fue a una iglesia en busca de alivio. El ambiente religioso no había dejado de impresionarla, y pensó por un momento, dejar su profesión. Naturalmente no lo hizo. Su fe no era bastante fuerte para hacer cambiar su modo de vivir. Pero me parece que, pese a que no se pueda decir que la religión influyera en su manera de vivir, su fe era, a lo menos, suficientemente fuerte para que sintiera la falta del sostén que pudiera darle, si su vida de pecado no le había quitado tal consuelo. Muchas ni sentían la falta de la religión.

Margarita también procedía de fuera de México, de la provincia. En su pueblo había sido una de las "Hijas de María" y el cura era buen amigo de la familia. Fue este ambiente cristiano en que vivía ella y su familia lo que les ayudó a hacer frente con valentía a la tragedia que les vino encima y, al mismo tiempo, con la resignación de aceptarlo. La resolución con que actuaba fue apoyada por su creencia en Dios o como dice un escritor, su actitud fue la "...que se impone en la conducta de las gentes bien disciplinadas por la religión."⁶⁴ La fe que mantenía unida a esta familia en la adversidad y que se ve a veces en el alma de Santa, parece ser el resultado de la relación sencilla y directa entre la mujer y la iglesia en las

64. Navarro, *La novela realista*, p. 109.

regiones menos "pervertidas" que no la abandona, aunque se trasladada a la ciudad.

No podemos dejar de hablar de la mujer de la ciudad sin tratar de verla desde un punto de vista más general. Solamente de paso hemos tocado el punto de su carácter como entidad, de su apariencia física y también del ambiente en que vivía. Y aunque hemos podido inferir la actitud de los autores frente a la mujer, debemos estudiarla con más cuidado. Las mujeres que se nos presentan pueden ser divididas, por conveniencia de estudio, en varias clases generales, que en sí mismas revelan algo de la opinión del autor.

El grupo más importante sería quizás el de la mujer perezosa, sin educación, y, a veces, sin moral. Es la mujer frívola y coqueta. Como éstas son las más numerosas, la conclusión obvia es que los escritores la vieron como la mujer mexicana de la ciudad más típica de su época. Podemos incluir en este grupo a todas las siguientes. Pensamos, por ejemplo, en doña Eufrosina a quien no se le ocurriría abrir un libro o entrar en una cocina. Platicar con las amigas e ir a las fiestas fueron sus únicos intereses en la vida.⁶⁵

Clara Ruiz tuvo gustos semejantes. Le encantaba pasar la mañana en su recámara medio vestida y descansando, esperando que su porvenir se resolviese por sí mismo, pero cuando la vida le obligó a hacer algo, actuó. Nunca se había entregado a ningún hombre, no por virtud, sino por conveniencia,⁶⁶ porque no quería gastar su único tesoro en aventuras y personas inútiles. Toda su existencia estaba dirigida a la planeación de su futuro y no la importaba nada ni nadie más. No le faltaba resolución ni fuerza de voluntad pero sí un concepto del valor de la vida, porque valor para ella significaba dinero. Con los ojos abiertos tomó el único camino en su época que la podía llevar, con suerte, al destino que buscaba.

Lena era diferente: sus ambiciones iguales, pero su carácter, no. Era una muchacha exuberante, bonita, de 17 años, sin preocupaciones serias porque la adoraban y la mimaban su hermana y su madre. Quizás porque se sentía tan protegida, no poseía la frialdad calculadora de Clara respecto a su futuro y no pudo escapar del destino que Clara evitó a toda costa — el de enredarse con alguien que no valiera la pena. Lena era una muchacha de una personalidad

65. Lizardi, *op. cit.*, p. 98.

66. González Peña, *op. cit.*, p. 190.

que inmediatamente inspiraba simpatía, pero cuyo carácter no inspiraba ni mereció confianza.

Concha era más o menos de la misma edad y poseía la belleza de unos ojos pícaros que tenían la culpa de todo.⁶⁷ "Concha inculta, Concha pobre, tenía un tesoro, su pureza; tenía un peligro, su inocencia; tenía un enemigo, su amor; tenía un mal consejero, su vanidad; todo esto delante de una realidad estoica: el pollo. . ."⁶⁸ Así, Cuéllar explica su situación. Muy vanidosa e inconsciente de los posibles resultados de sus acciones, se dejó enamorar de Arturo aunque sabía que éste nunca se casaría con ella. Su razonamiento la llevó hasta aquí, pero ella no estableció la conclusión obligada. Atribuyó la culpa de todo lo que le pasó al destino — a su mala suerte.⁶⁹ No reconoció la existencia de su propia voluntad, y raras veces lo ejerció. Pero las circunstancias siempre la llevaron a donde ella estaba predispuesta a ir. La verdad es que era poco inteligente y aunque buscó con instinto natural la riqueza y la vida ociosa, como Lena, nunca actuó con la decisión necesaria para conseguirlas.

Todas estas muchachas perdieron de vista las consecuencias de dejar de un lado la vida decente. Dejando aparte todas las consideraciones religiosas, porque a ellas no les importaba, todavía les quedaban razones igualmente fuertes que deberían haberlas detenido. Perdieron el respeto a la sociedad en que tenían que vivir. Sacrificaron la seguridad, aunque fuera en una escala reducida, por la riqueza momentánea. Basaron su futuro en una belleza que desaparecería pronto, y que más tarde las dejaría en la calle. Pero parece que para muchas mujeres de esta época fueron demasiado escasas las recompensas de la vida decente. Estas mujeres reflejaban el estado de general descontento de la clase media — una rebelión contra el estancamiento de una sociedad, que no dejaba lugar a los que querían superarse. La rebelión resultaba inevitable y la prostitución creciente era una de sus formas más tristes de expresión.

Frívolas, mal educadas, perezosas, egoístas — así son todas las de este grupo. Se pueden aplicar estos adjetivos a Santa también, pero su comprensión del mundo y de su situación era más profundo que la que poseían las otras y se hace necesaria una valoración diferente de su carácter. La presión de la vida y la sociedad la hizo

67. Cuéllar, *op. cit.*, p. 19.

68. *Ibid.*, p. 28.

69. *Ibid.*, p. 191.

sentirse, en sus propias palabras, como una piedra que estaba cayendo inexorablemente, empujada por la indiferencia del mundo.⁷⁰ Se veía, a veces, como un ser ínfimo, un pedazo de barro miserable.⁷¹ Santa fue, entonces, capaz de sentir repugnancia hacia sí misma y amor hacia otros, un amor que no era egoísta ni motivado por deseos de aprovecharse de ello. Aguantó las aflicciones sin culpar a la vida ni a otros, y amó sinceramente. En suma, algunas facetas del carácter de Santa la elevan por encima de la vulgaridad de sus compañeras.

El segundo grupo que se podría formar es menos numeroso porque en estas novelas se halla raramente una mujer que sea, al mismo tiempo, buena y de carácter fuerte, y solamente en el caso de Margarita de los *Parientes ricos* aparece como personaje principal. No se admiraba generalmente en este periodo la fuerza de carácter en una mujer, y, por consecuencia, la mujer que la tenía seguramente lograba esconderla muy hábilmente de los ojos masculinos, inclusive de los escritores. Tomaremos, por ejemplo, a la "abuela" de Carmen que había llevado una vida tranquila y segura y parecía ser de genio apacible y fácilmente impresionable. Pero, ¡con qué fuerza de voluntad y valentía se enfrentó a la tragedia horrorosa que vio amenazar a su familia! Su hijo le dijo que iba a casarse con Carmen, y así la madre se dio cuenta que él no sabía que Carmen era su propia hija. Inmóvil ante las súplicas desesperadas de su hijo, le obligó a dejar la casa y a no ver otra vez a Carmen, diciéndole, "la madre representa a Dios en la tierra. Quién le habla en mí es Dios."⁷² Hizo esto sabiendo que iba a destruir para siempre la felicidad de su hijo y muy probablemente a matar a la débil Carmen. Era su deber y lo cumplió. Si no hubiera sido por esta circunstancia nunca habríamos conocido la fuerza inherente de esta mujer. Cuando se trataba de los principios de la vida cristiana, las mujeres mexicanas, dóciles en todos otros respectos frente a la voluntad de los hombres, muchas veces exhibían una fuerza de voluntad extraordinaria.

Igualmente resueltas, pero lejanas de la clase social de la "abuela" de Carmen, son dos personajes de *Los bandidos*. Casilda, muchacha de pueblo, bonita y alegre, esposa de Evaristo, a quien que-

70. Gamboa, *op. cit.*, p. 134.

71. *Ibid.*, p. 122.

72. Castera, *Carmen*, p. 193.

ría mucho, trabajaba fielmente con él. Pero un día, Evaristo decidió casarse con otra y le dio muy malos tratos y logró echarla de la casa. Casilda pronto mostró el verdadero valor de su carácter. No perdió tiempo lamentando el tratamiento injusto que había recibido, sino buscó trabajo y se mantuvo honorablemente. Tan buena era de carácter y tan bonita que un juez se enamoró de ella y la mandó a vivir en un convento para protegerla de las consecuencias de su relación con Evaristo. Al final, de muchacha inculta y pobre se convirtió en una monja ejemplar. Pudo mantenerse en el mundo a pesar de la adversidad y aprovechar cualquier coyuntura favorable del ambiente que la rodeaba.

Otro de los retratos vívidos de mujeres de carácter fuerte que hizo Payno es la de la linda frutera, Cecilia, que se casó desgraciadamente con el abogado Lamparilla. Con su propio trabajo había hecho una pequeña fortuna y llegó a ser una potencia en el mercado y la protectora de los pobres y débiles. Además de ser caritativa y compasiva, fue de carácter varonil y enérgico. "...No se dejaba atropellar de nadie..." y tampoco hacía mal a ninguno.⁷³ Aunque vivía sola con dos criadas no temía a nadie — y con razón. Evaristo primero trató de enamorarla y después de matarla, y ella se defendió muy bien de los dos asaltos. Gozaba de su libertad y vivía como quería. Las mujeres como Cecilia y otras tantas más pobres que ella avergüenzan a las muchas que "...no queriendo deshonorarse en el trabajo acaba(n) deshonorándose en el vicio..."⁷⁴ La mujer pobre de la ciudad mereció, en muchos casos, el elogio de Payno y de otros de los escritores que parecen considerarla más honrada y con valores menos superficiales que la mujer de clase media.

Incluiría en este grupo de mujeres capaces a Margarita, la hermana de Elena, que tenía, dice Cuéllar, "...la soberbia altivez de una estatua griega."⁷⁵ Margot era, en primer lugar, una mujer adulta; una rareza entre tantas mujeres emocional o mentalmente adolescentes. Era su actitud frente a la desgracia de su hermana la que llegó a calificarla como mujer capaz de aceptar responsabilidades con ecuanimidad. Resueltamente y sin vacilar decidió que la familia tenía que dejar la ciudad y la vecindad, tan desgraciada para ellas, de sus primos, y que ella tendría que dedicar su vida a Elena y al niño que iba a nacer. Fue un gran sacrificio que su firme sen-

73. Payno, *op. cit.*, I, 290.

74. Castro Leal, prólogo a *La Chiquilla*, p. IX.

75. Delgado, *op. cit.*, p. 18.

tido de decencia y decoro la obligó a realizar. No pudo casarse con el hermano del seductor de Elena, porque, para ella, era más importante el buen nombre de la familia que su propia felicidad, o más bien, perdido esto, no podría ser ya feliz. Era una muchacha a quien le eran importantes y aún necesarios los principios morales, y no los abandonó bajo la presión de circunstancias adversas. Actuó según su deber como ella lo vio y, además, de una manera bondadosa y generosa, porque no tuvo nunca para su hermana un reproche por haberle destruido su felicidad y su porvenir. Margarita es, de todas las mujeres estudiadas en este grupo, la más ejemplar. Poseía todas las virtudes, junto con la inteligencia y el sentido común. Aunque su vida se desarrolló en la ciudad, su formación es de la provincia.

Antoñita es comparable a Margarita en su amor sacrificado por su hermanita, pero pertenece a otra clasificación de mujer, a aquella que era igualmente merecedora de alabanzas por su bondad y por su habilidad para soportar la desgracia, pero a la cual faltó el espíritu de independencia. Es decir, no tenía la fuerza de carácter que le permitiría tomar decisiones o imponer su voluntad y, por eso, a veces cayó en el error sin querer y causó muchas desgracias por su debilidad.

Como dijimos, Antoñita es una de éstas. Según González Peña las siguientes calidades describen a su heroína: tranquilidad imperturbable, un discreto mutismo y una sonrisa más que una risa.⁷⁶ Le gustaba su trabajo y lo hacía con orgullo — una actitud no muy frecuente entre las mujeres de clase media mexicana. Pero su debilidad consistió en que mantenía con su trabajo a un hermano parrandero, facilitándole así su vida de vago vicioso, y acostumbraba (con su exagerado cariño) a su hermana a dar todo por hecho, ayudando a convertirla en una niña intolerablemente engreída. Antoñita vio estos resultados y se torturaba pensando en ellos, pero no podía reprender a su familia con la fuerza necesaria para evitar la ruina que preveía. Ella sola no era capaz de "...librar del abismo a la turba de parásitos que la rodeaban..."⁷⁷

Antoñita fue una muchacha que no debía haber tenido estos pesares. De veinte años, pero todavía pequeña y delicada como una niña, siempre estaba soñando. Todo lo bello la encantaba. Era demasiado débil de cuerpo y de carácter para tener que enfrentarse con

76. González Peña, *op. cit.*, p. 22.

77. *Ibid.*, p. 207.

una vida tan dura y ella, quizás inconscientemente, lo sabía. La vida le parecía un declinar lento que, para ella, terminaría en una muerte temprana.⁷⁸ Y así ocurrió.

De carácter semejante era la pobre doña Dolores, madre de Elena y Margarita, una mujer con aire de elegancia y juventud aún a los 50 años. Siempre trataba de hacer lo que podría ser mejor para sus hijos. Por esta razón, aunque hubiera preferido quedarse en el pueblo de Pluviosilla donde siempre habían vivido, se dejó convencer en contra de sus propias inclinaciones, a ir a la ciudad bajo la protección de un cuñado, en quien no tenía confianza. Aunque buena y religiosa, estas virtudes no le ayudaron a entender el carácter de Elena, a pesar de que el Padre le explicó los peligros que el temperamento apasionado de su hija hacían entrever.

Se hallaba encerrado en la ceguera de Elena un carácter completamente distinto al del resto de su familia. Poseía la resolución de Margot que en ella era más bien terquedad. Era lo opuesto a su hermana, tanto físicamente, como en cuanto al carácter. Dice Cuéllar que se ve "en la rubia (Margarita) toda la dulce regocijada hermosura de la azucena; en la morena la belleza ardiente de una antifolia abierta por el rocío..."⁷⁹ Si tuviéramos que clasificarla, lo haríamos como la mujer que vivió casi exclusivamente de las emociones y las sensaciones. "...Una cierta impetuosidad siciliana..."⁸⁰ la caracterizaba, según el autor, porque Elena siempre había sido inconstante de carácter. Y después de conocer a Juan, este amor fue su vida.

Con la misma intensidad, Carmen enfocó todo su ser en una persona. En ella "...todo era corazón y éste exquisitamente sensible, y a la vez inteligente, entusiasta, poético..."⁸¹ Castera ha creado una mujer tan sensible que un trastorno emocional causó su muerte. La más mínima acción o palabra del hombre que amaba le causaba intensa alegría o desagrado, según el caso. Quiso poseerlo completa y enteramente: "...recuerdos, imaginación, pensamientos, vida, alma, todo, todo para mí," decía.⁸² Es el romanticismo llevado a su punto más exagerado.

78. *Ibid.*, p. 206.

79. Delgado, *op. cit.*, p. 18.

80. *Ibid.*, p. 157.

81. Castera, *op. cit.*, p. 30.

82. *Ibid.*, p. 179.

También se podría citar a Jacinta, la mujer “peligrosa” de *Moneda falsa* como la que vivía solamente de las emociones, que en ella eran básicas y fundamentales. El sentimentalismo no era parte de su carácter. Rabasa la describe como “llena de la fiebre de la vida y de las pasiones violentas del mundo.”⁸³ Persiguió al héroe con instintos de animal, no teniendo pudor ni ganas de esconder sus deseos. El amor para ella era solamente una sensación.

Siempre pienso en Remedios, la Rumba, como la muchacha típica del pueblo, o, más bien, de los sectores más pobres de la ciudad. Quizás por su sencillez y naturalidad me impresionó así. Era alta, bien formada con “. . . aire de diosa guerrera. . . (en) su rostro. . .,”⁸⁴ nos dice el autor. Desde chiquita los muchachos la temían por su fuerza y los hombres la admiraban por la promesa de su belleza, pero como una niña sería ayudaba a su padre en la herrería en vez de jugar. Y soñaba en otros lugares más hermosos que aquellos donde el destino la había puesto. La vida muy pronto le enseñaba su lección. La prueba de esto es su comentario al final de la novela, referente a su deseo de antes de vestirse elegantemente y ser rica. “Nunca” dijo “he de querer ya parecerme a las rotas.”⁸⁵

Hemos hablado ya de muchas mujeres, pero, al mismo tiempo, de muy pocas, si uno piensa generalizar sobre el carácter de la mujer mexicana por lo que se sabe de las mujeres presentadas en las novelas de la ciudad. La mujer seleccionada como modelo para una creación ficticia usualmente no se escoge por su “universalidad” pero, al mismo tiempo, este grupo de mujeres nos impresiona por lo que parece ser su veracidad. Las mujeres de las clases pobres de Payno, las de Cuéllar, de González Peña y de Angel de Campo semejan ser retratos especialmente fieles a la vida. En el caso de otros autores nos podemos fiar de su presentación de la vida y las costumbres de las mujeres, más bien que de su caracterización. Por eso, nos quedamos con una visión restringida de la personalidad de la ciudadana del XIX. En algunos casos era superficial e inmoral. En otros era resignada, sufrida y buena. Unas pocas tenían un fondo resuelto de sencilla virtud que les daba fuerza. Esas son las características que resaltan, en ese orden.

Es extraño, pero leyendo la vida de Remedios, nos quedamos con una opinión diferente de la mujer mexicana de la que sacamos

83. Rabasa, *El cuarto poder*, p. 154.

84. Angel de Campo, *op. cit.*, p. 199.

85. *Ibid.*, p. 341.

de las otras novelas. Sean sus vidas tristes o felices, sus experiencias no parecen haberles cambiado o enseñando nada. Solamente las mujeres extraordinarias hubieron podido forjar sus propios destinos (tanto como es dado a un ser humano hacer esto). La mayoría se dejaban arrastrar por la vida. Fue su incapacidad de reaccionar ante las nuevas ideas y situaciones lo que hizo desesperantes los problemas de muchas de estas mujeres. Remedios no está especialmente dotada por Dios, o por el destino, con virtudes o con buena suerte pero, justamente a causa de esto, el poder ver que su experiencia la hizo una persona más completa y más madura da esperanzas que la mujer en general será capaz de enfrentarse con la vida y de desarrollar su propia personalidad.

Aunque todas estas mujeres son de la ciudad de México, el ambiente donde vivían difería en relación con la clase social a la cual pertenecían. Algunas procedían de los alrededores de la capital. Santa pasó su juventud en Chimalistac que era en aquel entonces el campo donde podía pasear y jugar felizmente. Carmen vivía en una casa grande con hermoso jardín en Tacubaya. Margarita y su familia, cuando venían a México también habitaban en esta sección, en una casa chica con habitaciones "alegres y elegantes". A estas dos últimas familias no les faltaba dinero y vivían con una comodidad inalcanzable para la mayoría de las mujeres estudiadas aquí. Por eso, los problemas de Carmen, Elena y Margarita no se hallaron estrechamente relacionados con las condiciones sociales de la época ni con las exigencias de la vida, sino que respondían principalmente a situaciones personales.

Esta condición no era aplicable a las muchas mujeres que formaban parte de "...una de las más características realidades de la vida de la ciudad de México: 'la casa de vecindad'..."⁸⁶ un ambiente que limitaba el porvenir de sus habitantes. En una casa de vecindad vivían Antoñita, Lena, Clara, y Remedios, con su amante. Era un "...pequeño mundo, desde el que la ciudad parece como algo lejano y misterioso..."⁸⁷ un mundo que tenía sus momentos alegres pero donde siempre gravitaba la tristeza de la pobreza. Había en la típica casa de vecindad un inmenso zaguán, al cual se entraba por un portón pesado y feo. Una escalera de caracol ascendía a los varios apartamentos a través de descansos sucios y tene-

86. Castro Leal, Prólogo a *La Chiquilla*, p. ix.

87. *Ibid.*, p. ix.

brosos. Antoñita, Lena, la mamá y una criada habitaban el apartamento más alto de su casa de vecindad que consistía de 3 ó 4 habitaciones pequeñas y oscuras. No era posible estar a solas. Todo el mundo sabía la vida íntima de su vecina pero permanecía al mismo tiempo indiferente a sus pesares. Era un ambiente mezquino del cual casi nadie lograba escapar excepto para caer habitualmente más abajo.

Un ambiente igualmente desalentador era el de la “miserable plazuela de barrio”, donde vivía Remedios y tantas otras de las mujeres verdaderamente pobres en las novelas. “. . . Simboliza . . .” dice un escritor “al pueblo sordo, estático, limitado”,⁸⁸ llena de ruidos y de gritos en el día, vacía, silenciosa, lúgubre y temible por las noches, poblada de sombras amenazadoras. Así era gran parte de México en el siglo XIX: no había iluminación, ni sanidad. Las mujeres que no tenían bastante dinero para tener su casa bien arreglada habitaban en un medio igualmente deprimente tanto por dentro como por afuera. Viendo esto, podemos comprender los esfuerzos desesperados que hacían para elevarse por encima de semejante ambiente.

Los varios escritores naturalmente reflejan sus propias opiniones sobre las mujeres en general y sobre la mujer mexicana en particular a través de sus creaciones. Sus opiniones parecen ser, en su mayoría, ni sorprendentes ni originales, sino reflejos de las ideas prevalecientes en sus tiempos. La innovación principal de estos novelistas consiste en que fueron de los primeros en México que se interesaron en la personalidad de la mujer. Antes de Lizardi, la literatura dejó a un lado los problemas de la mujer, como vemos en el prólogo de su novela, *La Quijotita y su prima*, donde hay una carta de una mujer suplicándole al autor que escribiera un libro que pudiera divertir e instruir a las mujeres al mismo tiempo que tratara de sus defectos y sus problemas. La única cosa que existía hasta entonces, con relación a la mujer, eran libros muy serios para educarlas, o libros de pura sátira donde se burlaban de ellas. Lizardi trató de complacerle, escribiendo un libro que, aunque seguramente no divierte hoy, quizás fue considerado como literatura ligera en sus tiempos.

Un punto principal de Lizardi y de otros escritores, aún en los de nuestro siglo, y que tiene mucho que ver con la actitud en todos

88. Millán, prólogo a *La Rumba*, p. xiv.

los aspectos de la vida femenina, es la creencia en la inferioridad intelectual de la mujer respecto al hombre. Dice una escritora de los principios del siglo xx: "la mujer posee una organización especial cuyas energías se reconcentran todas en las funciones generadoras, siendo por esta causa intelectualmente inferior al hombre."⁸⁹ Esto es, casi textualmente, lo que dice Lizardi. Dios, empezando con Eva, añade Lizardi, expresamente la hizo así. Es una ley divina y una ley natural. Una máxima que debe saber cada mujer es ésta: "...no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben tener nada de común entre sí."⁹⁰ No les sería posible concebir la competencia que ofrece la mujer de hoy al hombre, en tantos campos que entonces eran exclusivos de él.

Pero un resultado de esta creencia, benéfica a lo menos teóricamente, para la mujer, es que puede culpar al hombre por las faltas que ella posee. Lizardi hace esto, citando el poema de Sor Juana Inés de la Cruz en este respecto. Y se reconoció desde entonces, aunque menos categóricamente que ahora, la influencia que la mujer ejerce sobre el desarrollo del hombre. Para citar un ejemplo, dice un escritor, "El destino y la carrera del hombre, cualquiera que sea su nacimiento y el lugar que ocupe en la sociedad, las más veces se decide por el influjo del amor o del desdén de una mujer..."⁹¹ Pero a pesar de esto, mi impresión es que la influencia de la mujer sobre el hombre en el siglo pasado fue mucho menor de lo que había sido en otros siglos y de lo que es en el nuestro.

Las mujeres del siglo xix no reciben muchas alabanzas en las novelas. Lizardi habla de su compasión y ternura, pero continúa diciendo que "...parecen más inclinadas al engaño, a la simulación, a la venganza..."⁹² que el hombre. Cuéllar no trató mucho mejor a las mujeres de su época. "¿En dónde," se preguntaba, "están los seres virtuosos, las almas puras, los jóvenes sin tacha..."⁹³ No cree haber pecado contra la veracidad en su novela, porque presentó a la sociedad y a la mujer tal como las encontró.

La Sra. Calderón, al menos, tiene buena opinión de la mujer mexicana de la alta sociedad, a pesar de su falta de educación. Opina que no se puede encontrar a una mujer con maneras más agrada-

89. Loved, *op. cit.*, p. 37.

90. Lizardi, *op. cit.*, p. 531.

91. Payno, *op. cit.*, III, 113.

92. Lizardi, *op. cit.*, p. 73.

93. Cuéllar, *op. cit.*, p. 225.

bles y cariñosas.⁹⁴ Y medio siglo después Gamboa describe con simpatía al miembro más desgraciado de la sociedad femenina — la prostituta. Su heroína decía, en el prefacio, expresando indudablemente la convicción del autor, que estaba segura que Dios la perdonaría. No encontraríamos tanta compasión en un autor anterior, como Lizardi. Mientras más estudiaron la personalidad y los problemas de la mujer, empezando con el propio Lizardi, más comprensión tuvieron para las dificultades a que estaba sujeta, y gradualmente iban reconociendo la obligación de la sociedad, no la de hipócritamente tratar de protegerla, sino de ayudarla y darle oportunidades para valerse por sí misma.

Pero los escritores todavía no reconocían en esta época la posibilidad de que la mujer pudiera dirigir o encauzar su propia vida. Esta actitud se ejemplifica en la obra de Federico Gamboa y tiene dos fases, primero la de la predestinación. Así, se creía que la mujer nacía con ciertas características que la obligaban a seguir un cierto camino. Por ejemplo, Gamboa dice que la aclimatación de Santa a su vida de prostituta fue rápida, "...con lo que a las claras se prueba que la chica no era nacida por lo honrado y derecho..."⁹⁵ Formó y simplificó a su gusto las leyes de la herencia. Esto se asemeja a la práctica muy común de los escritores, especialmente de los románticos, de afligir a sus heroínas con una enfermedad hereditaria que determinaba su carácter o su porvenir. Antoñita tenía "...la palidez particular de los temperamentos nerviosos,"⁹⁶ y se sentía destinada a morir joven. Elena, la ciega, había tenido una extraña vena de impetuosidad desde niña que era la verdadera causa de su tragedia. Todo quedaba fuera de la voluntad de la mujer, porque era la ley de la naturaleza que regía su existencia. Este modo de ver su vida quita individualidad a la mujer y la relega a un papel de resignación en vez de permitirle actuar independientemente. La mujer no nació así. La sociedad creaba a la mujer resignada porque así la quería. De otro modo, no encontraríamos tan frecuentemente a este tipo de mujer.

En perfecto contraste con esta actitud de la sociedad está la teoría de Nicolás Pizarro, novelista y pensador liberal de los tiempos de la Reforma. Su novela *El monedero* nos presenta una pe-

94. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 79.

95. Gamboa, *op. cit.*, p. 74.

96. González Peña, *op. cit.*, p. 5.

queña sociedad ideal, cuya creación en sí misma prueba la existencia de la situación descrita arriba. Pizarro ha creado una utopía, una comunidad llamada la "Nueva Filadelfia" que incorpora, entre otras cosas, sus ideas sobre la posición de la mujer en la sociedad, ideas que refutan la tendencia de Gamboa y de otros, de ver a la mujer como un lujo, como un miembro inútil de la sociedad, decorativo pero de poca importancia y sin voluntad propia. En la Nueva Filadelfia la mujer trabajaba como el hombre, recibía una educación comparable a la de él, y ocupaba una posición de igual responsabilidad. No era ya un ser inferior, resignada a quedar siempre en una posición subordinada. La mujer actuaba y producía. Por ejemplo, uno de los personajes, Antonia, tomó clases de contabilidad y se convirtió en una buena mujer de negocios. Fue gerente de una tienda. Pizarro propuso la rehabilitación del papel de la mujer en la sociedad como una necesidad, y en su comunidad ideal ya fue un hecho. Sus proposiciones, justamente por estar tan en contraste con la opinión de la mayoría, ponen de relieve la verdadera situación de la mujer.

Se ve ilustrada esta situación, o el punto de vista que la causaba, también en la segunda fase de las creencias de Gamboa, que hemos mencionado en la introducción y que es su "... íntima convicción... que queda al descubierto con frecuencia, de que la mujer funciona de forma tan emocional e indefensa que hace las cosas 'porque sí'." ⁹⁷ Así, por ejemplo, se explica la traición de Santa a su amante, "El Jarameño". Su infidelidad se debió, según el autor, a nada más que "... a la voluptuosa atracción que el peligro ejerce en los temperamentos femeninos..." ⁹⁸ Esta insistencia en el factor emocional del carácter de la mujer (recordemos a Carmen y a Elena) es natural cuando uno piensa que nadie daba mucha importancia al lado intelectual de la mujer, y el lado espiritual no interesaría a un escritor deseoso de escribir una novela divertida y emocionante. Era todavía solamente el comienzo del interés en la psicología de la mujer y, naturalmente, el interés se concentró en lo más obvio —las emociones—. Aquí como en la historia de la literatura y de la filosofía del xix, el romanticismo precedió al racionalismo.

97. Navarro, *op. cit.*, p. 286.

98. Gamboa, *op. cit.*, p. 205.

III

Podríamos decir, para los fines de este trabajo, que la provincia es una región intermedia entre la vida cosmopolita del Distrito Federal y la vida campesina, o, que es todavía la ciudad, pero no la capital. Las novelas provincianas son distintas de las anteriores no solamente en cuanto a este cambio de ambiente sino también respecto al enfoque diferente que se da a la presentación de la provinciana. Los escritores como Cuéllar o González Peña tenían lo que llamaríamos hoy la "conciencia social" e incluían en sus descripciones de las mujeres ciudadanas los elementos externos que influyeron, a veces definitivamente, en su formación. Pero la mayoría de las novelas que se desarrollan en el ambiente provinciano no presentan a la mujer en relación con los problemas sociales entre las cuales vivía, y no es posible establecer una discusión con semejantes bases. Todas las novelas se concentran exclusivamente en la personalidad de una o dos mujeres, y es ésta la que, necesariamente, formará el centro de esta sección del trabajo, y no, como en el capítulo anterior, la personalidad como parte íntegra de una perspectiva social.

Los ambientes descritos en las seis novelas provincianas son semejantes. Altamirano, en *El Zarco*, y Delgado en *Angelina* presentan la vida en dos pueblecitos, uno de Morelia y el otro de Veracruz — los dos de tierra caliente. La población cerca de Cuernavaca veía su tranquilidad amenazada en los años de 1861 - 63, cuando sucede la novela, por las tropelías de un grupo de bandidos, "los plateados". Villaverde, en Veracruz, no sufrió estos trastornos. Era un pueblo de 8000 habitantes, donde, según el autor, todo el mundo se encerraba tranquilamente en su casa a las ocho de la noche. Los

personajes en las dos novelas pertenecían a “la clase media de provincia, modesta pero educada.”¹

Las otras novelas se desarrollan en ciudades más grandes. En *Clemencia* vemos la vida de la gente acomodada de Guadalajara, la ciudad provinciana más importante. Rabasa describe otra capital de provincia. En *Parientes ricos*, Delgado no sale de su amada Veracruz, pero nos lleva a una ciudad más grande que Villaverde, Pluviosilla, un pueblo floreciente con fábricas y tranvías, con sus jóvenes ricos, como en México, y sus “yanquis buscadores de negocios”.² Se podría considerar como la típica ciudad provinciana. También aquí, como en la capital, se notaba la corrupción de las costumbres, lo cual se aprecia por el creciente número de cantinas, y por la pregunta que se hacía uno de sus habitantes, “¿...por qué caminos apartados y de segura perdición no andaría la inexperta y holgazadora juventud?”³ En Pluviosilla crecieron Margarita y Elena antes de trasladarse a la capital y allá todavía vivían sus muchas amigas.

En *La Calandria* vemos “...el ambiente artesano y obrero...”⁴ de una de estas ciudades de provincia. La heroína, Carmen, vivía en una casa de vecindad que era la residencia de todas las lavanderas y las planchadoras de la población veracruzana, y en cuyo patio se lavaba toda la lencería de la ciudad. En contraste a las casas de vecindad que conocemos en la capital, aquí había un ambiente de trabajo honesto. La mayoría de sus habitantes no se daban el lujo de los sueños ni de la ociosidad, aunque esto haya causado la perdición de Carmen.

Son seis las heroínas de estas novelas provincianas y sabemos tanto de su apariencia física como de su personalidad, porque la primera servía casi siempre como indicación de la segunda. A Altamirano le gustaba contraponer dos tipos de mujer que contrastaban entre sí. Así es con Clemencia e Isabel, ésta con sonrisa de ángel, aquélla con boca sensual, ésta rubia, de grandes ojos azules como una inglesa, la otra morena, de ojos y cabellos negros como una española. “El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una virgen orando. El cuello de la morena se erguía, como el de una reina.”⁵ Encontramos un contraste semejante entre las

1. Navarro, *La novela realista*, p. 106.

2. Delgado, *Parientes ricos*, p. 35, 39.

3. *Ibid.*, p. 34.

4. Navarro, *op. cit.*, p. 106.

5. Altamirano, *Clemencia*, p. 59.

heroínas de *El Zarco*: Manuela, de porte desdenosa y Pilar, melancólica y humilde. Como Pilar era Angelina, la creación tierna y delicada de Rafael Delgado. "...Había en ella, esa... encantadora debilidad de las personas sensibles... que reside en todo el cuerpo y que se revela en todos los movimientos."⁶ Carmen era más vivaz, como podemos adivinar de su apodo, La Calandria, y, quizás, más bella que Angelina, aunque Delgado ve en su hermosura las huellas de una incurable enfermedad. Pero, por entonces, era mujer espléndida, de formas escultóricas y de "...sobre todo, cierta indolencia felina y cierta vibración del cuerpo rítmica y sensual."⁷ Es una muchacha del pueblo, y de las más bonitas. Se ve que todas las heroínas son físicamente imágenes ideales de sus creadores.

Se puede fácilmente colocar juntas a Manuela, a Clemencia, y a Carmen en una descripción de personalidades femeninas. La intensidad emocional y el orgullo se combinan en los caracteres de las tres para hacerlas zozobrar en la decisión más importante de su vida. Llegó a cada una de estas mujeres un momento en que pudieron y tuvieron que escoger entre dos hombres que las pretendían, y cada una escogió mal, para arrepentirse después. Un hombre fue el eje de sus vidas y la causa de sus pesares, pero en cada caso su carácter las impulsó a una decisión equivocada. La sociedad no tenía la culpa por la tragedia que se les vino encima, como en el caso de tantas heroínas de las novelas anteriores.

Manuela, de *El Zarco*, es la de carácter menos complicado. Hay pocas justificaciones para su desgracia. Llevaba una vida muy retirada con su madre y su amiga, Pilar, porque su pueblo morelense estaba continuamente amenazado por los bandidos. Todos temían que la robarían por su belleza, sin sospechar la triste verdad, que el jefe de los bandidos, el Zarco, la estaba cortejando en secreto en su propio jardín. A Manuela le gustó la aventura y la violencia que prometía la vida con el Zarco, no la seguridad y el aburrimiento de un matrimonio con un hombre trabajador, y desdeñó a otro pretendiente, un herrero honrado y bueno de una hacienda cercana, por la figura romántica del bandido. Su humilde condición y su pobreza no atrajeron el carácter ambicioso e impetuoso de la muchacha. Lo extraño es que los aires de superioridad que se daba no vinieron de su educación que era de lo más sencilla. Su madre era una buena

6. Delgado, *Angelina*, p. 31.

7. Delgado, *La Calandria*, p. 148.

mujer que solamente veía con perplejidad las repetidas muestras que su hija dejaba escapar de sus pretensiones y de la soberbia desmedida.

Manuela había idealizado a los “plateados” hasta incorporarlos con su imagen de cómo debían ser. ¡Qué gran desilusión para esta muchacha que estimó tanto su persona unirse, en vez de con un grupo de guerreros audaces y valientes, con una cuadrilla de criminales y de hombres de baja estofa social! Como muchas jóvenes, Manuela creía que ella lo sabía todo y dijo con firmeza que nunca se arrepentiría de haber rechazado al herrero, Nicolás. Con el natural abandono de su carácter, aumentado por el romanticismo que seguramente había bebido de los libros, se entregó, en alma y cuerpo, a su amante y huyó con él. Ni un pensamiento tuvo para la madre que iba a matar con su huida. Pero pronto sufrió por su egoísmo y su insensibilidad.

Apenas entró en el campamento de los bandidos se sintió contrariada por la actitud irrespetuosa tanto de éstos, como de su propio amante. No se le había ocurrido que como mujer deshonrada no recibiría el respeto que había merecido como hija de padres honrados. Los aspectos morales de su acción nunca le habían perturbado, pero los resultados sociales sí la molestaban. No se podía acostumbrar al cambio tan abrupto de ambiente, ni a la gente dura que la rodeaban. Empezó a entender que su amor para el Zarco no significaba más que una fascinación por su lucido traje y su apariencia gallarda. Se había dejado guiar por lo superficial. Lamentó su impetuosidad irresponsable y la visión de Nicolás vino a ser mucho más atractiva. Su carácter inestable no pudo tolerar la tensión de esta vida de constantes zozobras y de desagradables experiencias y la volvió más nerviosa día tras día. Al ver la muerte del Zarco en la horca, enloqueció. La tranquilidad que había desdeñado y después deseado con tanto fervor, nunca sería ya suya.

Manuela resulta una creación francamente romántica y por eso podemos ver lo normal de la vida provinciana únicamente en la vida que ella rechazó. Los bandidos, aunque eran una realidad de la época, no representaban una parte normal en la vida de la mujer. Pero Manuela misma, con su admiración por las apariencias y su costumbre de actuar sin considerar bien las consecuencias, ejemplifica una idea comúnmente sostenida respecto a la mujer.

Clemencia era un enigma. Daba la impresión de serenidad y

de tener un control perfecto de sus emociones, pero esta fachada escondía un alma intranquila y tempestuosa. De temperamento orgulloso y dominadora como Manuela, también era compasiva, inteligente e idealista, pero una pasión ilógica arrebató todos los ideales que antes había mantenido. La amiga verdadera y la coqueta engañosa eran facetas igualmente veraces de su personalidad.

Clemencia sabía lo que ansiaba encontrar en la vida. Buscaba un hombre cuya inteligencia y nobleza de carácter estuvieran a igual altura que la belleza física que tantas veces resultaba engañosa. Se convertiría en la esclava del hombre a quien llegara a admirar sinceramente. Nunca se había enamorado porque temía el desengaño y decía que "...el corazón no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces."⁸ ¿Cómo pudo entonces enamorarse de Enrique Flores, un hombre guapo pero sin escrúpulos y sin corazón? Era precisamente el tipo de hombre que despreciaba, según sus aseveraciones. Su situación semejaba a la de la muchacha pobre que buscaba la riqueza y encuentra la infamia; esperaba un héroe, o un mártir, y escogió un traidor, porque, aunque consciente que la belleza y la atracción física no significaba necesariamente la belleza moral, al mismo tiempo, inconscientemente las comparaba.

Clemencia aconsejó a su amiga Isabel, también enamorada de Flores, que no debía darle su corazón sin reservas, mientras siguió adelante con su propio plan de conquistar a Enrique Flores. La opinión que tenía el autor de la mujer no podía haber sido muy alta si su heroína era capaz de traicionar sin remordimiento a su mejor amiga. Con todas las artes de la coquetería, que sabía a perfección, fingió estar interesada en el amigo de Enrique, Fernando Valle, un hombre que carecía de todos los atractivos superficiales de la personalidad de Enrique, pero que estaba, por el contrario, dotado de un carácter infinitamente más noble. A pesar de ser tan sensible y de reconocer la misma sensibilidad en el carácter de Fernando, Clemencia no lo juzgó como merecía. Fue solamente un instrumento de su plan. No le preocupó el efecto que esto tendría sobre Fernando. Con el egoísmo de una mujer que se sabe superior, sencillamente no se dio cuenta de los sentimientos de los otros cuando no le concernían personalmente.

Su plan tuvo éxito y, a pesar de que sabía que Flores había intentado seducir a Isabel, correspondió apasionadamente al amor

8. Altamirano, *Clemencia*, p. 158.

que él ahora le profesaba. Es para mí improbable que una mujer con ideales tan altos que había despreciado a tantos pretendientes pudiera considerar digno de ella un hombre que no había respetado la honra de su amiga y que no había dado muestras de poseer ninguna cualidad extraordinaria. Es obvio que aquí, otra vez, nos enfrentamos a la creencia de que la mujer actúa y reacciona completamente a base de emociones. A pesar de que debemos creer que Clemencia era una mujer excepcionalmente inteligente y culta, se nos presenta como impotente ante el aparente poder irresistible de un hombre.

Su amor le trajo solamente problemas. Acusaron a Flores de traición a su patria, pero Clemencia, que fue patriota con toda la intensidad que fue amante, no pudo creerlo culpable. Amó aún más a Flores porque ahora era mártir, un hombre digno de sacrificio y de admiración. Se exaltó con los perfiles dramáticos de la situación, y quizás aún la gozaba más porque confiaba en que podría salvar a Flores. Era una mujer de carácter fuerte que siempre había conseguido todo lo que quería y por esto nunca consideró desesperada la situación de Flores. El amor que le tenía no la dejó ver la realidad y creó una fantasía a su gusto alrededor de la situación, con Fernando el malvado y Flores el héroe. Entonces sufrió el golpe de ver a Fernando, el despreciado, sacrificar su vida para salvar a Enrique, que al fin le confesó su culpa. Clemencia rechazó con horror al traidor confeso y concentró su adoración en el verdadero mártir, Fernando, a quien fusilaron.

Había sentido por un momento el gran amor que había buscado. Su vida de "...coqueta,... sultana,... (de) mujer de... grandes pasiones..."⁹ culminó y se acabó en este momento de drama intenso. Después profesó en las Hermanas de la Caridad, lo más opuesto posible a todo lo que había sido, pero de conformidad con el aspecto noble de su carácter, porque así, aunque no cumpliría sus aspiraciones de sacrificarse por un hombre ideal, se sacrificaría por la humanidad dando así de otro modo salida a los impulsos de su temperamento apasionado. Quizás fuera mejor así, puesto que ¿cuál hombre hubiera podido mantenerse siempre a la altura de sus ideales? La actitud de Clemencia frente a la vida es una actitud romántica por su búsqueda constante de un hombre, acaso despreciado y no bien comprendido por la sociedad, que era digno de un amor intenso y desenfrenado. Es seguro que tenía un punto de vista común con

9. Altamirano, *Clemencia*, p. 315.

muchas de las mujeres de su época (inclusive Manuela), el de un romanticismo no débil y sentimental sino activo y apasionado.

Carmen, que por su hermosa voz tenía el apodo de La Calandria, era la más pobre de estas tres muchachas que se perdieron por su propio orgullo o por errores de juicio. Era hija ilegítima de un hombre rico y de una lavandera, y cuando empieza la novela acaba de perder a su madre y se iba a vivir con una vecina. En un ambiente de felicidad e inocencia se enamoraron Carmen y el hijo de la vecina, Gabriel, y pareció asegurada su felicidad. Ella era hacendosa y él, trabajador, y procedían del mismo estrato social. La falla radicaba en el carácter de ella, y, al ver los resultados de este defecto, notaremos la repetición de una situación ya muy familiar.

Carmen encontró en una fiesta en la casa de una amiga a un joven calavera que le atrajo, por su elegancia y sus galanterías. Este encuentro provocó un disgusto con la madre de Gabriel en que Carmen demostró un orgullo excesivo y aún crueldad. Olvidó todas las gentilezas de esta mujer para con ella a no poder aceptar la crítica aún cuando fuera merecido. Dejó la casa sintiéndose insultada y se fue a vivir con una amiga. Sabía que había obrado mal y estaba arrepentida pero no pudo admitirlo ni pedir perdón. En cierto sentido actuó para vengarse de la madre de Gabriel, por haberla regañado, exactamente igual como iba a huir, después, con otro hombre, para vengarse de Gabriel por haberla despreciado.

Carmen vacilaba entre extremos de tierno y apasionado amor para Gabriel y los de su ofendido orgullo. Cuando vio a Gabriel una semana después de la disputa con su madre, todavía no podía olvidar "la ofensa" y no habló de otra cosa, aunque Gabriel le estaba pidiendo que se casase con él. Parecía que no le amaba, pero sólo unos días después rogó a Gabriel que aceptara su amor y que hiciese de ella lo que quisiera. Uno tiene que darse cuenta de que lo amaba verdaderamente, pero que a veces la tentaba demasiado la lisonja, y sucumbía a su vanidad. No sabía lo que quería. No era persona de temperamento estable, ni aún fuerte, y su orgullo la hacía sensible a los malos consejos de amigas y amigos. Dice el autor que Alberto, el joven que la enamoraba, y Magdalena, la amiga frívola, la habían transformado aún en el poco tiempo en que vivió con Magdalena. "Ya no era aquella joven de otros días tímida, soñadora y sencilla..."¹⁰ Demasiado tarde se dio cuenta que Gabriel ya no creía

10. Delgado, *La Calandria*, p. 146.

en su amor y que la había perdido porque había salido con otro. Gabriel, en esta instancia, mostró el estricto sentido del honor típico de la humilde clase.¹¹ Carmen se había portado mal, había besado a otro así que no podía ser su esposa. Pero más que a esto Gabriel temía que Carmen no pudiera cambiar su carácter, que siempre tuviera deseos que él no pudiera satisfacer y que ella sería demasiado débil para reprimir. Entendió muy bien su alma descontenta y aún las súplicas más enternecedoras no lo hicieron cambiar su decisión. Después de estos acontecimientos Carmen, bajo los auspicios de su padre, fue a vivir en el curato, de un pueblecito montañoso. Allí daba muestras de perturbación emocional, y su amor para Gabriel parecía crecer durante la separación, aunque era un amor tímido otra vez, hecho de ilusiones. Se dirigió a Gabriel una vez más pidiéndole perdón, sólo para ser rechazada cruelmente como indigna de él. Esta respuesta la hirió irreparablemente, y para vengarse se puso de acuerdo con Alberto para huir con él. Era demasiado inmadura, se encontraba demasiado sola en el mundo y demasiado débil de carácter para ver que su "venganza" a nadie dañaría con más crueldad que a ella misma. Pensaba con la lógica de una niña, siguiendo sus primeros impulsos y sufrió así la tragedia de una mujer.

Después de algún tiempo, Alberto la abandonó y se halló sola y sin dinero, pero no podía rebajarse al último recurso de tantas muchachas en situaciones iguales, a la prostitución. Carmen había contado con los medios y la oportunidad para ser feliz y lo habría logrado si hubiera sabido aprovecharlos. Tenía un sentido del honor y del decoro a pesar de sus malos pasos. Éstos se debían a su inexperiencia y juventud, nada más. Después, abandonada y sola, sin nadie ni nada en que apoyarse, se suicidó. No vio más que dolor en su futuro y prefirió la muerte. En Carmen tenemos otro ejemplo de un ser débil, sin recursos interiores, básicamente bueno pero con malas tendencias. Parece un personaje semejante a las muchachas de la ciudad como Lena, o Conchita pero la diferencia radica en que Carmen amó de veras y las otras no. Por eso, provoca más simpatía como mujer, que es lo que nos pasa respecto a la mayoría de las mujeres de las novelas provincianas.

Entre las mujeres de la clase media de la provincia tanto como entre las de la ciudad encontramos señales de esa ansia de lujo que destruyó tantas vidas, pero no de manera tan pronunciada ni tan

11. Navarro, *op. cit.*, p. 141.

frecuente. Hay solamente dos o tres ejemplos. La Calandria es uno, porque tenía demasiado cerca la tentación, ya que vivía en la misma ciudad que su padre rico y su media hermana, y los tenía por tanto siempre en la mente. Sufrió celos y al mismo tiempo estaba orgullosa de ellos. Decía "siempre con que si su hermana es la más bonita; con que su padre es muy rico, y que ella es muy decente. . ."¹² ¿Cómo no iba a pensar que únicamente los vestidos las diferenciaban a ella y a su hermana?

El amor y la ambición estaban en lucha constante. La riqueza de su padre le daba excusa para imaginar que quizás Alberto se casaría con ella y la hizo despreciar la vida humilde que llevaba. El estar con Gabriel la emocionaba y la hacía feliz, pero "Alberto era para ella el bienestar, el lujo, la vida cómoda y brillante, como ella la merecía, como correspondía a una joven decente y hermosa. . ."¹³ Y nadie la podía hacer ver el peligro de estar siempre comparándose con su hermana y aspirando ser como ella. Su amiga, Magdalena, la animó en esta vana ambición. ". . . Hay que salir de la esfera en que nacimos. . ."¹⁴ decía, y no hay esperanzas que tú hagas esto con Gabriel. Es el mismo descontento con la vida y desprecio por el hombre de la misma clase social, que hemos visto antes.

Magdalena es una figura ya familiar al lector que la ha visto con muchos nombres pero siempre con el mismo carácter y la misma actitud frente a la vida. No era mujer virtuosa y no dejaría que la virtud sirviera de estorbo en la búsqueda de la riqueza. Magdalena se distinguía de sus vecinas en que había estudiado por cuatro años en una escuela superior. Al contrario de la mujer típica mexicana de su época "no era capaz de freír frijoles, pero sí de recitar y declamar. . . versos y más versos."¹⁵ Le encantaba dar fiestas donde hacía el ridículo con sus pretensiones literarias. "Se sentía infeliz en medio de una sociedad que no supo comprender a Acuña. . . ."¹⁶ Puso sus deseos de mejorarse en el plano intelectual, pero básicamente eran los mismos de todas las mujeres de este tipo.

Se debe apuntar aquí que en las novelas a veces aparecen mujeres como Magdalena, que tienen una educación adecuada, pero que ésta casi nunca les sirve sino para presumir. Los escritores no

12. Delgado, *La Calandria*, p. 60.

13. *Ibid.*, p. 210.

14. *Ibid.*, p. 69.

15. *Ibid.*, p. 67.

16. *Ibid.*, p. 67.

nos presentan figuras femeninas admirables por su cultura o su educación. La educación o está ausente o se presenta como factor negativo porque sólo le han tomado en cuenta los malos efectos. Las novelas reflejan así la actitud general de la sociedad y también la mala calidad de la educación.

Magdalena se sentía superior a las de su medio social y transmitía su espíritu descontento en Carmen. Fue hasta mucho después cuando Carmen vivía con el cura que, con mirada retrospectiva, podía juzgar a Magdalena con justicia. "Todo le repugna, todo le cansa. Es que Magdalena se paga de exterioridades, es ambiciosa, y envidia cuanto ve."¹⁷ Cuando vivía con ella, Carmen no podía menos que dejarse influir por su actitud, pero después, si no hubiera sido por el despecho provocado por Gabriel, nunca habría huido con Alberto. Ya muy tardíamente aprendió que la felicidad está en el amor correspondido. El amor ganó la batalla en el alma de Carmen cuando la vanidad ya había causado su perdición.

Manuela, la amada del Zarco, tenía la misma debilidad pero en una forma más exagerada. Una codicia desenfrenada había tomado posesión de su ser. Una combinación de fascinación, de codicia y de vanidad la hizo abandonar todo para seguir al bandido. Las joyas que recibió de él no fueron un factor insignificante en su decisión. En una escena melodramática Altamirano nos pinta a la muchacha pronta para enterrar y así esconder un regalo que ha acabado de recibir del Zarco y nos la muestra admirándose en un espejo. Dice el autor: "No era la virtud próxima a sucumbir ante la dádiva, sino la perversidad contemplándose en el cieno."¹⁸ El remordimiento que experimentó al ver la sangre que todavía quedaba en la joya, seguramente de una pobre mujer asesinada por los bandidos, fue momentáneo. Lo único importante era que ahora las joyas le pertenecían. No era una mujer honrada ni antes de su fuga. La codicia era su obsesión dominante.

Pero ¿es esa muchacha un reflejo de la realidad o una exageración nacida del temperamento romántico del autor? Me parece que si las acciones de Manuela hubieran sido presentadas al lector moderno en un estilo menos ajeno a su gusto y con más profundidad en el análisis de carácter, Manuela habría sido un personaje verosímil. Era sencillamente egoísta hasta tal grado que se cegó a las rea-

17. *Ibid.*, p. 216.

18. Altamirano, *El Zarco*, p. 77.

lidades. Es el ejemplo más acentuado de la vanidad — una característica que estos autores obviamente consideraron una de las mayores debilidades de la mujer. Carmen y Manuela sufrieron mucho por ella.

Encontramos tanto en el ambiente provinciano como en el cosmopolita el tipo de mujer que resalta como “la mujer mexicana del siglo xix”. No es la mujer dominadora sino la dulce, resignada y tímida que reúne las virtudes de ser hogareña y trabajadora. Angelina está estudiada con mayor detalle y es la más encantadora de estas mujeres. Rafael Delgado le dotó con un alma pura y noble y de una fina inteligencia. Se acercó a lo que pudiera ser el ideal de la perfección en la mujer en esta época.

Angelina es la antítesis de muchas de las cosas que se han señalado como defectos en otras mujeres. Era una huérfana que cuidaba a dos señoras viejas, las tías de un estudiante llamado Rodolfo, del cual Angelina iba a enamorarse. A él le trató al principio con mucha reserva y un poco de temor pero no sabía disimular sus sentimientos ni esconder su amor. Nunca había aprendido el arte de fingir y de ser coqueta, como hacían las heroínas de Cuéllar, Clemencia y muchas otras. Así que cuando Rodolfo la miraba, se sonrojaba a pesar de todos sus esfuerzos para aparecer desdeñosa. No era pretenciosa como Magdalena aunque su cultura era más extensa y más natural. La mundanidad la confundió y la molestó: decía, por ejemplo, que los versos siempre le parecían “graciosas mentiras”¹⁹ y preferiría ver los sentimientos expresados sin rodeos. Es obvio que la sencillez y no la elegancia le atraía y le inspiraba confianza. Esto se nota también en que no poseía ni orgullo ni vanidad. Al contrario que a la Calandria, su ilegitimidad le perturbó de tal manera que contó las circunstancias de su nacimiento a Rodolfo, pensando que no era digna de él. Temía que la mancha que ella llevaba perjudicara la honra de él, si se casaban. Su humildad resulta conmovedora porque es sincera.

Angelina inspiraba no un amor apasionado y violento, sino el amor sublime y noble de los seres románticos. Nos recuerda mucho a Antoñita, pero con más madurez. Rodolfo necesitaba y deseaba su amor, porque amarla era ver más de cerca la perfección. Quería ayudarla, apoyarla en sus dificultades, ser su amigo y su hermano, porque era tan dulce y tan buena. Amándola no se podía obrar mal, tal era el efecto que ejercía.

19. Delgado, *Angelina*, p. 215.

Desde niña, desde la muerte de su mamá, Angelina había vivido con la tristeza y la desgracia y esto le había dado mayor madurez de la que es usual en una mujer joven, sin quitarle la dulzura de su carácter. El amor de Rodolfo le había dado los momentos más felices de su vida, aunque no podía creer que durara siempre. A pesar de los juramentos de Rodolfo, ella le consideraba un niño que todavía no conocía las duras verdades de la vida. Su pasado no la dejó creer en un futuro feliz, porque se sentía destinada a sufrir. "He aprendido en la escuela del dolor" decía "que toda dicha... es pasajera, fugitiva y efímera."²⁰

Además pensaba intuitivamente que, aunque Rodolfo no tuviera entonces mayores aspiraciones, era porque todavía no sabía cuántos encantos ofrecía la vida. Sentía que Rodolfo iba a tener ambiciones de mejorar y que ella sería un obstáculo. Así que esperaba la separación. Profetizó que el amor de Rodolfo iría languideciendo y, en cierta manera, tenía razón. Era sumamente sensible a los sentimientos de otros, y especialmente a los de Rodolfo.

Cuando Angelina tuvo que ir a vivir con el viejo cura que la había educado, Rodolfo la empezó a ver como un sueño del pasado y aunque no admitía que la estaba olvidando lo cierto es que empezó a sentirse atraído por otra muchacha. Angelina supo esto y decidió sacrificarse por su amado, pensando que una esposa elegante y rica le convendría mejor. Con ternura y valentía excepcional decidió hacerse Hermana de la Caridad y dejar todas sus ilusiones de felicidad. A él solamente le pidió que le guardara un poquito de cariño en lo más hondo de su corazón.²¹

Esta decisión de Angelina es muy romántica y sentimental pero no nos parece fuera de lugar, porque Angelina estaba prevenida de este desenlace y Delgado siempre la había pintado con un carácter dispuesto a sacrificar todo por su amor. Sus cartas a Rodolfo demuestran su carácter sensible y soñador, y su decisión de dejarlo demostró su humildad. Aunque Rodolfo no le había dicho nada ella se creyó más capacitada para decidir lo que él deseaba y desearía en el futuro. Su decisión es el resultado natural de la situación y de su carácter. Siempre puso la felicidad y los deseos de él antes de los suyos. Quizás juzgó mal las ambiciones de Rodolfo, pero de todos modos ella se adaptaba bien a la vida que escogió.

20. *Ibid.*, p. 244.

21. *Ibid.*, p. 244.

“...Sentimental, melancólica, llena de timidez...”²² así describe Altamirano a Isabel. Ella sirve de contraste a la personalidad dinámica de Clemencia, y es otra de las mujeres resignadas y buenas. El autor demuestra su entendimiento de la psicología femenina al mismo tiempo que su propensión para la exageración, en su creación de Isabel. Describe con acierto la multitud de pensamientos y de temores que asaltaron la mente de Isabel cuando se sintió enamorada de Flores. Quiso poder leer la mente de su amado. Tenía celos de Clemencia. Todo esto era muy natural. Pero el que estuviera pálida y enferma a causa de su amor y que sus celos de Clemencia le hiciera apretar convulsivamente la silla y casi llorar, esto es más bien fantasía de Altamirano para hacer resaltar la sensibilidad de la muchacha y la intensidad del amor de que era capaz. Otro artificio que emplea el autor para el mismo fin es la transformación de Isabel en “ángel seductor e irresistible”²³ cuando toca el piano. Su timidez ocultaba una gran capacidad emocional.

Isabel, a pesar de su aparente docilidad y de su gran amor para Flores, rehusó la tentativa de seducción de él, aunque lo seguía amando, aún más que antes. No quiso verlo más después de esto porque “...antes que ... (su) felicidad estaba ... (su) honra.”²⁴ Cuando vio crecer el amor entre Clemencia y Flores, sufrió esto con la resignación “...de las almas débiles que no pueden luchar.”²⁵ Pero aquí Altamirano no es justo con su heroína. No había actuado débilmente en la preservación de su honra, y ¿por qué lucharía por un hombre que nunca podría aceptar, puesto que la había deshonrado cuando la trató de seducir? No se debe confundir la bondad con la debilidad. Su resignación ante la suerte de Clemencia es semejante al sacrificio de Angelina. Aceptaban la ruina de sus esperanzas sin quejarse.

Pilar de *El Zarco* es otra “flor modesta” que demuestra valentía inspirada por el amor. Era tan tímida que nunca habría mostrado su amor por Nicolás, el herrero, si no hubiera sido por la crisis provocada por la huida de Manuela y el encarcelamiento de Nicolás. Nunca había osado aspirar a ser amada por Nicolás, pero cuando lo vio en peligro se transformó en mujer enérgica y resuelta porque él la necesitaba. También era ella quien cuidaba a la madre que Ma-

22. Altamirano, *Clemencia*, p. 114.

23. *Ibid.*, p. 104.

24. *Ibid.*, p. 169.

25. *Ibid.*, p. 261.

nuela había abandonado tan cruelmente. Y aquí por primer vez, la abnegación y el sacrificio traen la felicidad. Se casó y fue feliz con Nicolás.

Es muy poca la variedad en el tipo de mujer de provincia presentado por los escritores. O es orgullosa o es abnegada. Y aún hay semejanzas entre los dos tipos. De estas mujeres, dos, siendo muy dispares en carácter, y creaciones de diferentes autores, escogen retirarse de la vida para hacerse Hermanas de la Caridad. ¿Quién, al conocer a Clemencia y a Angelina, diría que esta solución sería común a las dos? Para Angelina fue previsible: era religiosa, humilde y le gustaba ayudar a los que la necesitaban. Pero que Altamirano escoja este fin para su heroína, indica, creo, que era una solución normal en esta época para muchos de los problemas de la vida.

Los personajes menores presentan algunas variaciones del carácter femenino, pero en la mayoría son tipos ya conocidos. En las novelas de la provincia es escasa la crítica de la madre, al contrario de lo que sucede en las novelas de la ciudad. La madre de Manuela era nerviosa y débil, y su estado de ánimo sufría del constante apuro en que tenía que vivir. Pero era mujer honrada que no entendía el orgullo de su hija. "Tu crianza ha sido humilde", decía. "Te hemos enseñado a amar la honradez, no la figura ni el dinero..."²⁶ La única falta con la cual se les podía tachar a ella y a doña Dolores, la madre de Elena y Margarita, es cierta debilidad. Las dos se muestran siempre mujeres de buenos principios y buenas intenciones.

Las tías de Rodolfo son ancianas simpáticas cuya situación sirve para demostrar la pobreza terrible a la cual la soltera sin riquezas hereditarias estaba sometida. Estas pobres mujeres vivían de la confección de flores artificiales para las fiestas religiosas y era muy escaso el dinero que ganaban con esta industria. Pero eran valientes y cariñosas y no se quejaban. Una, la tía Carmen, tenía, además, una historia digna de cualquiera novela romántica. Era áspera y severa en su vejez, pero contaban que cuando joven había sido alegre y muy dada a las fiestas. Había tenido solamente un novio y cuando él murió, nunca volvió a la vida de antes. Con fuerza de voluntad inquebrantable permaneció fiel a su memoria. ¡Cuántas solteronas viejas reviven bajo la pluma cariñosa de Delgado, y cuántas más imagino ver en todos los rincones apartados de la República, olvidadas, muchas veces sin pasado, y siempre sin porvenir!

26. Altamirano, *El Zarco*, p. 39.

Inferimos de las novelas que la educación formal como nosotros la conocemos era aún más rara entre las muchachas que vivían en las ciudades provincianas que entre las de la capital. La escuela constituía una parte tan insignificante de la vida que solamente recuerdo una mención de ella — en el caso de Magdalena. Las muchachas sabían leer y escribir y a veces tenían otras habilidades, porque las de estas novelas no eran en general de familias muy pobres. En este sentido mencionaremos a Gabriela, la “rival” de Angelina, porque su cultura general y su educación deben ser típicas de las de la muchacha de familia rica perteneciente a la provincia. Delgado dice que estaba “. . . educada con esmero. . .”²⁷ Esto significaba que tocaba el piano, pintaba acuarelas y era obediente a sus padres aún al dejar al hombre a quien amaba porque a sus padres no les gustaba. Pero en cuanto a la lectura de libros u otros estudios, no hay mención. En suma, era una muchacha no engreída a pesar de su riqueza y con todos los “adornos” que la sociedad requería.

¿Había alguien que leía o estudiaba?, nos preguntamos. Es obvio que Manuela leyó novelas románticas, porque ¿de qué otra fuente habría sacado sus ideas fantásticas de cómo iba a ser la vida entre los bandidos? Creyó que iba a vivir en una cabañita escondida en los montes, como una heroína romántica. Ni a ella ni a Magdalena, la amiga de la Calandria, les sirvió muy bien lo que aprendieron en los libros. Magdalena sacaba de los periódicos todas las frases e ideas altisonantes y las usaba en su conversación porque quería aparecer como libre pensadora. Presumía de su erudición y de su sabiduría política, y recitaba poesía, pero lograba solamente mostrar su ignorancia. Angelina, aunque era una de las muchachas más pobres, era la más educada y la más inteligente. Quizás se debía al cura que la crió, y le enseñó el amor de los libros. Aunque solamente leía cuando se lo permitían sus quehaceres, llegó a leer mucho. Le interesaban los libros serios. Era natural que conociera la vida de todos los santos, pero no tan natural que hubiera leído y que le gustara discutir la *Historia* de Alamán. Sus favoritos eran *El Quijote* y las novelas de Fernán Caballero. Le encantaba oír la poesía de Zorrilla. Aún en los periódicos sabía escoger los artículos de erudición y no las diatribas políticas que devoraba Magdalena. Comentó una vez con Rodolfo las ideas de un filósofo alemán, del que había leído algo en un periódico. Podía conversar con inteligencia. Del-

27. Delgado, *Angelina*, p. 340.



gado es el único autor que nos da idea de que existían mujeres interesadas en temas más profundos que la coquetería. Recordando las ideas del público en general acerca de los atributos que debía tener una esposa es interesante saber las dos cualidades que Delgado cita como necesarias para la buena esposa: una es la prudencia y la otra la educación. Como Rafael Delgado era profesor, es explicable su insistencia en la educación, pero no todos la extendían a la mujer.

Ahora nos toca mencionar a Conchita, una de las amigas que Margarita y Elena dejaron en Pluviosilla cuando se trasladaron a la capital. Su crianza tuvo muchas semejanzas, a lo menos en los resultados, con la de la Conchita capitalina de Cuéllar. Su familia era también de la clase media, pero no rica, y ella era muy lista pero mimada y siempre imponía su voluntad. Su interés estaba en el "teatro". Siempre leía dramas y tomaba parte en las pequeñas representaciones que realizaban como diversión. Las ideas que sacaba de los dramas y las novelas francesas que leía con tanta avidez y del grupo de gente algo frívola que conocía en conexión con el teatro, ejercieron una mala influencia. Como dijo Margarita de ella, su sentido moral era débil, su sentimiento religioso era limitado y su fe algo así como vulgar costumbre.²⁸ Le había faltado dirección en la casa, y nadie le podía culpar porque buscara un poco de diversión para aliviar el tedio de su vida. Su desagrado, su aburrimiento de la vida se intensificó con una visita que hizo a México donde conoció a Juan, el primo y el seductor de Elena. Después de este viaje le daba vergüenza su pobre casa y para escapar huyó con Juan a París sin pensar ni dos veces sobre las consecuencias. "... Aunque ligerita de cascos, no es mala."²⁹ Es que había visto y aprendido demasiado para estar contenta con lo que tenía, sin haber aprendido al mismo tiempo la diferencia entre lo que tiene valor y lo que es falso y peligroso. En la misma manera, había leído mucho para una muchacha de su época pero sin ningún criterio con el cual escoger y valorar ese acervo. Es la educación desequilibrada que se ve tantas veces en las mujeres del siglo XIX lo que parece dar razón al prejuicio general en contra de la educación de la mujer. Tenemos solamente que pensar en la impresión escandalosa que habría causado la huida de Conchita en Pluviosilla. La gente echaría la culpa a sus pretensiones de letrada.

28. Delgado, *Parientes ricos*, p. 300.

29. *Ibid.*, p. 133.

¿Qué diversiones había en un pueblo de provincia, aparte de las escogidas por Conchita, que eran no del todo bien vistas por la gente? La Calandria se entretenía y entretenía a otros tocando la guitarra y cantando, pero no todas podían hacer esto. En Guadalajara las jóvenes de familias acomodadas se reunían en sus respectivas salas, y algunas tocaban el piano y otras cantaban. Pero Delgado reconoce que en las ciudades pequeñas y entre la gente respetable "...no hay trato social."³⁰ En Villaverde, el pueblo de Angelina, los sexos vivían separados. No había bailes, ni teatros, ni aun tertulias.³¹ No había manera de que los chicos y chicas se pudieran conocer y de ahí el resultado del gran número de mujeres condenadas a la soltería. "Los hombres aburridos se ... (dedicaban) al juego; las mujeres se ... (encerraban) solitarias haciendo prodigios de ingenio y economía para poderse mantener."³²

Éstas no son condiciones propicias para un buen matrimonio, y no había otra cosa a la que una muchacha debía o podía aspirar. Desgraciadamente no creo que esta situación haya cambiado mucho en la provincia todavía en nuestros días. Solamente con nuevas vías de comunicación con el resto del país y el mundo cambiarán estas costumbres. La comunidad provinciana mexicana que conozco mejor es sólo una entre muchas, y es pequeña, pues cuenta solamente con tres mil personas, pero no hay por qué no considerarla típica. Allá chicos y chicas se pueden conocer en la calle, quizás, pero no en sus casas. No hay reuniones de jóvenes. Hay bailes con diferentes pretextos pero no dan mucho lugar para la conversación porque las muchachas tienen que sentarse separadas de los muchachos y regresar a sus sillas después de cada baile. Hay un cine, pero muchas familias no dejan a sus hijas ir con un muchacho aún si son "novios serios". Algunas familias son más liberales, pero en general, las muchachas se quedan en sus casas por las noches y los muchachos toman junto a la "rocola", la única adición moderna a una vida social que no ha cambiado en siglos. Podríamos repetir la frase de Delgado — no hay trato social. La verdad es que las diversiones permitidas a la mujer son aún más restringidas en la provincia que en la capital.

Hay otras diferencias también entre la mujer de provincia y su manera de vivir y la de la ciudad, diferencias que se entrevé en el

30. Delgado, *Angelina*, p. 177.

31. *Ibid.*, p. 177.

32. Navarro, *op. cit.*, p. 137.

tono general de las novelas y en los comentarios de los escritores. La novela de la provincia se concentra en el amor sincero y serio que no es ya un pasatiempo o un juego, y se enfoca en una o dos mujeres y en el hombre correspondiente. No hay la contraposición de la mujer y "los hombres" que se encuentra muchas veces en la novela de la ciudad. El carácter de Clemencia, Pilar, Angelina o cualquiera de estas mujeres, está vista solamente en relación con el efecto que tiene sobre su manera de amar y el efecto del amor sobre él. En la provincia la vida seguía un camino más sencillo y más directo. No permitían distracciones del propósito principal de la vida de la mujer, justamente como los novelistas no divagaban para hablar sobre problemas sociales. Hacen hincapié en la relación entre la mujer y el hombre y se refieren a una relación duradera.

Altamirano, con su interés en propagar ideas sanas y costumbres buenas al pueblo y especialmente a la juventud mexicana se expresa sobre la mujer mexicana — como cree que es y como debe ser. Su crítica más frecuente está sobre la importancia que pone la mujer en la belleza exterior, en todos los sentidos. "...Isabel era de esas mujeres para quienes la forma es todo"³³ dice, y Clemencia también creía que la forma "...era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral..."³⁴ Por esto se equivocaban tanto Isabel y Clemencia en amar al guapo capitán Flores en vez del tímido y feo Fernando Valle. Flores, "gastador, garboso, alegre, burlón, altivo y aún algo vanidoso, tenía justamente todas las cualidades y todos los defectos que aman las mujeres..."³⁵ decía el autor. Las mujeres se paran en lo superficial y buscan lo bello en la materia antes que en el alma³⁶, opina Altamirano. Esta crítica de la mujer, es, en cierto sentido, el tema de sus novelas.

Pero Altamirano admiraba la franqueza y la alegría en las mujeres y encontraba esto especialmente en las mujeres de la provincia. También las describe como "mujeres de corazón", una cualidad muy importante para él. Quiere decir que amaban con sinceridad y con intensidad. Es lo opuesto a la mujer calculadora y artificial de la ciudad. Una mujer de este tipo complementa perfectamente la intelectualidad y la dureza del hombre. Las mujeres de provincia estaban, o los escritores lo imaginaban, más cercanas a este ideal, que sus hermanas de la capital.

33. Altamirano, *Clemencia*, p. 60.

34. *Ibid.*, p. 60.

35. *Ibid.*, p. 14.

36. *Ibid.*, p. 60.

IV

Son restringidas las posibilidades que tenemos de conocer bien a la mujer mexicana que vivía en el campo en el siglo XIX, porque éste era una región del país que se descuidó entonces política, económica y culturalmente. Mencionar el campo al mexicano educado del siglo pasado equivalía a decir solamente las haciendas, que mantenían a los patrones en México y en las capitales de Europa. Aunque todas las novelas del campo que hemos indicado en la introducción añaden algo al conocimiento de la mujer, dos de ellas sobresalen como fuentes de información sobre este tema. A mediados del siglo, Inclán describió la vida campestre en su novela *Astucia*, pero no le interesaba la manera de vivir de los que componían la gran mayoría, los peones en las haciendas, sino la descripción de los rancheros, los dueños de pequeñas propiedades, y de los hombres, que, pertenecientes a esta clase, seguían la vida de contrabandistas. En consecuencia, nos describe a las mujeres relacionadas con este grupo social. No es hasta la vuelta del siglo, que una voz verdadera vuelve a hablar con autoridad de la mujer del campo — la voz de Mariano Azuela que describe, por primera vez con detalle, el carácter y la manera de vivir de la mujer indígena o mestiza de la hacienda. Muestra el drama que encierra la vida en la hacienda y pinta a la mujer que lo causa. Alrededor de estas dos novelas centrales figuran las otras novelas que añaden detalles y personajes nuevos.

El ambiente del campo tiene un efecto definitivo en el desarrollo del carácter de la mujer. Notaremos, por ejemplo, el mismo tipo básico de mujer que ha figurado frecuentemente en las novelas, la mujer resignada a su suerte y usualmente débil, pero buena y bondadosa. Pero en el campo, además de ser en la minoría, ella posee

una cierta independencia de pensamiento y de personalidad que se puede atribuir a la influencia del ambiente. Las únicas mujeres de este tipo a quienes les falta carácter son las figuras ideales que desaparecen en una nube de vaguedad. Ramona, de *La parcela*, podría ser una mujer de cualquier época o de cualquier país. Nos dice López Portillo y Rojas que era buena y discreta, que nunca se enojaba, y que nunca daba otra impresión que la de angélica inocencia. Igualmente inefectivas e ilusorias eran Remedios de *La bola* y Refugio, la novia del joven Astucia. Eran niñas confiadas e inocentes, muy afectuosas y muy bondadosas, pero las dos no salen de la región de lo irreal. Remedios, en vez de darse más a conocer a través de las cuatro novelas de Rabasa, era en la última nada "... más que un sueño hermoso, un recuerdo de mejores días, lejana memoria de un bien perdido..."¹ El autor usa la mujer ideal no como un carácter, sino como una imagen decorativa.

La mujer modesta y dócil del campo no sufre generalmente de la falta de decisión en momentos importantes como su contraparte en la ciudad o la provincia. Cuando conocimos a Clarita, la futura esposa de uno de los contrabandistas de la Rama, sufría callada y pacientemente todas las groserías de los demás a causa de su supuesta locura. Era pálida y enfermiza y cuando hablaba era para decir disparates. Pero su locura era fingida. La utilizó para protegerse de su madrastra, una criada que había matado a su madre y robado la hacienda. Por años Clara había representado su papel de loca, esperando poder darle a esta mujer su justo castigo. Se necesitaría una fortaleza, una paciencia y una fuerza de voluntad tremendas para soportar la mofa y el escarnio de toda esta gente, y era evidente que su humildad y su timidez escondía un espíritu independiente.

Esperaba a alguien que le ayudara y cuando vio que Pepe, el contrabandista, se interesaba por ella, respondió con fervor a su amor. Se entendían nada más con miradas y con el intercambio de una flor. El amor "a primera vista" debe de haber sido común en esa época de romanticismo, especialmente porque los jóvenes tenían pocas oportunidades de conocerse. Clarita eligió a Pepe como su salvador y se casó con él secretamente. Pero, ahora que estaba en una posición de vengarse de su madrastra, no quiso hacerlo y no lo habría hecho si ella y su marido no la hubieran colmado con sus abusos.

1. Rabasa, *Moneda falsa*, p. 153.

Dijo de ellos, “¡Infelices!, yo les perdono con toda mi alma,”² probando que su dulzura de carácter era genuina y que sus años de sufrimiento no la habían hecho cruel y vengativa.

Pero hay una diferencia entre ella y, por ejemplo, Isabel y Antoñita, que eran igualmente dulces de carácter. Clarita no había aceptado como definitiva su situación sino había esperado con fe, la oportunidad de cambiarla, y cuando vino, la tomó sin vacilar. Las otras vivían con sus pesares sin quejarse pero también sin tratar de remediarlos. La mujer del campo no era una figura pasiva.

En la novela *Tomochic* hay otra muchacha que deja una impresión duradera por su resignación a una situación extraordinaria y terrible. También de carácter dócil, sufrió lo que muchas mujeres aparentemente más capaces no habrían podido aguantar. Su mundo era del heroísmo, del fanatismo religioso, del duro trabajo y de la repugnante promiscuidad; pertenecía a la parte menos civilizada y más independiente del campo mexicano. Se llamaba Julia y era de Tomochic, un pueblo chihuahuense que se había sublevado en masa contra el gobierno. El fanatismo religioso, que era el móvil de la insurrección, había destruido de manera horrible la niñez y la virginidad de la muchacha. Por orden de su padre, “un santo”, a la edad de catorce años, tuvo que someterse a ser violada por su tío, en nombre de la religión. El hecho de que su tío fuera un viejo asqueroso que ya tenía una mujer embrutecida, no alteró su aceptación de lo que ella consideraba ser el mandato de Dios. Su tío, su madre y ella formaban la “Santísima Trinidad”.

Su vida, antes de la persecución del gobierno, era la misma de todas las mujeres de su pueblo. “...Molía, lavaba, remendaba los... pantalones de los dos hombres (su tío y su padre), daba agua a las bestias..., rajaba la leña...”³ y cocinaba. No conocía un momento de descanso ni una diversión. Pero Julia se distinguía de las otras en que pensaba y soñaba fuera de su pequeño mundo. Todavía conservaba recuerdos de una visita que había hecho a una parte más refinada y civilizada del Estado de Chihuahua, que Tomochic. Se mantenía sana en cuerpo y en espíritu a pesar de la sordidez y monotonía de su vida, por “su resignación inquebrantable, su fe en la Virgen María”⁴ y el mundo inocente e ideal que recreaba en su mente.

2. Inclán, *Astucia*, I, p. 324.

3. Frías, *Tomochic*, p. 59.

4. *Ibid.* p. 61.

Miguel, un soldado del ejército que perseguía a los de Tomochic, la encontró así, viviendo como manceba de su tío, en una choza cerca de donde pasaban las tropas del gobierno. Era, en sus ojos, "...no...una virgen ideal, no...una doncella de leyenda ni...una Margarita pálida y rubia, sino...una pobre muchacha maculada vilmente..., ser humilde y candorosa...".⁵ El alma romántica del soldado se enaltecía al ver el espíritu virgen y la pureza que había conservado la linda muchacha en tal ambiente. Era, efectivamente, la esclava de su tío, pero se había resignado a esta suerte con calma de mártir.

La ternura del amor era una sensación completamente nueva para Julia. Se arrullaba en la poesía de las palabras de Miguel. El tenía todas las ventajas psicológicas de la experiencia y lograba adormecer su desconfianza. Aunque sus atrevimientos la hicieron sentirse confusa e incómoda, eran, al mismo tiempo, irresistibles para una muchacha que nunca había oído una palabra cariñosa. Además de esto, como Miguel supo presentar su amor como un mandamiento de Dios, la muchacha, tan acostumbrada a aceptar sin preguntar tales declaraciones, no ofreció resistencia. Se mezclaba en ella la humildad ante toda clase de autoridad basada en su fe religiosa, y el orgullo de ser miembro de un pueblo de gente heroica.

Julia, como decía el autor, "...no debía haber nacido en aquel ambiente de locura hostil en que se agitaba un pueblo semisalvaje...".⁶ Crecida fuera de tal ambiente, habría podido guardar la resolución y el orgullo que tenía por herencia, y cultivar la natural sensibilidad que la diferenciaba de sus parientes embrutecidos. Julia tenía una personalidad definida y muy suya, interesante por lo inexorable de las fuerzas que la llevaron a su muerte de mártir, por una bala de la fuerza invasora. Ni pensó luchar contra su destino, pero en ella esto no era debilidad sino fe.

Pero había mujeres que hacían frente resueltamente a los peligros y durezas que ofrecía la vida del campo. En las ciudades la vida y la sociedad se contentaron con no ofrecer ayuda a la mujer indefensa y de dejarla a buscar su propio camino, pero en el campo parece que la vida perseguía con rencorosa delectación a la pobre mujer. Al mismo tiempo le daba a veces una fuerza de carácter extraordinaria para combatir las desgracias que le caían encima. La

5. *Ibid.*, p. 71.

6. *Ibid.*, p. 138.

mujer honesta y resuelta del campo guardaba con su vida su honor. La gente campesina veía de otra manera esta calidad, que en las ciudades se trataba muchas veces como un lujo imposible o un juego de palabras no digno de consideración seria. Un ranchero lo expresó así: "El honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver siempre limpio".⁷

Doña Chucha era una mujer que Astucia y sus amigos encontraron en el campo gravemente herida por los bandidos. Les contó su historia, de continua lucha para defender su honor de los deseos de un hombre poderoso de la región. Se había casado para escapar de sus impertinencias, pero su perseguidor hizo asesinar a su marido. Cuando ella de nuevo lo rechazó, le robó su fortuna dejándola a ella y a su hija en la calle. Pero la pobreza no quebró su espíritu. Aunque había sido de una familia buena, el orgullo falso, que jugó un papel tan esencial en la vida de la mujer de la ciudad, no le impidió trabajar como lavandera para mantenerse. Entonces le robaron a su hija, la única cosa que tenía en el mundo, y andaba descalza y hambrienta por el campo buscándola. Pero aún para recobrarla no hubiera aceptado las proposiciones deshonestas, porque preferiría no hallar a su hija a hacerla vivir con una madre deshonrada.

Doña Chucha poseía asombrosa determinación en la defensa de su honra. A un bandido que la atacó le mató con su propia pistola. No la afectaban los desfallecimientos de voluntad o la resignación a lo "inevitable" que eran excusas para la caída de mujeres menos honradas y más débiles. Doña Chucha fue premiada por su honradez por los contrabandistas de la Rama que le devolvieron a su hija y la pusieron en camino de una vida más segura en la ciudad.

Igualmente resuelta, honrada y desgraciada, era Mariquita, muchacha joven y linda, que vivía en una casucha pueblerina con unos tíos viejos y enfermos. Los mantenía lo mejor que podía, como tantas muchachas en todas partes de México, a fuerza de aguja. Pero Alejo, uno de los contrabandistas, que la conoció y se enamoró de ella, descubrió que tenía una historia trágica. Su padre había sido administrador de una hacienda y mientras vivían allá, logró burlarse de ella un muchacho que usó para lograr su propósito un opio árabe que priva a la persona que lo usa de voluntad propia. Poco después de este acontecimiento Mariquita también perdió a su padre que desapareció mientras buscaba al hombre que la había raptado

7. Inclán, *op. cit.*, I, 109.

para castigarlo. Ella mostró su carácter al no quedarse en la hacienda para llorar su pérdida sino ir a buscar a su padre. Cuando se agotaron sus recursos, sin poder encontrarlo, regresó y se trasladó a una casita en el pueblo para esconder su desgracia.

Se enamoró de Alejo y con franqueza le contó su deshonor, porque no quiso engañarlo. Naturalmente, éste pretendió vengarla con la muerte de su seductor. Pero a Mariquita no le interesó la inútil venganza. No quiso que Alejo se expusiese, ni que se volviese asesino por culpa suya. Preferiría, dijo, volver a la pobreza y la soledad que verle matar a ese hombre. Mariquita obligó a Alejo que castigara a su agresor de una manera no violenta, diciendo, "jamás le daré la mano de esposa a un hombre que tenga la suya manchada con sangre humana."⁸ Luis G. Inclán ha creado a una mujer con características tales que son raras en la novela mexicana del XIX, pero él seguramente usó como ejemplo las mujeres que conoció cuando vivía en el campo. Mariquita pudo sostener sus propias convicciones, que eran buenas y puras, contra toda oposición. Esta firmeza de propósitos nunca la abandonó, aún en las peores situaciones. El campo nos ha dado una contrabalanza a la flaqueza de propósitos y falta de resolución que era una característica básica de muchas mujeres mexicanas.

El ambiente campestre produce también una mujer sencilla, práctica y alegre que es casi exclusivamente del campo, y que ofrece otro contraste de la mujer de la ciudad, porque era sin artificios y sin complicaciones. Su sencillez y buena voluntad fueron sus mejores cualidades. Camila, otro personaje de Inclán, había sido ranchera toda su vida de 17 años. Era bonita y alegre, con genio franco y jovial. Trató a sus amigos, los contrabandistas, como buenos compañeros y podía bromear con ellos como hombre, pero también tenía su orgullo de ser buena cocinera y ama de casa. Era una muchacha ingenua y de buen corazón que deleitaba a todos con su espontaneidad y naturaleza. Aunque sufría por los peligros de sus amigos, nunca les mostró otra cosa que una cara alegre. Solamente cuando no estaban, rezaba por ellos con fervor, y daba rienda suelta a sus emociones. Combinaba su dulzura de mujer con la valentía de un hombre.

A pesar de su pobreza Camila no soñaba en un hombre rico que le diera una vida mejor. Le gustaba el trabajo honrado y la vida

8. *Ibid.*, II, p. 352.

libre del campo. Quería un hombre que fuera parte de esta vida, de su misma clase, "...que fuera ranchero, es decir de a caballo, valiente, trabajador, formal, hombre de bien y pobretón."⁹ No le importaba no tener casa y ser pobre, porque seguiría a su hombre a cualquier parte y le ayudaría a trabajar. Vemos pues, que vivía en contacto con y de acuerdo con su propia realidad. Es decir, la mujer campesina, ejemplificada en Camila, era una mujer contenta. ¡Qué diferencia de la mujer frívola y holgazana de la ciudad o de la provincia! La sencilla campesina reconoció las cualidades que debía tener un hombre — la honradez, la valentía, el ser trabajador. No se fijaba en las exterioridades, ni consideró indigno el trabajo.

Semejante de carácter era Pánfila, también ranchera desde nacimiento. Entra en la historia de *Astucia* porque cuida la casa de uno de los contrabandistas, ya que su padre trabajaba en el rancho. Pánfila era la perfecta ama de casa; su única falta radicaba en su fealdad. Pero Alejo, después de tratarla y ver su carácter simpático, la llegó a apreciar tanto que la pidió en matrimonio. La reacción de Pánfila ante esta oferta sería extraña en otra mujer, pero fue típica de su franqueza y espíritu práctico. Aunque admiraba mucho a Alejo, sabía que su fealdad lo haría la burla de todos si aceptaba ser su esposa. Pensando, con razón, que él sería el primero de arrepentirse, contestó que no era ambiciosa y que, como conocía sus defectos, no se casaría con él. Entonces, le presentó a una amiga, bonita y hacendosa, porque quería para su amiga lo que ella no había podido aceptar. No hay muchas mujeres que actuarían con tanta bondad y desinterés. Pánfila era una mujer que no se hacía ilusiones de grandeza sino que se conformaba con su suerte —una característica de la ranchera—.

Todas estas creaciones de Inclán muestran su gran amor para el campo y su creencia en el afecto sano que tiene el ambiente campestre en las mujeres. Hay otra mujer que aunque no nació ni creció en el campo, ejemplifica esta actitud porque llegó a amar el campo tanto como una verdadera ranchera. Amparo, la hija de un abogado ilustre de Morelia, conoció a Astucia y, al enamorarse de él, cambió completamente su modo de vida. Astucia ya no era en esos días contrabandista, pero se había convertido en el jefe político de su región. Cuando Amparo le conoció tenía fama de ser hombre de misterio y ella se sintió atraída por haber encon-

9. *Ibid.*, II, 96.

trado a alguien completamente diferente de los hombres que hasta entonces había conocido. Había buscado siempre un hombre de noble corazón, exento de toda vulgaridad, y notando el profundo efecto que su presencia había tenido en Astucia, un hombre que todas las muchachas decían que tenía corazón de hierro, creyó haberlo encontrado.

Su actitud a la vida y respecto al hombre ideal era muy semejante frente a la de Clemencia. El misterio romántico que rodeaba la figura de Astucia y su aparente inaccesibilidad fue lo que primero llamó su atención. Astucia se mantenía aparte de la sociedad en general como si viviera en un plano distinto. Éste es el tipo de hombre que Clemencia esperó encontrar, pero no penetró más allá de la superficie, mientras Amparo notó la sensibilidad y la bondad de Astucia. Por eso, encontró la felicidad y no la tragedia.

Amparo y Astucia se fugaron, y él la llevó a vivir en una casita en la montaña. Amparo, acostumbrada a la vida de la ciudad, gozaba de su vida campestre: adquirió robustez, aprendió a montar a caballo y a manejar las armas de fuego. Pasaba el día cuidando su casita y cultivando las flores y no echaba de menos los bailes, fiestas y distracciones de la ciudad. Después de reunirse con su familia, Amparo convenció a todos de dejar la ciudad y vivir en el campo. Su madre y su hermana se desprendieron felizmente de sus vestidos elegantes para usar de ahí en adelante, franelas y rebozo. La vida campestre, además de proveer un ambiente que favorece el desarrollo de la mujer virtuosa, nos dice Inclán, extiende su influencia a la mujer que, aunque venga de otro ambiente, sabe apreciarla.

Azuela presenta a una mujer que posee la honradez que forma la parte esencial del carácter de Pánfila y Camila, pero que, además de esto, tiene muy poco en común con las heroínas de Inclán. Su situación como habitante de una de las grandes haciendas, y su sangre india, la privaron del espíritu independiente que animaba a las rancheras. Con un análisis de la frustración emocional de que sufre Mariana, Azuela la hace resaltar como una mujer introvertida y atormentada. Este estudio psicológico abre a nuestros ojos un panorama nuevo en el retrato de la mujer del campo. La sencillez que Inclán acentúa, desaparece en favor de la complicación emocional.

Mariana, todavía soltera y ya no joven, porque tenía treinta años, había siempre conservado su virginidad "...para no llevarle una vergüenza a su marido..."¹⁰ No se había enamorado de nadie, hasta que conoció a Gertrudis, trabajador en la hacienda. Entonces comenzaron sus tormentos, y sus celos, porque Gertrudis sufría una pasión loca por una mujer que lo había abandonado. Después de esto Mariana tuvo la alegría de verle dirigir sus atenciones a ella y creyó que había olvidado a su rival. Lo quería mucho y al mismo tiempo tenía miedo de los sentimientos sensuales que él evocaba en ella. Temía que iba a perder su equilibrio y ceder a emociones que creían malas. Pero estaba enamorada perdidamente y habría dominado estos temores si no fuera porque, en el momento en que se sintió más cerca de él, vio en su cara la congoja causada para la otra mujer y, comprendió su fracaso final. Entonces con amargura infinita se despidió de su última ilusión. En contraste con la franqueza de las rancheras de Inclán, todo esto pasa casi sin palabras, y es, por eso, más intenso.

Mariana vivió una lenta agonía después de su gran desilusión.

Si algo restaba en sus negríssimos ojos de aquella luminosidad esplendente, no era más que un odio enorme, inconmensurable y eterno a la vida; el anhelo dolorosamente melancólico de la desesperación, el abatimiento final de la doncella frustrada que tardíamente derrama lágrimas por el desvanecimiento de toda una vida estéril, encerrada en una esperanza, en un deseo sano y casto.¹¹

No es la reacción de Mariquita, resuelta a renunciar a su amor por sus principios, sino la de una mujer que acepta su destino, porque ya no le queda remedio, con un ensimismamiento que intensifica su dolor.

A pesar de la gran importancia dada a la virtud de la mujer en las secciones rurales, no faltan aquí, tampoco, las prostitutas y las mujeres livianas, aunque en el ambiente rural no podían aspirar a adquirir riquezas por ese medio. No nos describen muchas como Clara Ruiz o Concha que estaban descontentas con la vida que llevaban y que escogieron el dinero en vez del honor. Las prostitutas están presentadas en las novelas del campo, como "mujeres malas", sin relieves y sin razones especiales para explicar su conducta.

10. Azuela, *Mala Yerba*, p. 157.

11. *Ibid.*, p. 210.

Doña Remedios, era una mujer de treinta años, que vivía en un pueblito del campo donde combinaba la prostitución con el oficio de prestamista. Su único interés en la vida era el dinero, y cuando un hombre lo tenía era su mejor amigo. Uno de los contrabandistas descubrió su dureza de carácter cuando a él, que le había dado mucho dinero, no le prestó ni un centavo cuando lo necesitó. Doña Remedios tenía el espíritu independiente de casi todas las mujeres del campo, aunque en ella los resultados no fueron buenos. "Con mi comercio soy china libre..."¹² decía. No quiso obedecer a nadie. De ahí que no tuviera ganas de casarse y nunca lo haría mientras pudiera continuar defraudando sin escrúpulos a sus víctimas. Era una mujer calculadora y arrogante —una mujer sin corazón, en una palabra—.

Otra de esas mujeres malvadas es doña Pomposa, alias Amalia, la Bulli Bulli, "la tapatía más prostituida y escandalosa".¹³ Vivía de los hombres que encontraba en los caminos y los mesones, haciéndoles el amor para robarlos. Cuando su hija creció se volvió respetable, para tratar de casarla. Fingió ser muy religiosa y letrada, tanto que "...jamás se le ...caían de la mano el rosario y el libro de oraciones..."¹⁴ Desgraciadamente por ella, se descubrió su pasado y, arruinados sus planes, terminó su vida ejerciendo la medicina entre las verduleras de la plaza, porque, "...aunque pretendía hacer de corredora en asuntos de su antigua profesión, nadie quería ocuparla..."¹⁵ Era un tipo de lo más bajo y vicioso de la sociedad.

A género muy semejante pertenecía la madrastra de Clarita, "la loca", Doña Rufina, que merece mención por estar descrita con imaginación y odio. Alta y flaca con grandes dientes "color de almendra" "presumía de ilustrada, bachillera, delicada y haciendo mil contorsiones, afectaba una coquetería y maneras tan repugnantes, que fastidiaba desde el instante de verla."¹⁶ Seguía a todos los hombres, inconsciente del asco que causaba, y no soportaba ni la rivalidad de su propia hija. Con sus instintos de bestia, su horrible apariencia y su lengua vitriólica es sin duda el más repugnante del sexo femenino que se presenta en todas estas novelas.

12. Inclán, *op. cit.*, II, 278.

13. *Ibid.*, II, 58.

14. *Ibid.*, II, 41.

15. *Ibid.*, II, 188.

16. *Ibid.*, I, 239.

Otro personaje sumamente desagradable e inmoral era Elisa, la mujer de otro de los contrabandistas. Usó como excusa su educación conventual para considerarse demasiado fina para la vida ranchera, olvidando que la inmoralidad de su conducta no hablaba muy bien de esta educación. Atraído por sus maneras tan elegantes, Chepe pidió su mano en matrimonio y ella lo aceptó porque había desaparecido su pretendiente más rico, Don Carlos, hijo de un hacendado. Era muy consentida y muy vanidosa. No hacía nada en la casa, prefiriendo morirse de hambre a tocar algo en la cocina. Se deleitó en humillar e insultar a su marido, porque no le importaba después de su casamiento disimular con dulzura hipócrita su mal genio, ni su falta de modales. Cuando regresó don Carlos, abandonó en seguida a su marido y a su hija.

Esto fue solamente el principio de su depravación. Hubo de volver humillada con su marido, porque su inutilidad era tal que ni don Carlos la había podido soportar y la había abandonado, relegándola a sufrir la vida de soldadera y prostituta. Pero después de pasar algún tiempo en casa, volvió a engañar a su marido y huyó con otro hombre. Su vanidad tenía tanta necesidad de la admiración no de uno, sino de varios hombres, que la experiencia no le enseñó nada. Elisa era comparable a la mujer de la ciudad que, creyéndose demasiado buena para trabajar, optaba por la prostitución. También se creía demasiado fina para trabajar, y buscó otra salida. Su espíritu mezquino, egoísta y vicioso podría haber sido el producto de cualquier ambiente. No fueron las circunstancias las que la forzaron a tomar un mal camino, porque tenía buena casa y marido, sino la perversión de su carácter. Así parece ser también en el caso de doña Remedios y Amalia, la Bulli Bulli. No culpan al ambiente o a la sociedad como hacen en la ciudad y la provincia.

Otro tipo de mujer que sí es un producto de la vida rural mexicana es la soldadera que seguía al ejército. Estas mujeres forman una raza aparte. Se las veía en los caminos de la República "...sucias, empolvadas, haraposas"¹⁷ siguiendo a las tropas, llevando sus bultos enormes. Se las encontraba en las plazuelas de México borrachas y desenfrenadas; no parecían tener nada de recomendable. Pero cuando las circunstancias lo requerían poseían la bondad y la fortaleza que hemos notado en la ranchera.

17. Frías, *Tomochic*, p. 27.

En campaña, en la marcha, por sus hombres, se transformaron en ángeles salvadores. "...Sus toscas figuras adquirían relieve épico, por su abnegación serena, su heroísmo firme, su ilimitada ternura ante los sufrimientos de sus ...'viejos'..."¹⁸ Robaban para darles comida y desobedecían a los oficiales para darles agua en la marcha. Atendían sus heridas y cuando morían "...se unían con otro, tranquilas, devotas, encomendando a Dios el alma del difunto, al propio tiempo que servían al nuevo 'señor'..."¹⁹ Verdaderas hijas del pueblo, sufrían todo con su resignación habitual y con su entereza daban aliento a sus hombres.

La Revolución indudablemente aumentó el número de mujeres que abandonaron sus casas para ser soldaderas. El desorden facilitó el rapto de muchas muchachas y ayudó a escapar de sus casas a las que querían seguir el ejército. De este último grupo sería un ejemplo la Pintada, una de las pocas mujeres en *Los de abajo*. La Pintada estaba lejos de ser una belleza. Tenía "unos ojos lascivos, bajo una frente pequeña y entre dos bandos de pelo hirsuto."²⁰ Sus dos placeres en la vida eran los hombres y el dinero. Cuando había pillaje era la primera a entrar y la que sacó más. Podía dejarse casi matar sin pestañear y tenía mil métodos para molestar a su rival, una pobre muchacha llamada Camila. Al fin, en un exceso de rabia, mató a Camila con un puñal. El campo y la Revolución juntas crearon a una mujer salvaje y valiente, vulgar y maliciosa, de temperamento cruel y vicioso. En todas las cantinas se encontraban estas nuevas soldaderas, que ya no solamente acompañaban y curaban a sus hombres sino que luchaban junto con ellos, "mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzadas sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza."²¹

Diferente, más cerca, quizás, a las soldaderas que describió Heriberto Frías, era Camila, la querida de Demetrio Macías en *Los de abajo*. Se la describe como mujer de rostro vulgar pero de voz sumamente dulce y de trato siempre amable, calidades que compensaban su fealdad y su poca inteligencia. También tenía buen corazón. Compadecía a los pobres que veía en los caminos e intercedía por ellos con los guerrilleros.

18. *Ibid.*, p. 28.

19. *Ibid.*, p. 220.

20. Azuela, *Los de abajo*, p. 135.

21. *Ibid.*, p. 45.

Pero su ingenuidad no hizo más que fastidiar a Luis Cervantes, el guerrillero que a ella le fascinaba por su manera fina y su tez blanca. La pobre lloraba inconsolablemente cuando Luis se reía de ella y de sus problemas. Lo quería mucho y, en su manera ingenua, le confesó su amor, pero era tan grande la diferencia entre la clase social a que pertenecía ella y la de él, que Luis solamente se burlaba de su amor. Ella, muy sensible, y de veras capaz de amar profundamente se avergonzó del tratamiento que recibió de él. Luis no la podía ver como la mujer dulce y buena que era, sino como otra campesina inculta que no podía poseer sentimientos finos. Después de que Luis la engañó, llevándosela de su pueblo para dársela a su jefe Demetrio, nunca más le volvió a hablar y aún cuando se hallaba herida, no lo dejó curarla. Aún la mujer más pobre y más inculta no carecía de orgullo. Pero era medrosa y débil, fácil víctima de las intrigas de la Pintada. Camila no podía defenderse. Era una mujer que necesitaba alguien en quien apoyarse. Acudió siempre a Demetrio para protección, pero, desgraciadamente, él no llegó a tiempo para salvarla de la muerte. La mujer dócil y débil raras veces podía aguantar las durezas de la vida campestre.

Hemos visto ya a la ranchera, la prostituta, la revolucionaria, la mujer honesta, la fuerte y la débil, pero no se puede encajar bajo ninguna de estas clasificaciones a Marcela, de *Mala Yerba*. Es la mujer sensual y apasionada puesta en el ambiente de la peonada de la hacienda mexicana a fines del xix. Alrededor de ella giraban los hombres de la hacienda desde el amo hasta el desgraciado imbécil. Todos la seguían con los ojos cuando ayudaba en las faenas del campo. Era hija de la naturaleza, joven, de salud exuberante y muy conocedora del poder de su sexo. "Se sabe deseable" y "...hace de la coquetería su mejor arma."²²

La novela comienza con un incidente que cambia la hasta ahora feliz y despreocupada vida de coquetería y de promiscuidad de Marcela, en una vida con sombras de tragedia. El incidente mismo, cuando el amo don Julián mató a un peón que trató de intervenir para salvar a Marcela de sus galanteos, no tuvo repercusiones inmediatas. Marcela fue al Juzgado para dar su testimonio y después de unos momentos de miedo, se dio cuenta de que los encargados de la justicia eran hombres también y empezó a

22. Azucía, *Mala Yerba*, p. 8.

gozar del poder que tenía como "...un ejemplar de hembra que acumulaba todas las voluptuosidades del sexo y hacía estremecer la sala entera de lujuria."²³ Así contó, con gusto, toda la historia del crimen al juez, pero al llegar al delito mismo no pudo decir la verdad, porque sintió los ojos de Julián sobre ella. Palideció y casi desmayó ante la fuerza de una herencia de sujeción, que su raza no había podido borrar. Podía incitar el deseo de su amo, enojarle, insultarle y verlo humillado ante sus pies, pero nunca escaparle. Ésta es la tragedia de la campesina que pinta Azuela. Su poder de mujer fue grande pero no bastante para libertarla de su servidumbre.

Al regresar del Juzgado esa noche, Marcela tomó la única venganza que conocía por los siglos de humillación y la injusticia que había sufrido su raza. Era su momento de heroísmo y de grandeza. Hablando a las comadres, sabiendo que Julián estaba oyendo todo, les explicó que no fue por querencia que no acusó a Julián del crimen, sino porque sabía la inutilidad de tal acusación. Lo llamó asesino y "...dejaba correr a borbotones las injurias, embriagada en la venganza más grande de su vida."²⁴ Más tarde Julián entró en su choza buscándola y ella, rechazándolo con repugnancia huyó por el campo. La alcanzó y la amenazó con la muerte y ella, "...obsesionada por la idea de morir..."²⁵ presentó su pecho desnudo para el puñal del verdugo. Al ver esto, Julián cayó de rodillas implorando que se rindiese a él, y ella, serena, lo dejó y marchó en silencio a su casa.

Este desafío a la muerte y a Julián es quizás su último momento de completo dominio de las circunstancias que la rodeaban y de ella misma, porque causó "...el gran derrame interno de todas las energías acumuladas y el agotamiento de su impasibilidad de hembra poderosa. Porque ahora Julián no sólo le inspiraba aversión profunda sino un terror inaudito."²⁶ Empezó a buscar un hombre que la sacara de este lugar — podría ser cualquiera, con tal que se la llevara.

Pero su vida iba a complicarse aún más con la entrada de un nuevo elemento — el amor. Regresó a la hacienda un hombre que formaba parte de las nostalgias de su juventud, y del cual todavía

23. *Ibid.*, p. 51.

24. *Ibid.*, p. 66.

25. *Ibid.*, p. 68.

26. *Ibid.*, p. 83.

guardaba recuerdos sentimentales. Al enamorarse de él, reveló el lado dulce y tierno de su carácter. Pero vio casi con tristeza ser correspondido en su amor. Su razonamiento fue sencillo. Gertrudis era bueno y ella no lo era; le causaría disgustos y arruinaría su vida. Por eso, no podían casarse. Gertrudis quiso volverla al camino del honor casándose con ella, pero Marcela decidió salvarlo de su mala influencia aunque sabía que, al mismo tiempo, mataría el “único amor puro de su vida.” Por eso deliberadamente decidió entregarse a él, sabiendo que así destruiría toda su ilusión.²⁷ Sabía que nunca podía hacerle feliz y para romper completamente con él, y al mismo tiempo escapar del odiado Julián, huyó de la hacienda a un pueblo cercano con otro hombre.

Pero inexorablemente la tragedia seguía a esta mujer. Gertrudis la encontró y vivieron juntos. Le fue fiel, hasta el día en que Gertrudis dijo que se iba. Ese día vino Julián y ella, “. . . en un momento . . . de abdicación absoluta de la voluntad. . .”²⁸ no se defendió. Sólo después se dio cuenta de cómo había traicionado. Su tristeza, su miedo a Julián, la costumbre de obedecer a los patrones y su modo de actuar sin pensar, la habían debilitado. Su terror y su angustia aumentaban momento por momento al ver que Gertrudis no volvía, después de la visita de Julián. Estaba segura que Julián había matado a Gertrudis y vio confirmado su idea con la segunda visita de su patrón. Hizo un último esfuerzo para escapar del dominio de este hombre — decidió matarlo por lo que le había hecho a ella y a Gertrudis y por la vindicación de todos los oprimidos. Pero no pudo — como antes no pudo acusarlo ante la justicia. Se desmayó, y Julián la mató con su propio puñal.

Marcela no era mujer cruel ni mala. Trató sencillamente de vivir lo mejor que pudo en su situación sin dañar a nadie. Sus dificultades surgieron del conflicto entre su lucha para la libertad y su fatal debilidad ante Julián y lo que éste representaba. No podía soportar las atenciones del patrón pero al mismo tiempo no le era posible, ni por su carácter, ni por las circunstancias que la rodeaban, rechazarlas. Y Gertrudis no era un hombre bastante fuerte ni inteligente para ayudarla. Con la creación de Marcela, Azuela ha presentado la atmósfera opresiva y cruel de la vida en las haciendas.

Hay distinciones generales que se pueden hacer entre la vida

27. *Ibid.*, p. 147.

28. *Ibid.*, p. 244.

de la mujer del campo y la de sus hermanas de la ciudad, y la provincia. La vida del campo era la más restringida de todas y tendía a limitarse a las cosas más fundamentales.

Las relaciones familiares eran más estrechas en el campo porque los hijos guardaban más respeto a sus padres. Los contrabandistas necesitaban el permiso y la aprobación de sus padres antes de casarse. Camila no se habría casado con su novio si no hubiera recibido el consentimiento del padre de él, al cual mostraba una devoción extraordinaria. Ramona de *La parcela* estaba en una posición muy difícil porque tenía que obedecer al padre y también satisfacer las exigencias celosas del novio. Se encontró forzada a pedir perdón humildemente de su novio por las cosas que le obligó a hacer su padre. El dominio del padre no bastaba para hacerla dejar al novio porque aguantó hasta que su padre cambió de opinión, pero nunca pensó rebelarse contra su voluntad. Esto no era posible dentro de la organización social del campo.

Pero parece que esta estrecha relación familiar se conseguía frecuentemente a través de la completa abnegación de la mujer. La madre de Ramona no ejercía ninguna influencia sobre su esposo, y aunque sabía que él se había equivocado en su decisión de luchar por un pedazo de tierra, no podía hacer nada más que rezar. Y era peor la condición en la familia de los hacendados de *Mala Yerba*. "Como es de regla en gentes de esta ralea, las mujeres no tenían voz ni voto en su propia casa; su misión era la de contemplar atónitas la grandeza de sus terribles señores... y a servirles de rodillas si ellos así lo pedían."²⁹ Así era la madre de Julián, más bien criada que ama en su propia casa. Era de alma buena pero no pudo inculcar su rectitud en sus hijos, porque nunca la hicieron caso. El hombre gobernaba en el campo.

La religión pareció tener más importancia en la vida rural que en las ciudades, aunque quizás no ejercía más influencia en el campo que en los centros provincianos. La religión a veces tomaba formas raras en el campo. En el caso de Tomochic, bajo una especie de "catolicismo cismático" el pueblo había aceptado una nueva "Santísima Trinidad" y nuevos santos, hombres elevados a la santidad por su propia locura. Y hombres y mujeres igualmente creyeron en su autenticidad y murieron para defender la fe. Julia tenía completa confianza en el poder divino de su pueblo, y como ninguna de las otras

29. *Ibid.*, p. 106.

mujeres de este estudio, vivió en contacto constante con su religión. Dejó que la llevara a su muerte.

La religiosidad de la tía Poncianita, de *Mala Yerba*, es típica de otra clase de mujer. Ella es la vieja criticona que pretende dominar a toda la familia a base de su riqueza y de su cristiandad. Se cree muy religiosa porque conoce todas las oraciones de memoria, y siempre refiere en sus conversaciones interminables a Dios y a los santos, pero no presta ni un centavo para ayudar a sus sobrinos que están en la cárcel. Goza de hablar mal de todo el mundo, y es un ejemplo perfecto de lo que no debe ser un cristiano.

Pero había manifestaciones más sanas de fe religiosa. En el caso de Mariquita es, además de su amor para Alejo, un sincero sentimiento de cristiandad que la hizo oponerse al asesinato de su seductor. Le interesaba el significado de la religión y no sólo el mantenimiento de las apariencias. También en el campo se encuentran familias como la de Ramona donde se consideraba el rezo una manera segura, y muchas veces la única de arreglar las situaciones difíciles. Como Ramona y su madre no podían convencer al padre que la dejara ver a su novio, acudieron a la oración. Podían recordar muchas veces cuando ésta les había ayudado en el pasado y estaban seguras que lo haría otra vez. La religión y la obediencia filial eran las dos fuerzas dirigentes en la vida de Ramona y se le creó una situación difícil cuando el amor pareció establecer un conflicto con una de ellas. Pero estaba tan segura de su amor que confiaba que Dios le perdonaría por haber desobedecido a su padre. También prometió hacer penitencia si Dios, además de perdonarla, la ayudaba. La religión estaba siempre presente en sus pensamientos.

Hay otra mujer que muestra la misma fe en la eficacia de la oración. Cada noche la madre de Julián Andrade rezaba por sus otros hijos que estaban en la cárcel. "Madre cristiana, poseía la firmísima esperanza de que, mediante sus preces y sus lágrimas, sus hijos volverían regenerados."³⁰ La pobre esperaba un milagro y no perdió su fe. En una muchacha típica de la ciudad, no existiría esta relación tan cerca entre su vida real y la religión que profesaba. Pero, al otro lado, la campesina típica no podía tener el lazo directo con la iglesia que tenían muchachas de provincia como, por ejemplo, Margarita y Elena, porque usualmente vivían bastante alejadas de los curas y las iglesias.

En cuanto a la educación, en la mayoría de los casos, no sabe-

30. *Ibid.*, p. 99.

mos nada de cómo se educaban las mujeres del campo. Esto indica, creo, que era muy poca la instrucción que recibían, especialmente las que vivían en ranchos o haciendas. En los pueblecitos la Amiga constituía la única institución educativa para niñas. La infiel Elisa sirvió de maestra en la Amiga de su pueblo antes de casarse, y también había estudiado en un convento cinco años hasta que cumplió los 18 años. Según el autor, aprovechó este tiempo para aprender a hacer bordados y dulces.

Refugio, la primera novia de Astucia, tenía un padre que se ocupaba de ella y que decía "...yo quisiera que acabaran de educármela y tener en ella una ilustrada señorita, que sepa cuantas curiosidades son propias de su sexo,"³¹ una actitud no muy prevaliente en el campo. Así a los 13 años, se aprovechó de una de las pocas oportunidades para la educación que ofrecía el campo. Fue a un pueblo cercano para vivir con las hermanas del señor cura. Después pasó tres años en un convento donde entró como una campesina y salió convertida en una señorita elegante. No hablan de su educación formal sino de su transformación social, o, como lo explica Astucia, de cómo sus zapatitos de gamuza fueron reemplazados por zapatos de raso. Ya no era una muchacha del campo. Antes hubiera sido feliz viviendo junto con Astucia, pero ahora no estaba segura. A causa de su educación su marido iba a ser no ya el pobre ranchero, sino un caballero rico de provincia. Ella subió en la escala social con educarse y así logró lo que tantas mujeres aspiraban a hacer por métodos más rápidos. El caso de Refugio muestra una razón porque la oportunidad de educarse era tan importante para la mujer, porque sería, si se realizaba, la manera más segura para mejorarse social y económicamente.

Hay un tipo de muchacha que, en cuanto a la educación y también al carácter, se encuentra en todas partes de México. Es la Concha de la ciudad o la Conchita de la provincia, y es la Chole del campo, todas muchachas de la clase media baja que reciben una educación más amplia que las de su clase social. Chole era amiga de Ramona, y vivía en un pueblito, hija de un pobre comerciante de pan, leche y ultramarinos, quien, aunque casi no podía con los gastos de la casa "...no omitía sacrificio para vestirla con elegancia... y para darle una educación de señorita rica." Es decir, sabía no solamente leer, escribir y contar, sino un poco de gramática, y aún algo

31. Inclán, *op. cit.*, I, 42.

de música porque tocaba el piano y cantaba.³² Éste es otro caso en que la educación causa el descontento. Abrió vistas a una vida mejor pero no proporcionaba la manera de alcanzarla en un medio rural todavía sin conocimiento de las ventajas de la educación femenina.

Chole, aunque de buen corazón, era coqueta y vanidosa, y casi se dejó caer en los brazos de un hombre ya casado, porque era importante y rico. Pero su buen sentido la salvó. No era tan ligera de cascos como las dos Conchas de *Ensalada de Pollos y Parientes ricos*, pero, como ellas, ambicionaba las riquezas. La diferencia era que pensaba y soñaba en un matrimonio ventajoso, como el único modo de escapar de su vida aburrida. El camino del deshonor no la atría. Pero lo significativo es que, como las mujeres de todas las regiones en esta época, no se pudo contentar con la vida en la esfera social que le pertenecía por nacimiento.

En general, la mujer campesina recibía muy poca instrucción. Chole fue una excepción. La mujer del campo parece ser una figura con poca imaginación y quizás por eso feliz y satisfecha en su medio, porque no podía ni quería ver más allá de su pequeño mundo. La tranquilidad era la compensación que tenía para su cautividad mental, y como conocía el placer del trabajo, no buscaba diversión en otras cosas tal vez peligrosas y conservaba su mentalidad sana.

Las mujeres típicas del campo caen, según nuestras lecturas, en tres categorías generales: la ranchera, la soldadera y la mujer que vivía en la hacienda. Son todas incultas y están acostumbradas a duros trabajos. La ranchera y la soldadera llevaban una vida no siempre buena, pero sencilla y sin complicaciones. Veían todo negro o blanco y así les era más fácil comprender la vida. Estaban conformes con sus destinos. Una mujer como Marcela, prototipo de las que vivían bajo un sistema feudal, representaba el otro lado de la vida rural. Es la más infeliz de todas las mujeres mexicanas porque, además de la pobreza, de la cual sufrían tantas, tenía que soportar la verdadera esclavitud. Su vida no era suya y tenía que juzgar sus acciones y pensamientos, aunque quizás inconscientemente, a la luz de este hecho. Su camino era tortuoso comparado a el de la ranchera. El hecho de que no exista hoy, es uno de los grandes avances en la organización social.

32. López Portillo y Rojas, *La parcela*, p. 185.

V

Como suplemento de este escrito quiero incluir dos obras, de un mismo autor, que no he mencionado antes, porque, siguiendo una interpretación estricta de mi propósito, no debieran caer aquí. Son *Semblanza de una mujer* y *Rosenda* de José Rubén Romero (1890-1952). Las debo excluir porque fueron escritas en 1941 y 1946 respectivamente, ya dentro del siglo xx. Pero *Semblanza de una mujer* es el retrato de la madre del autor, un retrato en que recrea con su gracia especial y con amor excepcional a esta mujer del siglo pasado. Vemos detalles íntimos de la vida de esta época de que carecen los otros libros, porque él los veía con ojos de nostalgia. A *Rosenda* se le debe incluir en un estudio de la mujer porque es "... uno de los más indelebles caracteres femeninos que hasta ahora figuran en la novela mexicana."¹ Es una creación única, palpitante de realidad, y como la acción se desarrolla en los tiempos de la Revolución, no está lejos de la época que trata Azuela en *Los de abajo*. Estas dos mujeres quedan grabadas en la memoria de cada lector y, excluyéndolas, quedaría incompleta cualquier idea que pretendamos ofrecer de la mujer del siglo xix.

José Rubén Romero ha usado seguramente como modelo la realidad al presentar a Rosenda, porque es un tipo de mujer que él, cuando joven, habría podido encontrar con frecuencia en sus andanzas por Michoacán. Viene a representar a la mujer campesina en "su estado natural, sin deformaciones impuestas por prejuicios o convenciones, conservando en toda su pureza su capacidad emotiva."² En su ingenuidad y sencillez Rosenda es semejante a las cam-

1. González, *La trayectoria de la novela en México*, p. 244.

2. Castro Leal, prólogo de *Obras completas* de Rubén Romero, p. xxii.

pesinas que hemos visto en *Astucia*, pero combina la natural franqueza de su carácter con un cierto ensimismamiento o mutismo que nos recuerda a ciertos rasgos de las mujeres indígenas que presenta Azuela, como Mariana, en *Mala Yerba*. La evolución de Rosenda desde su estado de hermetismo hasta la unión con el hombre a quien se entregó en alma y cuerpo, está presentado como el resultado lógico de un amor sincero y grande. Es este desarrollo conmovedor de un ser humano que describe Rubén Romero.³

Rosenda vivía en un rancho pobre y pequeño con sus padres, aislada y sola. Tenía novio, quién sabe cómo, porque seguramente casi nunca lo vio. Pero esto era usual en una época donde un peón pudo decir que lo encontró muy fácil hablar con Dios porque, aunque no lo pudo ver, era "como con la novia, a quien tampoco veo detrás diuna barda."⁴ Como era costumbre, el novio de Rosenda mandó a otro hombre del pueblo para pedir en su nombre la mano de la novia, al padre. Éste lo tomó muy a mal y la echó de la casa. Ella salió muda y serena, caminando obedientemente hasta la suerte que el destino la reservaba. De este momento en adelante no menciona a sus padres; el uno, la dio por muerta y la otra, ni preguntó por la suerte de su hija única. En su casa, como era costumbre en la familia campesina, el padre era el amo absoluto. Y Rosenda había aprendido que si tenía pensamientos o emociones, debería guardarlos en secreto y nunca exponerlos por actos o palabras a la vista de otros. Así después de dejar su casa, pasó meses alojada en el pueblo en que ni la desaparición de su novio pareció perturbarla. Nunca salió de la casa y se ocupó completamente en los quehaceres domésticos.

Pero con las visitas del hombre que la había venido a pedir en nombre de su novio, empezamos a ver que "bajo una abnegación que tiene perfiles estoicos palpita en Rosenda una ternura mansa pero inagotable. . ."⁵ Su devoción y su amor para este hombre, que crecía como un milagro ante nuestros ojos, la hacen una de las mujeres inolvidables de la literatura mexicana. Una criatura sin educación y sin cultura, demostró una nobleza, una lealtad y una abnegación en su amor, que se encuentra pocas veces en cualquier tiempo o lugar. Su voluntad, sus pensamientos y su vida pertenecían a su aman-

3. González, *op. cit.*, p. 244.

4. Rubén Romero, *op. cit.*, p. 479.

5. Castro Leal, *op. cit.*, p. xxiii.

te. Sin rodeos ni complicaciones, porque todo esto le eran completamente ajenos, Rosenda le dijo que lo quería y que todo en su casa era de él. Más tarde, en una de las raras ocasiones que Rosenda se dejó ir de la lengua, expresó otra vez lo que había en su corazón: "Me conviene lo que usted mande y se acabó. Usted es el que piensa; usted sabe hablar; usted es el bueno. Yo solo soy una voluntá a su servicio. . . . Cuando oigo decir que una cosa es buena, dijo, sin decir: no era tanto como él; cuando huelo un olor sabroso, en seguida pienso: huele como él. . . ." Como dice el autor, "las palabras de Rosenda sonaban a oración."⁶

Parecería que la sujeción tan absoluta de un amante a la voluntad del otro no causaría la relación recíproca que consideramos hoy como el ideal entre dos enamorados. Pero, en cierto sentido, era así. Aunque había una diferencia grande entre las educaciones respectivas, esto dio lugar a que uno pudiera ser maestro y la otra alumna. Rosenda no sabía ni leer, pero él se propuso enseñarla. Y ésta le resultaba una experiencia muy bella, porque Rosenda era inteligente y sumamente sensible. Entendía el significado de la cultura. "... Sus palabras parecen flores", decía, "las mías raíces del campo."⁷ Tenía activa curiosidad por todo lo que la rodeaba. Cuando asistió por primera vez en su vida al teatro (daban "la casa de Troya") no quitó la vista del escenario y se podía ver reflejada en su cara todas las emociones producidas en la escena. Cuán pocas mujeres de la ciudad que hemos visto, habrían tenido la percepción y el entendimiento para hacer el comentario que hizo Rosenda sobre el teatro. Dijo que no le gustaría ir muy de seguido porque "tendría miedo de ver y aprender para que después. . . (su) vida no. . . (le) gustara."⁸ Rosenda vio los peligros de codiciar una manera de vida que no le sería permitida; peligros que muchas mujeres más educadas no veían.

¡Qué gusto para el amante ver aparecer cada día otra faceta en el carácter de esta extraordinaria mujer! Su sensibilidad la hacía absorber cada idea o cosa nueva que la enseñaba. Mientras ella descubría una nueva vida, él la descubrió a ella. Vino así a entender que ella no solamente existía como objeto de sus cariños, sino que tenía emociones y sentimientos propios. Raras veces los expresaba como cuando dijo, después de ir al teatro, que su amante nunca de-

6. Rubén Romero, *op. cit.*, p. 511.

7. *Ibid.*, p. 511.

8. *Ibid.*, p. 505.

bía hacer una comedia de la vida de ellos, porque no quería exponerse a los ojos del mundo.⁹ Y le confesaba una vez que cada tarde esperándolo parecía un siglo y que si un día no viniera, ella se iría para siempre del pueblo. Su mundo era pequeño en tamaño pero grande en amor y comprensión. Ha sido, dijo, con una sencillez que encerraba todo "...un cuarto donde nada me falta y un patio en donde sobran flores."¹⁰ "¿Sería esta mujer una típica campesina, ignorante hasta que se la enseña, muda hasta que ama, pura, sencilla y fiel hasta que muere?"

A Rosenda, típica o no, se la podría describir así. Tuvo que separarse de su amado a causa de la revolución y él nunca la volvió a buscar. Pero ella siempre lo quiso y siempre lo esperó. Ningún otro hombre la tocó. Cuando leyó las noticias de su muerte, entre sus lágrimas decía: "Y para esto me enseñó a leer..."¹¹ Y por primera vez quizás las lágrimas nublaron sus facciones: "sus facciones (que) reflejaron una impasible serenidad de estatua; sus ojos, el mismo verde tranquilo, de un verde de mar."¹²

La sencilla campesina se había dedicado en alma y cuerpo al amor de un hombre. Fue solamente este contacto y esta emoción lo que rompió el ensimismamiento de su vida. Es seguro que José Rubén Romero conoció una mujer o mujeres que ayudaron a completar este retrato y que la campesina, quizás con sangre india, del siglo pasado y de nuestro siglo, tenía a veces las calidades de esta mujer. El retrato de Rosenda muestra los valores que vienen, no de la educación y la cultura, de los cuales ella carecía como casi todas sus contemporáneas, sino de la grandeza de su corazón.

La madre de José Rubén Romero era, al contrario de Rosenda, una mujer educada y culta que creció no en el campo, sino en un pueblo de provincia. Vivía en "una casa de pueblo, grande, alegre y soleada"¹³ con árboles frutales en la huerta, un pozo en el patio y un río que pasaba por la casa. En 1865 cuando tenía cinco años, ya se podía ver en sus ojos reflexivos la expresión de "seriedad y reserva"¹⁴ que reflejaba, aún a su joven edad, su carácter. Recibió una educación muy amplia para una mujer de provincia de su época,

9. *Ibid.*, p. 505.

10. *Ibid.*, p. 512.

11. *Ibid.*, p. 517.

12. *Ibid.*, p. 493.

13. *Ibid.*, p. 762.

14. *Ibid.*, p. 762.

porque tenía diez hermanos mayores, todos varones, que se empeñaban en educarla. Uno le enseñaba la literatura y la hacía leer en voz alta párrafos del Quijote. Otro le enseñaba a dibujar y ella, después, iba a enseñar este arte a otros. Otro le enseñaba aritmética y otro a contar cuentos. Otro a cocinar. Se ve que era una mezcla de una educación formal y de los "adornos" que toda mujer que podía, aprendió. La educación que recibió esta muchacha de provincia era típica de lo que habría recibido una muchacha de familia bien acomodada de la ciudad. Mostró mucho talento no sólo en dibujar sino en escribir poesía y no dejó de hacer las dos cosas en toda su vida. Era un ejemplo del talento y la sensibilidad artística que se atribuía a la mujer mexicana.

Se enamoró con la misma rapidez y finalidad que se enamoró Rosenda. Aquí se ve otra vez la separación de los sexos de que se queja Delgado. Dice J. Rubén Romero del noviazgo de sus padres que "por respeto a las costumbres de la época no pudieron hablarse nunca (y) cartas fueron y cartas vinieron hasta concertarse la boda."¹⁵ Su vida de casada no fue siempre feliz. Pero sufrió la pobreza con estoicismo sin quejarse y sin perder el espíritu. Ni siquiera rezaba porque, dice su hijo, "por no saber pedir, no pide a Dios dádivas materiales; sólo implora del cielo bríos para contender con la adversidad. . . pero no resignación, porque ésta, más que una virtud, es una máscara que se ajustan al rostro los cobardes. Las mujeres que se resignan están a punto de entregarse"¹⁶ y ella nunca sintió esta tentación.

No poseía esta mujer la debilidad de Antoñita, por ejemplo, porque nunca dejó de controlar su propio destino y de mantener la individualidad de su personalidad. Le era fácil hacer esto porque tenía una mente cultivada y un fondo de educación que le permitió vivir una vida propia al mismo tiempo que participaba en la de su familia. Muchas de sus contemporáneas, que carecían de sus recursos intelectuales fueron esclavizadas por la vida. La madre de J. Rubén Romero no se dejó abatir por la muerte de su marido y de su hijo predilecto. Supo vivir con la tristeza. Su inteligencia se mantuvo viva hasta la muerte. Fue el mejor crítico de los libros de su hijo y el terror de los que la conocían porque siempre decía la verdad "en pleno rostro de la gente."¹⁷

15. *Ibid.*, p. 768.

16. *Ibid.*, p. 774.

17. *Ibid.*, p. 777.

El sufrir en silencio era una característica que compartía con muchas mujeres mexicanas, y también su talento artístico que aún la Sra. Calderón de la Barca nota como muy desarrollado entre las mexicanas. Pero sus padres pusieron más interés en su educación que el usual y ella siempre mostró más curiosidad en el mundo que la rodeaba que la mujer típica. La educación había desarrollado en ella la curiosidad intelectual que está tan obviamente ausente en muchas de las mujeres que hemos estudiado.

José Rubén Romero ha presentado a dos mujeres distintas, la una campesina inculta y la otra provinciana culta, que son en su manera excepcionales, pero que, al mismo tiempo, son muy humanas y capaces de ser consideradas como mujeres mexicanas típicas de su época. Los retratos que Rubén Romero hace de ellas son diferentes de los que hemos visto de las otras mujeres porque él, como escritor del siglo XX, ve a la mujer con ojos diferentes. Mientras el escritor del siglo pasado presentó a la mujer o como una imagen ideal o como un ser prosaico y terrestre, Rubén Romero combinó estas dos tendencias así que Rosenda y la madre del escritor son creaciones sumamente poéticas y, al mismo tiempo, seres reales y humanas. Las dos son modelos de lo mejor de que era capaz la mujer mexicana. Son ejemplos de sus características más admirables: la capacidad de amar, la abnegación, la fidelidad, la fortaleza, el talento artístico, la sensibilidad, la aguda inteligencia — son solamente algunas de las muchas calidades que podríamos señalar. Rosenda y la madre de José Rubén Romero son dignos ejemplos para poner término a este estudio.



VI

El siglo XIX fue la época en que se comenzó a comprender la necesidad de establecer un cambio radical en la vida social de la mujer tanto como había sido necesaria una revolución para dar comienzo a un nuevo orden político. Se ven las razones para esta opinión especialmente en la capital y en la provincia, donde abundaban las mujeres que pensaban que merecían de la sociedad y de la vida más de lo que habían recibido. Solamente en el campo, que es usualmente el último para experimentar este tipo de agitación social, encontramos con frecuencia entre las rancheras a la mujer que no buscaba escapar de su medio porque encontraba en ello su felicidad y la realización de sus esperanzas. El tema que las novelas revelan con más insistencia, es el de la muchacha de clase media baja que no podía salir del marasmo en que vivía, porque sin educación no podía hacerlo y no había nadie ni nada que la ayudara a salir de esa miseria, de ese abandono.

La mujer del siglo pasado no gozaba en general del respeto de la sociedad. La consentía a veces y le toleraba sus faltas, pero ella no contaba como persona, porque no la dejaba cultivar su inteligencia. Si era pobre, trabajaba hasta morir. Lavaba ropa, cosía, daba lecciones de piano o confeccionaba flores para la iglesia, según la clase social a que pertenecía. Si tenía bastante dinero para subsistir, o tenía un marido para mantenerla, no hacía nada: bordaba y charlaba — esto era su vida. Este estado de inacción y aburrimiento al cual estaba sujeta o la tornaba coqueta y frívola, en rebeldía contra el estancamiento que la sociedad y la respetabilidad le imponía o la hizo un ser pasivo y débil, incapaz de pensar y actuar por sí misma, porque nadie esperaba esto de ella. Éstos son los dos tipos

que encontramos en la ciudad y en la provincia. Las pollas de José T. de Cuéllar son un buen ejemplo de la primera e Isabel, la amiga de Clemencia, de la segunda. Es una rareza, excepto en el campo, encontrar a la mujer independiente y activa, y aún allá, la gran mayoría, las de las haciendas, fueron también, a fuerza, seres pasivos.

Nos parecería un fenómeno sin raíces en el pasado la vida de la mujer de nuestro siglo en México, si no hubiéramos notado algunos cambios a través de las novelas y algunas excepciones en el cuadro pintado arriba, porque la mujer de hoy puede ganar bastante dinero para mantenerse honorablemente y tiene iguales oportunidades para educarse que el hombre. Las señales de este cambio en la novela son pocas pero importantes. A Lena, aunque no lo aceptó, le ofrecieron un empleo en una tienda, oportunidad que unas décadas antes no habría sido posible. También, notamos el aumento en la libertad que se daba a las muchachas para salir con amigos en el caso de Margarita y Elena, comparado con la situación en los tiempos que describe la Sra. Calderón de la Barca. La rebeldía en contra de y el desprecio por la familia, es otra señal de cambio porque, aunque usualmente malogrado, fue también un esfuerzo de la mujer para independizarse y afirmar su propia personalidad.

La actitud frente a la educación femenina había empezado a cambiar también porque las gentes con conciencia social veían que la mujer necesitaba desesperadamente un camino por el cual podría realizar sus aspiraciones sin arruinarse en el intento. Hemos notado cómo esta preocupación por la situación de la mujer empezó con Lizardi y continuó en las obras de Cuéllar y de los escritores posteriores a él. Pero lo que no hemos visto es que en el periodo entre Lizardi y Cuéllar, de pleno romanticismo, los escritores también se interesaron en el problema de la mujer en la sociedad. Por ejemplo, Fernando Calderón critica la educación femenina absurda en su comedia, *A ninguna de las tres*. En *La clase media* Díaz Covarrubias pinta las desgracias que persiguen a la mujer pobre y desamparada. Y, leyendo el *Monitor republicano* en el año 1856, cuando Florencio M. del Castillo era el redactor principal, encontramos varios artículos donde él propone y alaba las mejoranzas en la educación femenina. Lo importante, dice, "...es reconocer la necesidad de dar una educación sólida y adecuada a la mujer"¹ "...principalmente por-

1. Castillo, Florencio M. del. "Educación de la mujer", *Monitor Republicano*, (14 de abril, 1856), 1.

que su influencia es muy grande en la familia y la sociedad.”² Así que los escritores a través de todo el siglo XIX vieron el descontento general y consideraban la mejoría de la educación como la solución. Pero era un trabajo largo y difícil convencer a la mayoría de la utilidad de este cambio.

Puesto que hemos dirigido nuestra atención exclusivamente a la mujer como revelada en la novela, no podíamos considerar específicamente el efecto que debía de haber tenido en la personalidad y en la situación de la mujer, el estado anárquico del país durante la mayoría del siglo XIX. Pero seguramente su falta de madurez emocional venía de la inestabilidad de una sociedad que no había tenido tiempo, entre revoluciones, pronunciamientos, y guerras, para establecer las normas de la vida tan necesarias para el desarrollo de una madurez social. Para esto se necesita la paz, y la seguridad de que mañana va a ser una continuación de hoy. Solamente entonces la mujer o el hombre pueden fijar su manera de ser y formar sus aspiraciones y sus ideales. ¿Cómo podría una mujer, por ejemplo, mantener una sincera fe religiosa y al mismo tiempo amar sin reservas a su esposo, si él, fuera de su casa, era reformista anticlerical y atacaba la religión? La vida estaba llena de tales contradicciones que privaban a la mujer de cualquier estabilidad emocional.

Con las Leyes de Reforma se trató de poner orden en el caos, y a los pensadores reformistas les preocupó la situación poco favorable de la mujer. Era tan serio el problema que aún entró en el campo político. En *El monedero* de Nicolás Pizarro, que contiene en forma determinada y sistemática la aplicación de las Leyes de Reforma...³ se consideraba injusto el lugar inferior que ocupaba la mujer en la sociedad y se convenía en que esta “...situación de inferioridad, equiparable con la esclavitud, tiene por origen la ignorancia.”⁴ Nicolás Pizarro, en los años de 60, pensaba que la mujer podía y debía participar en el mundo de negocios de los hombres y que, desaparecida la discriminación que no le permitía hacer esto, “...tanto el hombre como la mujer... (sentirían) restablecida su dignidad humana, porque en igualdad de condiciones todo lo comparten en el disfrute y en la responsabilidad.”⁵ Es una idea muy

2. Castillo, F. M. del, “Colegio de educación secundaria para niñas”, *Monitor Republicano*, (12 de abril, 1856), 4.

3. Millán, “Dos utopías”, p. 188.

4. *Ibid.*, p. 196.

5. *Ibid.*, p. 197.

avanzada para la época, pero una señal de los cambios que iban a suceder y que van sucediendo. Pizarro nos muestra que la Reforma definitivamente incluía entre sus propósitos la educación de la mujer, y por lo tanto, su regeneración.

Así que nos proporciona otra prueba de la situación de malestar social que hemos visto presentado en las novelas mexicanas del siglo XIX. En dar a la mujer oportunidades cuya necesidad claramente veía ya en el siglo XIX, han llevado a la mujer una posición más justa dentro de la sociedad contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRANO, IGNACIO M.—*Clemencia*. Editora Nacional. México, 1957.
La literatura nacional. Editorial Porrúa, S. A. México, 1949. 3 tomos. (Colección de Escritores Mexicanos).
El Zarco. Editora Nacional. México, 1951.
- AZUELA, MARIANO.—*Los de abajo*. Ediciones Botas. México, 1949.
Mala Yerba. Ediciones Botas. México, 1945.
- BARKSDALE, EMILY.—*La historia de la educación de la mujer en México*. Tesis presentada por la alumna E. B. para obtener el grado de "Maestro de Artes en Español" en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México. México, 1937.
- BENÍTEZ, FERNANDO.—*La vida criolla en el siglo XVI*. El Colegio de México. México, 1953.
- CALDERÓN DE LA BARCA, FRANCES E.—*Life in México*. Ediciones Tolteca. México, 1952.
- CAMPO, ANGEL DE.—*La Rumba*. Edición y prólogo de M. del C. Millán. Editorial Porrúa, S. A. México, 1958. (Colección de Escritores Mexicanos).
- CASTERA, PEDRO.—*Carmen*. Edición y prólogo de C. González Peña. Editorial Porrúa, S. A. México, 1950. (Colección de Escritores Mexicanos).
- CUÉLLAR, JOSÉ TOMÁS DE.—*Ensalada de pollos y Baile y cochino...* Edición y prólogo de A. Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. México, 1946. (Colección de Escritores Mexicanos).
- DELGADO, RAFAEL.—*Angelina*. Edición y prólogo de A. Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. México, 1947. (Colección de Escritores Mexicanos).
La Calandria. Ediciones de "La Razón". México, 1931. (Colección de Clásicos Mexicanos Agotados).
Los parientes ricos. Editorial Porrúa, S. A. México, 1944.
- FRÍAS, HERIBERTO.—*Tomochic*. Editora Nacional, S. A. México, 1951.
- GAMBOA, FEDERICO.—*Santa*. Ediciones Botas. México, 1947.
- GARCÍA CUBAS, ANTONIO.—*El libro de mis recuerdos*. Imprenta de García Cubas. México, 1904.
- GONZÁLEZ, MANUEL P.—*La trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas. México, 1951.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS.—*México viejo y anecdótico*. Librería de la Vda. de Ch. Bourret. México, 1909.
- GONZÁLEZ PEÑA, CARLOS.—*La Chiquilla*. Edición y prólogo de A. Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A., México, 1946. (Colección de Escritores Mexicanos).
- INCLÁN, LUIS G.—*Astucia*. Prólogo de Salvador Novo. Editorial Porrúa, S. A. México, 1946. 3 tomos.

- LIZARDI, JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE.—*La Quijotita y su prima*. Cámara Mexicana del Libro. México, 1942.
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, JOSÉ.—*La parcela*. Edición y prólogo de A. Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. México, 1945. (Colección de Escritores Mexicanos).
- LOVED, MADAM H.—*Educación femenina*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. México, 1914.
- MILLÁN, MARÍA DEL C.—“Dos utopías”. *Historia mexicana*. XXVI (1957), 187-206.
- MOLL, ARISTIDES A.—*Aesculapius in Latin America*. W. B. Saunders Co. Philadelphia, 1944.
- NAVARRO, JOAQUINA.—*La novela realista mexicana*. Compañía General de Ediciones, S. A. México, 1955.
- PAYNO, MANUEL.—*Los bandidos de Río Frío*. Edición y prólogo de A. Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A. México, 1945. 5 tomos. (Colección de Escritores Mexicanos).
- PRIETO, GUILLERMO.—*Memorias de mis tiempos*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. París, 1906.
- RABASA, EMILIO.—*La bola y La gran ciencia*. Edición y prólogo de A. Acevedo Escobedo. Editorial Porrúa, S. A. México, 1948. (Colección de Escritores Mexicanos).
- El cuarto poder y Moneda falsa*. Edición y prólogo de A. Acevedo Escobedo. Editorial Porrúa, S. A. México, 1948. (Colección de Escritores Mexicanos).
- RUBÉN ROMERO, JOSÉ.—“Rosenda”. *Obras completas*. Prólogo de A. Castro Leal. Ediciones Oasis, S. A. México, 1957. pp. 475-517.
- “Semblanza de una mujer”. *Obras completas*. Prólogo de A. Castro Leal. Ediciones Oasis, S. A. México, 1957. pp. 760-779.
- URBINA, LUIS G.—*La vida literaria de México*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1946. (Colección de Escritores mexicanos).
- WARNER, RALPH E.—*Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. Antigua Librería Robredo. México, 1953.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
CURSOS TEMPORALES
C. U. México 20, D. F.

ESTE LIBRO
NO SALE
DE LA BIBLIOTECA



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE FIANZA
PARA EXTRANJEROS